Bienvenidos al Desfile Negro

Siuxxa (Aitana Merino)

Image not found.

Capítulo 1

Murmullos, llantos, gemidos. Un oleaje de plumas y tonalidades tristes; huracán de confeti y griteríos callados. Un destello, respiración contenida. Un tirón, tensión, escalinatas; un paseo hacia la muerte. Sangre que aún no ha comenzado a manar, mucha sangre. Ojos fieros, ambarinos y satisfechos, una mano tirana. Bala que surca cortando el aire. Himno difuminado, entonado en la distancia. En la mente. Un público inánime, expectante. Una réplica, ácido en la lengua. Garganta seca. Una orden, un grito, un disparo. Sombras negras, mar que arrastra, pies en el aire. Un vuelco al corazón. Ojos fieros, otros brillantes.

Una sonrisa.

Y sangre, mucha sangre.

Capítulo 2

El crujido de la persiana rota lo arrastra fuera y lejos de su profundo sueño. Tarda más de la cuenta en comprender que se encuentra en el aquí y el ahora, aunque no pone demasiado empeño por descubrir cuál es cuál. A pesar de que su cara esté rehundida en la almohada —lo cual le lleva a cuestionarse por qué demonios no se ha asfixiado durante la noche—, puede sentir sobre la piel el inútil calor de los primeros rayos del amanecer. Nunca le ha hecho ni pizca de gracia despertarse al mismo tiempo que el sol pero, a menos que decida hacer de manitas y arreglar la puñetera persiana en cuestión, tendrá que callar y aguantarse.

Con los ojos resecos y la mente todavía dando vueltas alrededor de las esquinas, se incorpora sobre el colchón, toqueteando el suelo con las puntas de los pies hasta que logra dar alcance a sus zapatillas. Agarra de forma automática la bata que cuelga de la silla y se la coloca al vuelo mientras sale de la habitación. Un sonido sutil surge de entre sus pies, y se da cuenta de que acaba de pisar una hoja de papel fugitiva. No recuerda con exactitud qué es lo que escribió ayer por la noche, si es que llegó a apoyar la punta del bolígrafo, pero a juzgar por su nivel de somnolencia actual, seguro que nada bueno. Tras depositarla de nuevo en el escritorio junto con el resto de sus mierdas poéticas, suelta un amplio bostezo y sale definitivamente del dormitorio.

Las escaleras están completamente a oscuras. Ninguna otra persiana de la casa ha sido levantada todavía; sólo las de la cocina, a juzgar por el fulgor que se dibuja en el rellano, al final de los escalones. Pero no importa, los minúsculos agujeros de la pared hacen de lámpara y ventilador a la vez, propiciando refrescantes ráfagas heladas para desperezar a los más dormidos. Muy práctico…

Charlie se aferra a la bata para salvarse de una pulmonía, posando la vista sobre los cuadros que cuelgan a lo largo de la pared; viejas fotografías de marcos rancios y cristales rotos, que lo miran con ojos inquisitivos. Esas sonrisas eternas le causan náuseas en el estómago todas las mañanas, y no sabe muy bien el motivo. Tal vez le dé asco que esos personajes aún tengan motivos para seguir sonriendo. A él ya le cuesta lo suyo levantarse día tras día. Pero no es momento para quejarse, al menos no hoy. Hoy tiene que armarse de paciencia y retener todos los pensamientos, todos los arrebatos y las incertidumbres, dejarlos bien excluidos y bajo llave. Sólo es un día, se dice a sí mismo. Un día para fingir que todo va bien.

Empuja la puerta de la cocina, que como es costumbre cede con un estridente quejido. Su padre levanta la mirada de su tazón de desayuno, terriblemente agrietado. Es inexplicable cómo es que aún no se haya roto en pedacitos; al parecer el pegamento de bote era de mejor calidad de lo

que parecía. Aunque deje un regusto extraño en la leche.

“Ya era hora, muchacho. Creí que tendría que recurrir a un cubo de agua fría.” Asegura mientras se limpia la barba con una servilleta de tela.

“Si llego a levantarme antes, se me hubiera juntado con la hora de dormir.” Admite su hijo, dirigiéndose a los armarios con los ojos aún medio cerrados, buscando el apetito que no tiene.

“Pero es lo que hay, chico. Debemos salir temprano si queremos coger un buen sitio e ir con tranquilidad. Ya sabes el dicho; a quien madruga, Dios lo ayuda…”

“No metas a Dios en esto, papá...” Murmura mientras saca una vieja taza en la que vierte el café de la cacerola y algo de leche fría. “Más vale que merezca la pena…”

Su padre frunce ligeramente el ceño, sobresaltado por tan repentina afirmación. No era la actitud que se esperaba en un día como este. “¿Sucede algo? Creí que estarías emocionado con todo esto. Ya sabes, que sería… como en los viejos tiempos.”

El chico simplemente se apoya con ambas manos sobre la encimera, dejando caer la cabeza entre los hombros. Esa es la palabra clave. Ese es el problema. “Sí, claro que lo estoy, me gustaría, pero… a estas alturas es imposible que sea como en los viejos tiempos, papá. ¿Acaso vamos a fingir que no ha pasado nada? ¿Es tan fácil?”

Entonces se da la vuelta, señalando con aires crispados la ventana de la cocina, en la que hay dibujada una amplia grieta, las venas cristalinas de la casa.

“NADA es como en los viejos tiempos. Acabamos de salir de una guerra, maldita sea. No es algo que resulte tan fácil de olvidar… Al menos a mí me cuesta.” Está intentando contenerse, pero la verdad es que le resulta complicado. “Y ahora vamos a ir a la ciudad como si nada hubiera pasado, tratando de ignorar lo que está sucediendo a nuestro alrededor…”

Pero su padre simplemente baja la vista, terminándose el contenido del tazón. De los dos, probablemente sea él quien más motivos tenga para quejarse de lo ocurrido, y a pesar de ello es siempre quien mejor mantiene la calma cuando hay que recordar tiempos no tan lejanos. Charlie a veces se siente culpable por su falta de consideración, pero la mayor parte del tiempo es incapaz de dominarse. Tal vez todavía no se haya instalado esa habilidad en su sistema. Será por la diferencia de edad.

“Entiendo lo que dices, hijo… y tienes toda la razón del mundo.” Explica el anciano con suma calma, señalando el asiento que tiene delante para que el chico pueda sentarse a su misma altura. “Nadie te está pidiendo que olvides lo que ha pasado. Serías estúpido si lo hicieras. Pero no todo tiene por qué ser sufrimiento y desgracia, Charlie. Si no quieres venir al Desfile, no voy a obligarte, pero no pienses que tienes la obligación de estar de mal humor constantemente… También tienes derecho, el deber incluso, de olvidar tus problemas, aunque sólo sea durante un rato.”

Charlie agacha la cabeza, soltando una profunda exhalación. Ojalá fuera algo tan sencillo. Si bien puede que también tenga algo de razón… Como siempre: “Me siento como si la estuviera defraudando…”

El hombre vuelve a poner toda su atención en su hijo, quedándose quieto en el sitio. Entonces, sin mediar palabra, se levanta de su asiento, caminando hasta el otro lado de la cocina y abrazando con firmeza la espalda del muchacho, en un gesto cargado del olor a café y tiempos pasados.

“Ambos sabemos que ella sería la primera en estar encantada de que fueras…” Dice con toda la sinceridad que sabe encontrar. “Sé que incluso te obligaría, vaya que sí. Significaba mucho. ¿Recuerdas la primera vez que te llevamos?”

Charlie sonríe abiertamente. Menuda pregunta. “Me traje los bolsillos llenos hasta reventar de confeti negro, y me pasé el resto de la semana lanzando puñados al aire y marchando por toda la casa con un antifaz, gritando una canción que me había inventado. Mamá aplaudía todo el rato… Estaba convencida de que algún día yo también me uniría al Desfile.” Entonces se separa del lado de su padre, sintiendo cómo en la garganta se le abre un nudo que busca comerse sus palabras. A estas alturas es una reacción recurrente cada vez que el rostro de su madre cruza fugazmente su mirada.

“De acuerdo, tú ganas. Iré. Pero es por hacerte un favor… Hay que cuidar de nuestros mayores, después de todo...”

“Ja. Ja. Muy gracioso, chico.” Gruñe con sarcasmo. “Pues date prisa y termina el desayuno. No querrás llegar tarde…”

Billie le revuelve los mechones del pelo, probablemente tanteando si darle o no una colleja por el comentario anterior. Para suerte del chico, prefiere salir de la cocina para desempolvar su capa negra antes de que se les eche el tiempo encima. Una vez solo, Charlie se queda inmóvil durante unos instantes, apoyado sobre la mesa, mientras el café humea a sus espaldas, en la encimera.

Que si aún recuerda el Desfile… Qué pregunta más absurda; jamás ha olvidado la primera vez que fue a verlo. La única, en realidad. Es uno de los pocos recuerdos agradables que le quedan grabados en la memoria. En las noches más oscuras de la guerra, en los días más fríos y ruidosos, a veces le asaltaba la evocación de aquella larga marcha; del confeti volando, la música inundando cada rincón de la ciudad, los bailarines marcando el compás con saltos y cabriolas. Olvidaba el hambre y volvía a sentir el corazón palpitar con fuerza, la cabeza ligera, emocionada. Lo recordaba como algo mágico, algo único e inigualable. Pero también es cierto que era sólo un niño cuando presenció aquello, hace ya unos nueve años. Nueve años, ya... Y le parece que fue la semana pasada. Tiene miedo, es cierto. Miedo porque sabe que ante los ojos de un niño todo es maravilloso. Mas la cruda realidad de la guerra ha despertado en él una visión pesimista y existencialista del mundo. O eso es lo que cree. Pero algo dentro de él sigue esperando que aquel recuerdo no fuera sólo una idealización; que fuera realmente maravilloso. Está aterrado de que no cumpla sus expectativas, porque entonces ya le quedará muy poco con lo que mantener la esperanza, pero si de verdad es tal y como lo recuerda, vale la pena arriesgarse. Puede que hasta esto traiga algo de descanso a la devastada ciudad de Vennom. La guerra ha acabado, después de todo; no hay motivos para seguir teniendo miedo. No hay motivos para proseguir con la tristeza, o eso dicen.

Con esta chispa prendiendo dentro de su pecho, Charlie agarra el café y un par de rebanadas de pan, terminándoselas en apenas un suspiro, atragantándose un par de veces, pero decidido a prepararse antes de que se haga tarde. Pues todas las balas y todas las bombas habrán endurecido su espíritu, pero en el fondo sigue siendo sólo un niño.

Hoy es un niño que vuelve al Desfile Negro.

Capítulo 3

“¿No tendrás algo un poco más hortera, así por casualidad?”

Su padre se gira con lentitud, arqueando una ceja:

“Sí, un hijo.”

Charlie le envía una divertida mueca, colocándose —más bien encajándose— el sombrero que le ha tendido su padre, dispuesto con una enorme ala que llama la atención tal vez demasiado, pero que logrará taparle su cara humana de las miradas del populacho. Ambos saben que se trata de una broma, pero algo dentro del pecho de Charlie se resiente cuando se da cuenta de que probablemente no puedan permitirse nada más que esos estúpidos sombreros de Dios-sabe-qué-época, y esas oscuras capas apolilladas que les llegan hasta los tobillos. No se trata de la indumentaria más segura para salir a la ciudad, lo que demuestra sus ganas casi suicidas por disfrutar una vez más del Desfile, pero tendrá que servir. Lo más desquiciante de todo esto, es que están seguros de que no serán los únicos humanos en acudir, ni de lejos. Charlie sólo espera que no haya ningún percance que pueda arruinar la celebración y convertirla en tragedia. Aunque en realidad no debería sorprenderse si la cuenta de cadáveres asciende a uno o dos cuando acabe el día. Sólo espera que no sean los suyos.

Al poco rato ya están listos y preparados, llevando sólo lo puesto. Billie atranca la puerta de la casa con su ingeniosa técnica de la tabla de madera, mientras Charlie le echa un vistazo a la destrozada fachada; intenta recordar cómo era antes de que tuvieran que abandonarla a toda prisa hace nueve años, pero le cuesta. Le cuesta un infierno sustituir esos muros pelados y derruidos por algo parecido a un hogar. Por un momento sonríe, pensando en lo locos que están; nadie en su sano juicio hubiera vuelto a Vennom tras los Años Oscuros. Pero si no, ¿a dónde ir? ¿A otro refugio? Las afueras no son más que campos devastados privados de toda vida. No es que les quedara mucho que perder… Lo difícil en realidad es sobrevivir en la ciudad, pero de un modo u otro su padre se las ha arreglado perfectamente para ello, a diferencia de otras muchas personas que encuentran cobijo en los agujeros de las calles. Charlie observa la figura encorvada de su padre, encontrándola más envejecida que de costumbre. Una vez le preguntó cómo se las apañaba para conseguir el dinero suficiente para comer y calentarse, pero éste se negó a contestarle. Lo único que le replicó es que lo sabría cuando llegara el momento. Nunca se ha vuelto a sacar el tema, aunque a Charlie sigue picándole la curiosidad. De todos modos, dedique a lo que dedique sus incursiones urbanas, de momento nunca les ha faltado el pan sobre la mesa. Y eso es

lo que importa.

Desearía poder ayudarlo, poder serle más útil. ¿Pero qué diablos hace un crío como él en una ciudad infestada de Ecos? ¿Repartir periódicos? Las patrullas se lo cargarían al primer avistamiento. No, lo mejor que puede hacer es asegurarse de que la casa no se caiga a pedazos, que ya es bastante. Es lo único que les queda de una vida mejor, y no está dispuesto a dejar que Revenge les arrebate eso también.

"¿Te vas a quedar ahí todo el día?"

Charlie agita súbitamente la cabeza, saliendo de su ensoñación. No se ha dado cuenta de que su padre ya se ha puesto en marcha, esperándolo en la entrada de la verja.

"Venga, muchacho, ¡que no llegamos!"

Charlie simplemente asiente, recuperando sus pasos con rapidez. Sí que tiene ganas su padre por coger un buen sitio… Y eso que la Plaza Mayor no queda excesivamente lejos, pero es mejor mantener todos los sentidos en alerta. A medida que se van acercando a la civilización, más figuras y siluetas engalanadas de todas las clases van apareciendo por el camino, avanzando en la misma dirección. La mayoría son humanos disfrazados que se van uniendo a su marcha, tal y como ambos habían previsto. Todos ellos con los rostros ocultos tras sombreros, maquillajes, máscaras o capuchas. Todos ellos cabizbajos. Y con razón, piensa Charlie; a sus espaldas cargan con cadáveres, hogares rotos y vidas despedazadas. No todo el mundo puede permitirse el lujo de sonreír. Por algún motivo, Charlie y su padre siguen intentándolo, aunque no siempre sepa igual. Pero si todos han decidido arriesgar sus vidas por una misma causa, sólo puede significar una cosa; el Desfile Negro es realmente algo que todo el mundo, literalmente, se muere por ver. Un día que traerá esperanza, con el que olvidar los malos tragos e intentar regresar a un pasado mejor, por primera vez en años. Charlie los mira con empatía. ¿Qué será de ellos cuando el Desfile termine, cuando la realidad vuelva a llamar a sus puertas? ¿Encontrarán una nueva ambición? ¿Caerán en una mísera ilusión? Probablemente todo perdurará tal y como lo han dejado al salir de casa. ¿Qué demonios va a cambiar?

De pronto, algo choca de lleno contra el chico, quien mantiene desviada la mirada hacia atrás. Ante su sorpresa, lo primero con lo que se topa es con un amasijo de plumas en el que casi se asfixia, y tras apartarse con el corazón en la garganta, descubre horrorizado que ha colisionado con un Eco de un terso plumaje y una enredadera trepando por la cara. Éste rápidamente se gira con la intención de disculparse, pero sus palabras se acallan en cuanto sus ojos logran distinguir el rostro de Charlie bajo el ala del sombrero; ambos se quedan petrificados, incapaces de reaccionar. Para sorpresa del chico, lo único que le dirige el Eco es una silenciosa

mirada de compasión, volviendo en silencio a su trayecto.

Nadie desea ser humano.

***

La muchedumbre que se apelotona a ambos lados de la carretera comienza a cansarse. Los pies de Charlie ya empiezan a quejarse con pinchazos por tener que soportar estar tanto tiempo clavados en un mismo sitio. Pero por algún misterio de la vida, él y su padre han logrado sitios prácticamente en primera línea, y ni de coña van a desaprovechar la oportunidad. Tendrán que sacarlo a la fuerza si lo que quieren es robarle el puesto. La gente, inquieta, comienza a hablar en voz alta, unos encima de otros y todos a la vez, por lo que resulta imposible entender nada. Añadiendo a la banda que ameniza la espera, el jaleo resulta ensordecedor.

"¿Cuándo dijiste que empezaba?"

Su padre alza la mirada hacia la fachada del ayuntamiento, echando un vistazo al enorme reloj de enrevesadas manecillas que hay incrustado en ella. "Ya debería haber empezado…"

Aunque no le resulta extraño que se retrasen. Estas cosas jamás comenzaron a su hora allá por los años de su juventud, menos iban a hacerlo ahora. Es prácticamente parte de la tradición.

"Recuerda mantenerte alerta, Charlie." Rememora por si acaso, ajustándose el sombrero. "No estamos jugando en casa."

"¿Crees que nos descubrirán?" Inquiere el chico en un susurro, con súbita preocupación.

Su padre solamente sonríe de forma cerrada, como si sus labios ocultaran algo y quisiera demostrarlo abiertamente. "Estoy seguro de que ya lo han hecho."

Eso deja a Charlie con mal cuerpo. Planta la mirada en su padre durante unos instantes, quien de pronto finge prestar demasiada atención a una cabalgata que todavía no ha empezado. Quiere replicarle qué le hace pensar eso, y por qué demonios nadie ha dado la voz de alarma todavía, pero sus palabras y preocupaciones son acalladas por una estridente trompeta que aparece inesperadamente al otro lado de la calle. Todas las miradas sobresaltadas se posan en el solitario intérprete, que avanza hasta colocarse en el centro del pavimento. Separa el instrumento de sus labios, haciendo un gesto hacia atrás para llamar al resto de sus

compañeros, encabezando la marcha con paso más bailarín que militar. Detrás de él, envuelto en un silencio extenuante, aparece una carroza cubierta por completo por una enorme sábana negra que llega hasta el asfalto, empujada por cuatro Ecos de aspecto similar al primero, engalanados en trajes y vestidos típicos de una banda militar, que recuerdan a los extrañamente elegantes uniformes de los Años Oscuros. Son completamente negros, contrastados con adornos plateados, dorados, y completados con toda clase de accesorios, desde guantes, hasta cadenas, máscaras, y capas tan livianas que parecen flotar en el aire. Los Ecos tiran de la carroza hasta dejarla en el centro de la calle, a pocos metros de Charlie y su padre. Y entonces, se hace el silencio.

De pronto, los cuatro Ecos se sitúan cada uno por una esquina, levantando ligeramente la sábana negra y, de un inesperado tirón, dejan al descubierto lo que debajo esconde. El público suelta un profuso hálito de espantado asombro; bajo la sábana, yacen amontonados unos sobre otros cuerpos y cuerpos, todos inmóviles. Todos inánimes. Como muertos. Apenas se pueden distinguir unos personajes de otros, pero todos ellos van vestidos de forma similar, con máscaras y espadas de plata desperdigadas a su alrededor. Nadie mueve un músculo. La gente no sabe si callar, aplaudir, o murmurar inquieta, así que hay una mezcla bizarra de todo. Charlie no puede despegar la mirada de esa extraña imagen, de ese amasijo de cuerpos sin vida. Por un momento su corazón tiembla. Tiembla al pensar que tal vez el Desfile no vaya a ser tal y como habían pensado.

Para sorpresa de todos, unos acordes tocados con fuerza envuelven toda la Plaza Mayor, y al instante los supuestos cadáveres se recomponen con brío, saltando al suelo y uniéndose a la marcha de la banda, dando comienzo al fúnebre Desfile Negro. Todo el público suelta al mismo tiempo un suspiro de alivio, comenzando a vitorear a los transeúntes. Tiran confeti y serpentinas en el aire, aúpan a los más pequeños sobre sus hombros para que no se pierdan ni un detalle, y simplemente se dejan deslumbrar por la cabalgata. La oscura melodía que entona la banda, inquieta y maravilla a Charlie a partes iguales; su vello se eriza por completo, y un extraño cosquilleo le recorre el abdomen de arriba abajo. Ante sus ojos desfilan esqueletos maquillados, marchando con brillantes espadas que lanzan, tiran, y recogen con extraordinaria habilidad. Hay Ecos de alas gigantescas volando sobre su cabeza, tirando confeti y marcando el ritmo de la banda; por delante pasa un Eco con un bombo gigantesco en forma de reloj que parece ir marcando la hora, y que no deja de llevar el compás de la marcha, así como carrozas llenas de flores oscuras y figuras en contrachapado negro. No tarda en comprender que se trata de una representación de los Años Oscuros, un homenaje a todos los caídos y perdidos en la batalla.

Por un momento le parece que no es más que una estratagema de los Ecos para celebrar su victoria sobre los humanos, pero a medida que avanza la cabalgata, y con toda la parafernalia que esconde sus rasgos, se

da cuenta de que le cuesta distinguir a qué bando están representando. No es eso lo que se está rememorando. Algunos de los falsos soldados que emprenden el vuelo son disparados con esferas de azúcar coloreado, haciendo que caigan dramáticamente entre destellos artificiales, sobre una carroza tirada por dos caballos que cada vez se vuelve más tétrica. Una chica en un cancán con ruedas y una máscara de gas es empujada por dos gemelas en vestido militar; una viuda va preguntando a todos los espectadores si han visto a su marido desaparecido en la guerra, mostrando un espejo como si se tratara de su fotografía, mientras que un soldado con grandes ojeras dibujadas, pide con exagerado —y casi cómico— dramatismo que nadie llore por él. Bailarines que se alzan al son de la siniestra melodía, militares sobre peripuestos caballos que ondean banderas raídas. Una niña con los ojos sumidos en sombra negra y el pelo cardado, le tiende a Charlie una florecilla blanca de su cesto de mimbre. El chico agacha la cabeza, ocultando su mirada, pero no puede resistirse a enviarle una sincera sonrisa, recogiendo la flor entre sus dedos. La niña, de fiel ligeramente escamosa, le devuelve el gesto, corriendo para reunirse con el resto de niños con sus cestas llenas de flores.

La inquietud se puede cortar con un cuchillo. Recordar tantos años de sufrimiento y devastación no es algo que todo el mundo haga con gratitud. Salvo Charlie. Charlie está demasiado embelesado en el Desfile como para dejarse llevar por la tristeza. Es tal y como lo recordaba, igual de mágico, de especial; llena su corazón con un sentimiento de euforia que jamás fue capaz de describir con exactitud. Lo único que desea en estos instantes es pasarse toda la vida viendo el Desfile Negro ininterrumpidamente, una y otra vez, tal vez unirse a él en alguna ocasión. El recuerdo de su madre diciéndole esas mismas palabras lo asalta de forma traidora, devolviéndole ligeramente a la realidad. Y como si hubiera viajado en el tiempo, como si todos estos años no hubiesen sido más que una ensoñación, cuando sus ojos ven volar el confeti negro sobre su cabeza, se vuelve más pequeño de lo que es. Unos ojos brillantes iluminan sus pupilas, los ojos de un niño que acaba de despertar; que extiende las manos y deja que sus palmas se llenen de esos minúsculos trocitos de papel, como nieve manchada por la pólvora de las balas.

Cuando la cabalgata parece llegar a su fin, la gente comienza a disparase por toda la Plaza, suspirando con cierta congoja, aunque calmados por no tener que seguir viendo a falsos caídos danzando como espectros del otro lado, regresando de vuelta a sus vidas cotidianas. Charlie suelta un profundo lamento, deseando con todas sus fuerzas poder volver a disfrutarlo. Le gustaría correr y perseguirlo, allá donde quiera que vaya el eterno Desfile. Se le ha hecho demasiado corto, pero ha valido cada minuto. Y lo mejor; todavía está vivo para el año que viene tener una nueva oportunidad.

Como si alguien o algo hubieran atendido a sus deseos, y para sorpresa de todos los presentes, una trompeta vuelve a resonar al final de la calle,

y una última figura aparece solitaria en la distancia. Se trata de una carroza formada por una enorme pila de restos cenizos de toda clase de objetos, desde muñecas hasta sillas y ruedas, que acapara por completo la atención del chico. A su alrededor hay muy pocos intérpretes; sólo una serie de soldados con máscaras de gas y calaveras, que caminan firmemente a su alrededor. De repente, la extraña formación se detiene en el centro de la calle, justo delante de Charlie, y la expectación crece de nuevo. Nadie parece recordar que esto formara parte de la tradición, pero tampoco les disgusta que la celebración se alargue un poco más. Una melodía imprevista resuena con más fuerza que aquella que marcaba la primera banda; unos acordes que casi se parecen a una nana se apoderan de la ciudad y de todas las miradas. Una potente llamarada surge entonces del centro de las cenizas, mientras una plataforma asciende con lentitud. Los ojos de Charlie se abren como platos, clavados en la extraña y fastuosa silueta que se dibuja sobre ella. No tiene reparo en abalanzarse de nuevo hasta la primera fila, con el corazón entumecido, la respiración contenida. Podría ser un espejismo, un malentendido, pero nadie da eso a entender; todos a su alrededor se ponen a gritar y a correr en diversas direcciones, pero él no se ve capaz de despegarse de su sitio.

La misteriosa figura alza la cabeza, mirando a su alrededor. Lleva el mismo uniforme que todos los demás, manteniendo el rostro cubierto por un antifaz. Pero si algo destaca del personaje en cuestión, es su brillante pelo platino, que contrasta con toda la oscuridad del decorado. Por un instante, Charlie cree está soñando, y no despierta hasta que la figura clava sus ojos en él, se quita el antifaz y parece que incluso le sonríe.

Un escalofrío le corta la respiración:

Es un humano.

Capítulo 4

“¡Aguantaremos! ¡Resistiremos!”

Tiene que ser una broma. ¿Cómo demonios puede ponerse a cantar en una situación así? Es el blanco más fácil que las patrullas de Revenge pudieran desear, y en vez de salir corriendo como haría cualquier con dos dedos de frente, se pone a acompañar la maldita melodía. Toda la gente, humanos y Ecos, parecen ser más listos que el individuo de la carroza, ya que salen corriendo al instante en todas direcciones, echándose unos sobre otros por miedo a empezar a ver volar balas y cruzarse en el camino equivocado. Porque están seguros de que las habrá; han pasado demasiado tiempo viendo como a nadie le importa mancharse las manos de sangre humana.

“¡Nadie jamás me dirá héroe, y me da igual! ¡Aguantaremos, resistiremos…!”

¿Pero quién demonios tiene que aguantar? ¿Los humanos, los Ecos, quién? ¿De parte de quién está? ¿Es una treta para amenazar a los nuevos líderes, o a todo el público en general? ¿Quién debería tener miedo, estar corriendo? Porque no hay otro modo de interpretar eso que no sea como una amenaza.

Charlie no tiene tiempo para encontrar respuesta a ninguna de sus preguntas, pues al instante siente la mano de su padre apoyada sobre su hombro, tirando de él hacia atrás con insistencia.

“¡Rápido, muchacho! ¡Por aquí!”

Los segundos que Charlie aparta la mirada son suficientes para que los disparos comiencen a resonar en las calles. Todas las cabezas presentes se agachan al unísono, y el pánico toma las aceras. Para cuando el chico quiere volver a fijarse en la carroza entre el gentío, ésta se encuentra aparentemente vacía. Ya no hay nadie tocando, aunque la melodía todavía resuena tenuemente en el aire. Por algún motivo siente pena por el temerario soldado de pelo blanco, a pesar de no saber de qué lado estaba. Pero sea a quien sea a quien vaya dirigida la canción, sólo una cosa parece lógica:

Huir lejos, y rápido.

Nadie sabe exactamente de dónde provienen los disparos; sólo se ven guardias Eco que aparecen literalmente de la nada, con las armas alzadas y dispuestas a actuar contra quien se cruce en su camino. Pero nadie sabe dónde se está a salvo, donde dejar de ser un blanco fácil. Lo único en lo que Charlie puede pensar es en esquivar a todas las personas con las que

se acaba chocando. Ha perdido algo de práctica ante las situaciones de alto riesgo. Ahora es él quien está tirando de su padre, tratando de sacarlo de ahí intacto, como mucho un tanto magullado, antes de que el Desfile pase de una celebración a un genocidio. Al menos ese es el plan, hasta que recibe un tirón en la dirección contraria; su padre se ha detenido en mitad de la calle, impasible ante el jaleo.

"¿Qué haces? ¡Vamos, padre!" Espeta Charlie, con los ojos casi a punto de salirse de su sitio. "¡Nos van a aplastar!"

"Charlie, aguarda."

"¿Pero qué dices? ¡Tenemos que salir de aquí antes de—!"

De pronto, como si tal gesto sobrepasara ya la costumbre, siente una mano ajena posarse con sorprendente firmeza sobre su hombro. El chico ahoga un grito al girar en un suspiro, aterrado ante la idea de encontrarse con un Eco a punta de pistola. Pero la realidad es más bien distinta; bajo una capa azulada con una capucha tan extensa que le oculta perfectamente el rostro, se encuentra el soldado de pelo platino que hace tan sólo unos instantes estaba subido en la carroza. Cómo ha logrado salir de esa situación sin un solo rasguño aparente es algo que no entra en la cabeza del joven, pero apenas le dejan tiempo para llegar a asimilarlo. En los tres segundos y medio que dura el encuentro, no se media palabra alguna; su padre y el soldado asienten al unísono, echando a correr hacía el gentío como alma que lleva el Diablo, tirando cada uno de un brazo del muchacho, arrastrándolo hacia un coche oscuro que los espera a ralentí en mitad de la calzada. En cuanto todas las puertas se cierran con un golpe seco, el conductor pisa el acelerador, evitando a la multitud que se aglomera y obstruye las carreteras en pro del pánico, logrando salir del barullo sin que les pase nada grave. Un asfixiado Charlie mira al conductor a través del espejo retrovisor; cómo no, también es humano.

"Me parece que los hemos despistado." Asegura con firmeza su padre, escudriñando a fondo el cristal trasero, a medida que la ciudad se pierde a sus espaldas.

Charlie puede sentir cada vena de su cabeza palpitando hasta el punto de estallar, el estrépito de las balas resonando más allá de la marca que dejan los neumáticos. Podría ser por el vapuleo, por la velocidad a la que ha sucedido todo, o porque se esté volviendo corto de entendederas, pero no comprende nada de lo que acaba de pasar:

"¿Despistar…? ¿Cómo qué—? ¿Qué demonios está pasando aquí?"

"Tranquilízate, hijo."

“¿Tranquilizarme? ¿¡Tranquilizarme?!” Repite al borde del ataque de ansiedad. “¡Quieren matar a este hombre, padre, y seguramente ahora a nosotros también! ¿No ves lo que pasa? ¡Somos fugitivos! ¿Cómo voy a tranquilizarme?”

Mientras tanto, el soldado rubio se quita la capa con cierta dificultad debido al poco espacio libre que queda en los asientos traseros del coche, sacudiéndose el pelo hasta colocar todos los mechones en su sitio. Entonces, ante la anonadada mirada del muchacho, le tiende la mano con una sonrisa firme.

“Soy Gabriel.”

El chico duda por unos instantes. Y rehúsa.

“Me interesa más saber qué hacemos aquí.”

“¡Charlie!”

Pero el tal Gabriel, en vez de enfadarse ante la tosquedad del chico, suelta una sincera risotada, sin desdibujar ni por un instante la mueca. Parece más tímido de lo que era subido en la carroza, pero también es verdad que en un vistazo rápido nadie lo consideraría un idiota integral. Aunque eso no quiera decir que no pueda llegar a serlo.

“Es tal y como me lo describiste, Billie.” Asegura, mirando al aludido de arriba abajo, con cierta discreción. “Se parece a ti.”

Visto de cerca, la verdad es que el individuo parece más joven de lo que Charlie había especulado en la distancia. El pelo platino le da un aspecto enfermizo, algo en él exhala una exagerada madurez, y algunas arrugas de expresión ya comienzan a asomarse en su semblante. Pero sus ojos… sus ojos tienen un brillo especial; un fulgor profundo, abismal, lleno de vida y de jovialidad, pero al mismo tiempo cargado de experiencia. Esos ojos han contemplado un sinfín de horrores, y mantienen ese halo de tristeza. Aun con todo ello, Charlie siente que son capaces de analizar su alma hasta límites insospechados. Un escalofrío le electrifica la espalda, y sus pupilas se apartan. No le apetece que nadie se meta en su cabeza.

“La cara la sacó de su madre, pero el corazón de su anciano padre.”

“No digas eso, Billie. Estoy seguro de que a ese corazón todavía le quedan muchas batallas por librar.”

“Me parece que ha tenido demasiadas. Es sólo la sombra de lo que llegó a ser...”

Charlie mira a uno y a otro un sinfín de veces. Lo de la filosofía existencial estaría fenomenal si esta no fuera la situación que es, pero tal y como están las cosas algo de sentido común y algunas respuestas concretas serían más que bienvenidos.

"Siempre has sido todo un aguafiestas, Bill…"

"¿A qué ha venido todo eso?" Pregunta de repente el chico, dirigiéndose directamente a Gabriel entre pequeños balbuceos. "¿Todo lo del…? ¿Qué demonios pretendías? Y tú, padre, ¿estabas metido en esto?"

"Siento no habértelo contado antes, Charlie." Se disculpa de la forma más sencilla posible, sin comprender la gravedad del asunto. O al menos, eso es lo que a su hijo le parece. "Te dije que lo sabrías cuando llegara el momento…"

"¿Cómo que cuando llegara el…?" No puede creerlo. Tiene que estar soñando. "¿Has utilizado el Desfile como pretexto para… lo que sea que haya sido eso?"

"En realidad… ese he sido yo." Confiesa el chico rubio, encogiéndose de hombros. "Siempre me ha gustado hacer una buena entrada."

"Así que era por eso…" Murmura el chico, cayendo en la cuenta. "Por eso estabas tan ofuscado con lo de ir al Desfile. ¡Sabías lo que iba a pasar! ¡Me has arrastrado a propósito!"

"¿Qué iba a hacer? No quería que te preocuparas al saber lo que estábamos tramando. Te conozco, chico, no hubieras vuelto a pegar ojo. Y mucho menos hubieras venido hasta el Desfile. Aun con todo, no quería que te lo perdieras…"

"Tienes toda la razón, no habría venido. Y tú tampoco."

Eso último lo pronuncia con más dolor que reproche, pues en el fondo no se lamenta de que se padre haya estado todo este tiempo colaborando con los humanos rebeldes. Alguna vez llegó a sospecharlo, y de hecho no le sorprende en absoluto; es el haber utilizado una ocasión tan especial para él, algo tan significativo como lo es el Desfile Negro como nada más que una mera excusa para los planes de los rebeldes. El conductor parece no estar escuchando la conversación, pero igual si le pide ayuda lo sacará de esta casa de locos. Aunque, para qué intentarlo; seguro que las patrullas lo han visto echar a correr con el tal Gabriel. Está metido en esto hasta el cuello, y ya no hay nada que hacer. Aquí es donde termina su futuro, su vida. Aquí es donde está el final.

"Charlie, hijo… los humanos no podemos vivir en la miseria hasta el resto

de nuestros días. No podemos permitirlo.”

“Padre, no. Hubo una guerra, ganaron los Ecos. Punto final.” Enumera tajante. “¿Qué pretendéis hacer, empezar otra? ¿Volver a pasar por lo mismo, una y otra vez hasta caer todos muertos? ¿Creéis que nuestros problemas se solucionarán lanzando más bombas?”

Se niega. Se niega a formar parte de cualquier acto que requiera más sangre, más caos y más destrucción. Porque está harto, lleva harto de todo ello más tiempo del que recuerda. Harto de Revenge, de los humanos, de los bandos, y de los rencores. Harto de tener que luchar constantemente por el espejismo de algo que se asemeje a la seguridad. Ha pasado demasiadas noches durmiendo junto al insomnio, a la intemperie; se niega a pasar una más.

“No es una guerra lo que pretendemos llevar a cabo, Charlie.” Asegura Gabriel con determinación. “Te doy mi palabra.”

“Eso decían de los Años Oscuros, y ya veis lo que pasó.” Replica con ácido mojándole las comisuras. “Los humanos deberíamos aprender la lección. Aunque visto lo visto, supongo que nunca lo haremos.”

“Esta vez no es sólo a los humanos a quienes queremos liberar, Charlie.” Prosigue el soldado.

El chico se resiente por un instante, no entendiendo muy bien a qué se está refiriendo con ese parlamento. ¿Quién más queda por salvar si no?

“¿A qué te refieres?”

“Ecos, humanos… No hay ninguna diferencia. Tal vez no te hayas dado cuenta, Bill me dijo que no ibas mucho mucho por la ciudad… Pero todos, sin excepción, estamos aprisionados de un modo u otro bajo el mismo yugo. Unos más, otros menos. Unos lo saben, otros no. Lo mismo da. Pero todos y cada uno lo estamos por el mismo motivo: Revenge.”

Algo dentro de Charlie tiembla al oír en voz alta el nombre de ese cruel personaje. El líder de los Ecos. Quien encabezó su bando en la guerra y quien consiguió la victoria para su pueblo, a costa de sangre ajena. El héroe de los Ecos y la pesadilla de los humanos. El gobernador de su mundo. Ese Revenge.

“Por mucho que le deteste, no me parece lógico.” Insiste Charlie, ahora más calmado. “No se puede causar a una sola persona por todo el daño causado. ¿Y de todos modos, qué vais a hacer? ¿Meterlo en la cárcel?”

Gabriel realiza una mueca con la comisura derecha, negando rotundamente pero sin pronunciar palabra alguna. Como si supiera que la

respuesta a esa pregunta fuera a cabrear aún más al chico. Que es exactamente lo que sucede, pues Charlie es capaz de leer pensamientos y vislumbrar las verdaderas intenciones de cada cual. Aunque no siempre sea consciente de ello:

"No puedo creerlo." Y no puede. "¿De verdad creéis que acabar con él solucionará todos nuestros problemas? ¡Es absurdo matar a una persona por algo que hizo toda una raza!"

"No creas que esa ha sido siempre nuestra primera opción, pero las posibilidades, bueno… han ido disminuyendo con el tiempo. Y no nos queda mucho. Créeme si te digo que ojalá hubiera otra solución." Responde Gabriel, dibujando una sonrisa de paciencia. "Es… más complicado de lo que parece."

Por algún motivo, Charlie se da cuenta de que se ha envuelto en una historia de guerra y sangre sin haberlo pedido. Nada podría irritarlo más. Y sabe perfectamente quién es el culpable:

"¿Era así cómo íbamos a salir adelante, padre? ¿Era este tu plan?"

"Charlie, la gente nos necesita." Es lo único que responde en su defensa. "Tenemos que ayudarlos."

"¿Quiénes, nosotros tres? ¿Tres humanos?" Entonces dirige la vista hacia el conductor. "¿Tal vez cuatro? ¡No tenemos ninguna posibilidad ante todos los Ecos! ¡Nos harán pedazos!"

Pero Gabriel simplemente vuelve a soltar una carcajada. Charlie se gira hacia el soldado rubio, profundamente ofendido por su gesto. ¿Se lo tomará todo a broma? Porque en ese caso sí que están perdidos.

"¿Has oído, Rob?" Sonríe, dirigiéndose al silencioso conductor. "Tal vez seas humano."

"No veo dónde está la gracia." Gruñe el chico, cruzándose de brazos.

Pero entonces Gabriel arquea la ceja con un halo de intriga: "En que creas que sólo somos tres."

El coche se detiene repentinamente en mitad de un bosque, apagando el rugido del motor. Gabriel y Billie salen del vehículo por sus respectivas puertas, dejando a Charlie en un estado de confusión del que le es difícil salir. Finalmente, y a regañadientes, decide seguirlos al exterior, topándose con un terreno lleno de hojas secas y tierra húmeda. Ante él, oculto entre una espesa maleza y follaje, se alza un camuflado edificio de colores terrosos, lleno de toda clase de acomodos algo bastos e instrumentos fabricados a mano; su vista puede contar varias decenas de

personas traqueteando de un lado a otro en sus distintas alturas, tirando de cuerdas, cargando con carretas, llevando trastos de un lado a otro. Riendo, saludando, colaborando. Reconoce la estructura a la perfección, es uno de esos refugios para humanos que se usaban en los Años Oscuros, para ocultarse de las tropas. Como para no reconocerlo, se pasó la infancia recorriéndolos todos. Era su experiencia más parecida a lo que debe de ser quedarse en un hotel. Y apostaría un ojo de la cara a que eso es sólo la punta del iceberg, a que debajo del suelo hay mucho más de lo que aparenta. A los humanos no les quedó más remedio que acostumbrarse a la oscuridad.

Es aquí y ahora, vislumbrando el sol a través de las ramas de los castaños, escuchando el murmullo del viento y las conversaciones distantes de los humanos, cuando se da cuenta de que está muy lejos de casa, y de que, a no ser que se atreva a robarle el coche al conductor silencioso, no tiene ninguna posibilidad antes de que caiga la noche, mucho menos con su padre. Pero no va a permitir que la necesidad de a entender que ha cambiado de opinión. Eso jamás.

"Está bien." Resopla derrotado, girándose hacia sus los dos traidores. "Tenéis una oportunidad."

***

"¿Cómo les ha dado tiempo a construir todo esto en tan poco tiempo?" Pregunta el chico, atónito por lo que está viendo a su alrededor.

No puede decirse que el interior de la base —que efectivamente, aumenta varios pisos bajo tierra— sea de última generación. De hecho, a día de hoy está algo anticuada, pero teniendo en cuenta que la Humanidad ha quedado lo que se dice devastada, los recursos que han logrado reunir son, cuanto menos, extraordinarios. Tienen electricidad, agua corriente, generadores, incluso cámaras de vigilancia. Cuando en su casa no tienen ni un mísero televisor.

"Esto siempre ha estado aquí, Charlie. Desde los Años Oscuros." Le contesta su padre, como si resultara algo obvio. "Sólo han tenido que… acomodarlo a los nuevos tiempos."

Bien debería saberlo; pasaron varios años sobreviviendo de refugio en refugio, después de todo. Realmente se ha criado bajo los techos de la resistencia. Por mucho que le guste ignorar ese aspecto de su pasado.

"No, me refiero a… todo esto. Es imposible que estuviera así de dispuesto en aquella época…" Entonces entrecierra los ojos, con cierto tono de

reproche. “¿Cuánto tiempo lleváis planeándolo?”

Su padre sonríe con cierta expresión de culpabilidad.

“Vale, no me respondas. No quiero saberlo.”

“Siento que estés enfadado, pero has de entender que no tenía muchas opciones.” Explica Billie con toda la paciencia del mundo. “No quería que te vieras envuelto en una situación demasiado peligrosa, o que te preocuparas de forma innecesaria.”

“Un poco tarde, ¿no te parece?… Hubiera estado bien saberlo, por si algún día no volvías a casa…Aunque no me sorprende. Y tampoco estoy enfadado.” Cómo estarlo, en fin; su padre es la última persona con la que se dejaría de hablar en este vasto mundo. “Es sólo que… siento que vamos de guerra en guerra, padre. Sabemos todo lo que esto puede desencadenar, es una puñetera revolución, maldita sea. Y aun así… vamos hacia ella como si nada. Como si nos fuera la vida en ello...”

Su padre arquea una ceja, satisfecho. “¿Y no es así?”

“Hay otras formas de sobrevivir.”

Su padre sonríe con pesadumbre, mientras una puerta se abre a sus espaldas con un chirrido.

“Sobrevivir no tiene nada que ver con la vida.”

“Ya está, siento la tardanza.” Interrumpe Gabriel, saliendo de una habitación con una toalla en mano, limpiándose los restos de polvo y sudor de la cara. “Ya les he dicho que estáis aquí, pero aun así quieren que vayáis a la reunión que va a haber dentro de una hora, para situaros un poco y todo eso. A ti te vendrá especialmente bien, Charlie. Por ahora podéis descansar un rato; daos una vuelta, id a echar un trago, lo que sea. Luego ya os instalaremos en una habitación en condiciones. Dentro de lo que cabe…”

“¿Habitación? Tenemos una casa entera.” Replica Charlie, cruzándose de brazos. “No pensamos quedarnos demasiado.”

“Bueno, claro.” Responde el chico, doblando la toalla en cuatro partes. “Eso siempre es una posibilidad...”

¿Cómo demonios puede mantener la sonrisa alzada en todo momento? Es algo que por algún motivo exaspera sobremanera a Charlie. Aunque también le resulta de lo más fascinante. Aquí están, hablando de revoluciones y dios sabe qué más, y él se comporta como si estuviera

charlando arbitrariamente con sus amigos.

“Ignóralo, Gabriel. Es un poco tozudo.” Responde su padre, dándole la mano al chico. “Gracias por todo.”

“Gracias a vosotros por estar aquí. Y no le hagas caso a tu padre, Charlie; creo que una perspectiva como la tuya es justo lo que nos hace falta por aquí. Estamos un poco obsoletos…”

Charlie sigue sin fiarse de él del todo, pero tampoco puede encontrar motivos por los que estar en su contra. Así que simplemente se calla.

“Bueno, os tengo que dejar. No hemos ni empezado y ya hay mucho que hacer, esto es un sinvivir. Recordad, en una hora, a la sala de reuniones.”

Entonces su padre y él se despiden con un breve abrazo. Por un momento parece que el joven rubio pretende hacer lo mismo con Charlie, pero rehúsa en el último momento por miedo a incordiarlo más. Charlie lo observa con extrañeza a la vez que su figura se pierde en la infinidad del pasillo, mientras se sacude el polvo del uniforme. Sabe que no se equivoca al pensar que se trata de uno de los personajes más curiosos que ha conocido en toda su vida. Y eso es bastante decir.

“¿Qué dices, muchacho? Creo que un trago no nos hará ningún mal.”

Charlie tarda en despegar la mirada, y cuando lo hace, lo único que consigue es asentir.

Sí, la verdad es que suena demasiado bien.

Capítulo 5

"¿Hace cuánto que conoces a Gabriel?"

Su padre echa un trago lo suficientemente ansioso como para acabarse el whiskey en un suspiro, pero se contiene. Se le nota. Charlie siempre ha apreciado su capacidad para controlarse, tanto como la de poder llenarse el estómago de ese líquido sin ni siquiera parpadear. Y jamás lo ha visto ni un poco azorado. Ese es otro de sus superpoderes. Un niño siempre ha de buscarlos en las personas a las que admira.

"Unos años." Confiesa al tragar. "Cuando lo conocí no era más que un crío testarudo, pero le acabé cogiendo cariño. Resulta que es mucho más inteligente de lo que puede parecer. Fue el primero en darse cuenta de que Revenge no sólo suponía un peligro para los humanos, sino para todos."

"La voz le cambió cuando empezó a hablar de él…"

"Siempre ha estado obsesionado con él; por su culpa perdió a toda su familia en los Años Oscuros, aunque no le gusta mencionarlo. Intenta no involucrarse en ese sentido, aunque todos estamos metidos hasta el cuello, ¿no crees? A veces parece que al muchacho se le ha ido la olla, pero… en el fondo sabe lo que se hace. Aunque claro, es un chaval. Nadie le hizo caso hasta hace muy poco." Entonces mira a su hijo con una sonrisa llena de algo parecido a la melancolía. "Tiene unos pocos años más que tú."

"No lo parece." En realidad sí, pero eso no lo va a decir en voz alta.

Por alguna extraña razón, tiene la sensación de que su padre le puede leer la mente, porque sin venir a cuento suelta una silenciosa carcajada, negando con la cabeza.

"Los dos sois igual de cabezotas. Creo que os vais a llevar bien…" Y en un abrir y cerrar de ojos, se termina el contenido del vaso por completo.

Charlie se da cuenta de que él ni siquiera ha probado el ron que sostiene entre las manos. Y la verdad es que no está muy por la labor.

"No lo creo. No nos vamos a quedar mucho por aquí, ¿a qué no?"

Y aunque ello ha sonado más a amenaza que a pregunta, su padre no se inmuta lo más mínimo. Hasta parece restarle importancia. "Veinticuatro horas dan para mucho."

“Sigo sin comprender por qué hay que montar todo este jaleo… ¿Es que no podemos descansar por una vez, tener algo de tranquilidad? Revenge ganó la guerra; los Ecos ganaron la guerra, ¿qué más da? ¿Por qué no reconstruir el mundo fuera de la ciudad?”

Billie deposita el vaso de cristal con un sonoro golpe, para después fijarse en su hijo, mirándolo firmemente, con expresión de dolorido cariño.

“Eres lo suficientemente listo, sé que en el fondo lo sabes.” Entonces gira su cuerpo por completo, apoyando el brazo sobre la barra. “Sólo dime una cosa; ¿odias a los Ecos? ¿En el sentido más estricto de la palabra? Sé sincero, muchacho.”

Charlie desearía poder decir que sí. No hacerlo sienta como traicionar a toda su casta, a todos los que en su nombre cayeron tiempo atrás. Pero decirlo en voz alta también hace que le arda la lengua y el pecho, y no sabe muy bien el porqué. A su recuerdo viene la mirada que compartió con el Eco del plumaje y las enredaderas. La compasión que se dibujó en su rostro.

“…no. Tanto como odiarlos, no… Eso es mucho decir.”

Su padre sonríe ampliamente. “Eso significa que no todos los humanos odian a los Ecos, así que no todos los Ecos odiarán a los humanos…”

Charlie empieza a comprender por dónde van los tiros.

“La guerra se llevó a cabo por culpa de unas pocas personas con demasiado poder, bien lo sabes; nos engatusaron para librar una batalla que no beneficiaría a nadie salvo a sí mismos.” Explica su padre con fluidez. “Los líderes humanos eran idiotas, estoy contigo, estaban demasiado convencidos de que ganarían; siempre lo habíamos hecho. No eran capaces de ver el modo en el que trataban a los Ecos, como si fueran escoria, pero no pensaron en que alguien se aprovecharía de sus ganas de reivindicarse.”

Una palabra se escapa de los labios del chico. “Revenge…”

“Tú mismo lo dijiste, ¿no? Los Ecos lo siguieron por voluntad. Pero no tenían demasiadas opciones… Los humanos los oprimimos hasta silenciarlos, así que ellos decidieron buscar su propia voz. Pero dime, en realidad, ¿en qué nos diferenciamos de ellos?”

Charlie se lo piensa durante unos instantes, intentando encontrar una respuesta acertada. La verdad es que no resulta una pregunta fácil… “Bueno, los Ecos suelen tener alguna mutación fuera de lo común. No sé, como alas, escamas, cuernos, plumajes… Que yo sepa ningún humano ha

tenido esos rasgos.”

“Pero tienen ojos, ¿no? Respiran, y hablan. Pueden andar, sentir, leer, aprender. Tienen entrañas, huesos, sangre y un corazón.”

Entonces se aproxima más hacia su hijo, como si fuera a contarle el secreto mejor guardado por el mundo. O tal vez porque quiere que se quede grabado a fuego en la cabeza del chico: “No nos diferenciamos en nada a ellos, Charlie, más de lo que nos diferenciamos tú y yo.”

Sorprendentemente, es una de las pocas cosas que ha escuchado hoy que realmente tengan sentido. “Y ellos lo saben…”

“De nada sirve reinventarse si nos seguimos separando por el color de los ojos. Porque al final no es más que eso, Charlie. Nuestras diferencias sólo están en el color de los ojos.”

Y aunque tenga toda la lógica del mundo, sigue sin tener demasiado sentido. “Pero si los Ecos no nos odian… ¿por qué nos han repudiado? Si todos lo quisieran, podríamos—”

“¿De verdad crees que Revenge está dispuesto a dejar que le arrebaten todo lo que consiguió con la sangre ajena? ¿Qué le machaquen su orgullo de esa manera?”

“No deja de ser la sangre de su pueblo.”

“Pero que yo sepa él no está muerto.”

Charlie aprieta los labios, asintiendo con suma lentitud. En el fondo es de lógica; por eso ningún Eco se abalanzó sobre él cuando lo descubrieron en el Desfile. Cuando Gabriel apareció sobre la carroza, los Ecos no se cabrearon; se asustaron. Por eso no hubo peleas, sólo huidas; porque nadie en realidad quería ser quien disparara la primera bala. Sólo los guardias de Revenge, pero probablemente bajo órdenes estrictas.

Charlie sigue sin estar muy convencido en cuanto al concepto de liarse a palos contra el cruel dictador, pero cuanto más piensa en que por su culpa y por la de los líderes humanos perdió lo que pudo haber sido una buena vida, le parece una idea menos descabellada.

Antes de que pueda darse cuenta, siente cómo el vaso de ron desaparece de sus manos; su padre se lo lleva a los labios y de un sopetón hace que el líquido caramelizado desaparezca ante sus ojos. Cuando acaba, cierra los párpados con fuerza, soltando un sonoro suspiro ante la mirada boquiabierta de Charlie:

“Muchacho, hay que aprender a cuidarse.” Entonces se levanta, recogiendo la capa que había dejado sobre la barra. “Vamos, no debemos hacerles esperar.”

***

Cuando abren la puerta de la sala, todas las cabezas presentes se giran al unísono, haciendo que la espina de Charlie se electrifique por un instante. Nunca le gustó convertirse en el centro de atención, y este era el último sitio en el que pensaba que eso llegaría a pasar.

“Ah, bien. Ya estamos todos.” Celebra Gabriel con una sonrisa, señalando dos asientos libres a su lado.

Billie avanza con tranquilidad hacia las sillas, saludando con discreción a un par de personas por el camino. A diferencia de su hijo, que no deja de mirarlo todo con cierto hálito de inquietud, pensando en lo maravilloso que es tener que atravesar toda una sala de desconocidos con cara de pocos amigos para poder sentarse. Loca suerte la suya. Y eso que la sala tiene poco más que una mesa circular, rodeada por sillas notablemente usadas, y un viejo proyector que ahora mismo está reflejando un mapa de Vennom detrás de Gabriel, de pie ante todo el público expectante. Charlie se recuesta en su silla, fingiendo que nadie repara en él mientras él repara en todos los demás. Hay gente tomando apuntes, bebiendo de tazas de café, y manteniendo una concentración pasmosa. Al parecer esto va más en serio de lo que había pensado; lo cual no sabe si es un alivio o una prueba de que los humanos están más locos de lo que parecía.

“Compañeros.” Proclama Gabriel para pedir silencio, con tanta tranquilidad que Charlie alucina. Él sería incapaz: “Después del éxito de esta mañana, ha llegado el momento de poner a prueba la segunda parte de nuestro plan; ahora que se sabe que un humano ha irrumpido en la ciudad, Revenge estará más cabreado que de costumbre, y no dudará en recomponer su orgullo demostrando que los humanos no tenemos ninguna posibilidad contra la raza de los Ecos.”

“Disculpa, ¿pero qué tiene de exitoso que hayan abierto fuego?” Interrumpe una voz en mitad de la sala. “Hemos tenido suerte de que nadie haya salido gravemente herido.”

“Y deberíamos estar agradecidos. Desde el momento en que decidimos utilizar el Desfile como parte del plan, sabíamos que algo así podía suceder.” Gruñe una mujer de aspecto formal, sentada al lado de Charlie. “Pero teníamos que provocar la ira de Revenge.”

“Esa es la segunda parte.” Asegura Gabriel con un halo de misterio, haciendo un gesto para que cambien de diapositiva. Al segundo se muestra la figura del celebérrimo Revenge ante un atril, aunque la imagen está terriblemente borrosa. “Dentro de unas semanas, se celebrará el aniversario del fin de los Años Oscuros; el aniversario de la subida al poder de Revenge. Y si por algo conocemos a nuestro querido amigo, es porque le encanta dar continuas muestras de sus dotes como orador. Y este año no tendrá otra que salir a dar una señal de aviso a todos los humanos para calmar a los Ecos. Esa será nuestra oportunidad para atacar.”

“Pero… ¿qué pasa si no lo hace?”

Billie mira con reproche a su hijo, indicándole sin palabras y un codazo que no replique de esa manera sobre cosas que no comprende. Pero Gabriel, tan risueño como antes, es el único que de verdad parece prestarle atención en toda una habitación llena de miradas maduras que no le toman en serio.

“¿A qué te refieres, Charlie?”

“Bueno…” Quién le mandaría abrir la boca. “Lo que quiero decir es… ¿Qué pasa si no sale a dar un discurso? Tal vez no sea tan idiota, y sospeche que se está tramando algo…”

“Por algo hemos montado todo el caos en el Desfile Negro. Pocas cosas le duelen más a Revenge que una patada en su orgullo.” Resuelve el de pelo platino al instante, como si fuera la pregunta de un examen. “Los Ecos estarán revolucionados, y verá la necesidad de salir a tranquilizar a las masas para regodearse en sí mismo; sólo por eso, sólo para demostrar que no nos tiene miedo, se presentará descubierto ante todo el mundo. Si alguien como yo puede hacerlo y salir ileso, él no puede ser menos.”

“Ya, pero, ¿y si no es así?”

Tal y como le ha dicho su padre, parece que Gabriel sabe perfectamente de qué está hablando, pero ello no apacigua la conciencia de Charlie. Siempre —lo sabe por experiencia— cabe la posibilidad de que las cosas no salgan ni de lejos como uno las ha previsto. Y aparentemente aquí no se están jugando sólo orgullos y rencores; hay vidas, muchas vidas sobre la mesa. Si Revenge al final decide esconderse con el rabo entre las piernas, ¿cuál es su plan B?

O no lo hay, o nadie lo sabe, pues Gabriel simplemente se encoge de hombros: “Habrá que volver a la mesa de ideas. Pero por ahora centraremos todas nuestras energías en este plan. No podemos permitir que Revenge siga con su mandato por más tiempo. Los refugios están cada vez más faltos de recursos. Cuanto más tardemos, más personas

acabarán pereciendo.”

Charlie se vuelve a recostar sobre su silla, decidido a no volver a abrir la boca en lo que queda de reunión. A su alrededor, breves voces de exaltación comienzan a manar de las bocas de los presentes, quienes no despegan la mirada de Gabriel. Por mucho que lo intenten, al chico le sigue pareciendo una misión suicida, y más cuando cuentan los detalles del plan en cuestión: al parecer, pretenden ir ocultos entre toda una multitud de Ecos hasta la Plaza Mayor, hasta el mismísimo ayuntamiento, donde Revenge dará el dichoso discurso. Allí esperarán y, en el momento menos previsto, rodearán a Revenge y lo molerán a tiros. Por algún motivo están completamente seguros de que ninguno de sus guardias, ante la posibilidad de ver al dictador muerto, reaccionará en contra de los humanos. Pero lo que no parecen ver es que todo puede salir mal, o peor; que pueden acabar en la cárcel o convertidos en un puñetero colador. Mas los presentes parecen perfectamente dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de dejar de vivir en la desdicha, aunque esa promesa que tanto anhelan no tenga todas las de cumplirse. Da miedo pensar en su disposición, y al mismo tiempo resulta un tanto esperanzador; a pesar de todas las tragedias vividas, en los corazones de los humanos todavía queda una chispa de audacia. Es honorable como poco.

“Lo que al principio era un deseo de reivindicación, una guerra de injusticias, ha acabado convirtiéndose en una situación de vida o muerte. ¡Y ya son demasiadas las vidas perdidas en vano!” Está espetando Gabriel con furor cuando Charlie regresa del limbo.

A cada segundo que pasa, la tensión en la sala aumenta. Charlie puede sentir cómo el corazón de Gabriel se hinche de osadía; cómo se llena de rabia y vigor. Es más que evidente que esa criatura de ojos amarillos no le cae nada bien. Se fija una vez más en la borrosa fotografía, tratando de descifrar más detalles del enemigo, rasgos que lo distingan de cualquier otro humano, pero resulta difícil. Siempre ha sido así. La virtud que lo llevó silenciosamente hasta los altos mandos. No tiene ninguna diferencia aparente, no es ni por asomo el más vistoso de su especie. Salvo sus ojos. Unos ojos amarillos, felinos, que denotan fiereza y astucia; que miran el mundo como si fuera su juguete, que engatusan y embelesan. Sólo con esos ojos ha logrado conquistar el mundo, demostrando lo locos que están todos. Aunque ahora, por lo que el chico ve en un rápido fulgor, parece que se van a encontrar con un más que digno adversario.

A pesar de que el soliloquio de Gabriel resulte de lo más sugestivo, Charlie intenta mantenerse ajeno a todo lo que sucede a su alrededor. Pero le resulta imposible ignorar las palabras del soldado de pelo platino, recitadas con tanta fuerza que podrían derribar las paredes. Las libera con toda la sinceridad que cabe dentro de él, y eso es lo que le asombra. La honestidad con la que habla. Realmente siente cada sílaba que pronuncia. Entonces recuerda que, por culpa de ese ser al que le han declarado la

guerra, ha perdido la posibilidad de una vida tranquila; la perspectiva de un hogar seguro y una familia completa. Todos los presentes, en realidad. A la memoria le asaltan pequeños destellos de la guerra, imágenes que se quedaron grabadas en sus huesos pero que había decidido olvidar. Enterrar en la tierra y a varios metros bajo el suelo. Y ahora resurgen de sus tumbas, dispuestas a clavarle el nervio necesario para darse cuenta de que los Años Oscuros aún no han terminado; que tanto Ecos como humanos seguirán pereciendo en la miseria mientras las cosas no cambien. Y por algún extraño motivo, dentro de él surgen las ganas de cambiarlas. A cada palabra que Gabriel recita, la sed de venganza de ambos aumenta hasta secar sus gargantas.

"…en este mundo de sombras y cadáveres que líderes como él han creado, la justicia sólo está del lado de aquel que empuja la balanza. Y por eso, compañeros, vamos a luchar por la nuestra. Por el equilibrio."

Algunas voces se alzan de repente y sin venir a cuento, dejando escapar el vigor que tanto han estado conteniendo, animando las palabras de Gabriel y sus propios corazones. Los ojos de Charlie se iluminan al instante.

"¡Mataremos a ese mal nacido!" Prorrumpe con vigor una voz.

"¡Iluminaremos el mañana…!" Añade Gabriel con el mismo entusiasmo.

Y al unísono, toda una sala le contesta:

"¡Con el fuego de los imperios!"

"Queda decidido; dentro de tres semanas se celebrará el fin de los Años Oscuros; y será allí mismo donde, un año después, se celebrará la muerte del tirano."

La sala no puede aguantarlo más, teniendo que alzarse sobre sus pies para vitorear y aplaudir con emoción. Y aun con toda la emoción desbordada, Charlie es el único que no parece corresponder al entusiasmo colectivo. Aunque quizá esté equivocado, pues a través de las figuras en movimiento que empiezan a rodear los espacios vacíos de la sala, como en breves fotogramas de una película, es capaz de ver la figura de Gabriel, sentada por primera vez en toda una hora, con los codos sobre la mesa y los nudillos rodeando su mandíbula. Él tampoco es partícipe del enardecimiento que él mismo ha provocado, manteniendo la mirada perdida, más lejana de lo que creía posible, como si tanto esfuerzo le hubiera gastado por completo las baterías. Charlie no puede creerlo; ese simple hombre de veintitantos años, con nada más que su espíritu y sus palabras, ha logrado levantar a toda una sala, inspirar a toda una habitación llega de personas de todas las edades y tipos. El mismo hombre que al principio le había parecido tan extraño, un tanto

desequilibrado, que incluso a pesar de poder haber sido asesinado siguió sonriendo, de repente ha logrado que germine en él una semilla que jamás pensó que llevaba dentro. Y en ese estado de quietud, ese momento en el que ha bajado por un instante sus defensas, ha creído descubrir a alguien mucho más real de lo que ninguno de los dos cree conocer.

A él jamás le gustaron las historias sobre héroes y vítores de victoria. Eso son cuentos para antes de irse a dormir. Lo que a Charlie siempre le interesaron fueron las historias humanas, aquellas en las que la realidad se anteponía a la ficción. Sobre personas reales, situaciones reales, sentimientos reales.

Tiene el presentimiento de que Gabriel sabe contarlas mejor que nadie.

Capítulo 6

Menudo día de locos, piensa Charlie mientras su espalda choca contra el sonoro colchón, haciendo que los muelles chirríen a coro.

La habitación no es que sea nada del otro mundo. De hecho, le parece que en cuanto al tamaño, es la mitad que la de su casa —que tampoco es lo que se dice amplia— pero allí por lo menos tiene una cama bastante aceptable, con su manta de cuadros y su manta de rayas, un escritorio con su flexo que hay que golpear ligeramente para poner en funcionamiento, un par de baldas peligrosamente sueltas y un armario con espejo, con una grieta en la esquina derecha. Detalles, nada más, cosas que le incordiaban pero que ahora tiene miedo que jamás vuelvan a estar ahí para molestarle. Lo cual es absurdo, pues en cuanto se pase el escándalo de la ciudad volverán a casa. Podría ser mañana mismo, pero lo que es hoy por hoy, sí que echa en falta una buena ventana con la que tomar algo el aire. Aunque, teniendo en cuenta que se encuentran a dos metros bajo tierra, sin duda sería una pésima idea. Puede que hasta le venga bien cambiar de ambiente por una noche, acostumbrado como está a despertarse con los exasperantes primeros rayos del amanecer.

Por suerte, en la habitación contigua, pared con pared, está la habitación de su padre. No llega a entender por qué, en vez de hacer habitaciones individuales y diminutas, no comparten el espacio para aprovecharlo mejor, pero tampoco es el más adecuado para poner en duda a los ingenieros subterráneos. Quién sabe, seguramente han tenido que improvisar como han podido con las estructuras que les dejaron los rebeldes de los Años Oscuros. Se pregunta si esta era por aquel entonces una habitación, y si lo era, quién paso las noches en vela sobre el colchón. Probablemente nadie de importancia; los nombres se olvidan demasiado rápido.

Se ha dado una breve ducha con agua fría, y ahora siente entre escalofríos el agua del pelo escurriéndose sobre la almohada. No lo ha hecho porque no haya quedado remedio —que sería propio de una persona cuerda—, sino porque, en el fondo, lo necesitaba. Ahora se siente un poco más despejado; quitarse el polvo de encima sienta mejor de lo que recordaba. Le ha hecho gracia que nada de lo que lleva puesto sea realmente suyo; todo estaba ya listo y dispuesto en el armario, junto con una selección de trajes varios, desde un camisón blanco de hospital —cuya funcionalidad no se atreve a preguntar—, un mono de trabajo gris, hasta su propio uniforme del Desfile Negro, tal y como el que llevaba Gabriel esta mañana. Y la verdad es que no puede esperar a la ocasión de ponérselo, para cumplir una pequeña fantasía infantiloide.

Pero por ahora, lo único que quiere hacer es tumbarse y descansar, darle un poco de vueltas a la cabeza, dejar que los músculos se

desentumezcan. Necesita el silencio de su nuevo refugio para organizarse las ideas y decidir qué hacer ahora, qué paso dar. Cruza los brazos sobre el pecho, cerrando los ojos. Puede sentir la vibración de los fluorescentes, el palpitar de las venas a la altura de su cuello, y ciertos murmullos que surgen más allá de las paredes. Le resulta extraño que haya tanta gente conviviendo bajo un mismo techo, acostumbrado a la soledad de la vieja casa, pero en realidad no le incordia lo más mínimo. Es como regresar a sus días de infancia, en los que las voces distantes se asemejaban al agradable zumbido de la radio. Hasta el olor que desprenden las paredes es muy similar. Quizá demasiado familiar.

De pronto, unos golpes llaman con suavidad a la puerta, alterándolo ligeramente. En un veloz respingo se apoya sobre los codos, invitando a pasar al llamante. Seguramente sea su padre.

"¿Se puede?" Pregunta la cabeza de Gabriel, asomándose por el resquicio.

O… tal vez no.

"Em… Sí, claro, pasa." Se apresura a responder, encogiéndose sobre sus rodillas para dejarle un hueco en la cama sobre el que sentarse, pues en este cuartucho no hay otras opciones.

Gabriel asiente con una fina sonrisa, cerrando la puerta tras de sí con sutileza. Al parecer él también se ha dado una ducha, porque tiene el pelo rubio rociado con pequeñas gotas cristalinas, además de que se ha cambiado a un atuendo un poco más cómodo; con una simple camiseta negra y unos pantalones oscuros, aunque sigue llevando la chaqueta del uniforme puesta por encima, desabrochada.

Al parecer al él también le gusta.

Avanza hasta la cama con algo de timidez en los movimientos, sentándose en el borde con cuidado. Midiendo sus pasos al milímetro para no resultar un pelma, aunque los muelles sigan chirriando igual. ¿Será un papel o una manía suya lo de no querer incordiar a nadie?

"¿Qué tal está mi padre?"

"¿Billie? Pasándoselo como un crío." Responde con más ánimo. "Acabo de verlo ir hacia el comedor con unos amigos. No te preocupes."

Charlie asiente, la verdad es que sin ofrecerse como un buen intermediario para una conversación detallada. Aunque a Gabriel también parece costarle encontrar palabras.

“Sólo quería… quería ver cómo estabas. ¿Te has instalado bien?”

“Sí… Bueno, la habitación es más pequeña que la mía, pero también es verdad que he dormido en sitios mucho peores. Por hoy servirá.”

“Sí, me lo imagino. Es difícil conseguir espacio con tanta gente bajo un mismo techo… ¿Estarás bien solo? A mí personalmente me gusta tener un pedazo de mundo para mí y mi soledad, pero también es verdad que por aquí no suele ser el caso de la mayoría…”

“No, estaré bien… Es justo lo que necesito.”

Es curioso toda la cantidad de espacio que un ser humano puede llegar a necesitar, porque en esta base tampoco es que sean demasiados. Lo cual, visto desde cierta perspectiva, no es que sea demasiado esperanzador.

“¿Es este el único refugio para humanos?”

“¿El único? No, no, claro que no.” Niega con rapidez, horrorizado ante la idea. “Hay varios, esparcidos por aquí y por allá, pero este… Digamos que la base. Los otros son más bien para aquellos que no tienen casa a la que regresar.”

Charlie asiente suavemente, todavía abrazado a sus piernas. Es un alivio, aunque eso no le da respuesta a la pregunta de cuántos son los número que conforman a los restos de la Humanidad. Puede que nadie lo sepa realmente. Gabriel aparta la mirada por un momento, y aunque no sonríe, toda su cara brilla como si lo hiciera.

“Creo que te debo una explicación. Ya sabes, por lo de haberte secuestrado y traído a traición hacia una batalla que no tiene nada que ver contigo…” Ríe nerviosamente.

“Fue todo idea de mi padre, ¿a qué sí?”

El de pelo platino hace una mueca involuntaria con la boca. “Bueno, no quería decirlo tan directamente, pero… Tampoco puedo decir que le hiciera cambiar de opinión. En el fondo tenía ganas de conocerte, me ha hablado mucho de ti.”

“Ojalá pudiera decir lo mismo, pero al parecer se guarda más secretos de los que pensaba.”

Y no está seguro de si eso lo ha dicho a modo de broma, o si realmente hay cierto hálito de decepción en sus palabras. Incluso Gabriel parece notar esa chispa de confusión en el chico, queriendo desviar ligeramente

la conversación para evitar los baches:

"Quiero que sepas que no tienes por qué quedarte. No tienes por qué aguantar todo esto otra vez, sé que has pasado por cosas muy duras. No soy quien para obligar a nadie a permanecer en la oscuridad. Puedes irte cuando quieras, y nadie te reprochará nada…"

"Ese era el plan, ¿no? Mañana volveremos a casa. Era eso, ¿verdad?"

En el rostro de Gabriel se abre una sonrisa algo pesarosa, cediendo sin ningún tapujo. "Mañana mismo, si es lo que quieres."

Charlie asiente, dejando sin darse cuenta la mirada fija en la manta áspera que cubre el colchón, todavía sin destapar.

"Tres semanas, ¿no?" Y es ahora Gabriel quien lo mira con extrañeza. "Dijiste que el golpe lo daríais dentro de tres semanas, ¿no es así?"

"Tres semanas justas." Asevera el otro, orgullo en la mirada.

"No es mucho… Creo que podré esperar. Tengo tiempo para haceros cambiar de opinión." Confiesa para su sorpresa, sin saber si es la razón o el instinto quien ha tomado el control de su lengua. "Además, estoy seguro de que a mi padre no lo saco de aquí ni a rastras, así que será mejor quedarme para echarle un ojo."

Gabriel sonríe ligeramente sin darse cuenta, dibujando dos arrugas de expresión en ambas comisuras que le dan cierto aire de madurez. De repente, rompe a reír, asintiendo con la cabeza.

"Desde luego, Billie es un hueso duro de roer." Asegura entre risas que de pronto se acallan. "Aun así… sé que no debería habértelo ocultado. Pareces un chico listo. Lo hubieras entendido."

"No sé yo. Seguramente si me lo hubiera dicho, ninguno de los dos estaríamos aquí ahora."

"Pues eso sería toda una pena, la verdad."

Charlie sonríe suavemente y de forma ladeada, preguntándose quizá demasiadas cosas en la cabeza. Cada vez le cae mejor este rebelde rubio, y no sabe si eso es bueno. No parece la clase de persona con las que se entabla una amistad a lo usual. Pero por otro lado, no es que sea de las personas más usuales.

"¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Cómo se te ocurrió toda esta… locura?" Le cuestiona de repente, con auténtica curiosidad brotando en sus palabras. "Mi padre me ha dicho que fuiste tú quien logró volver a reunir a

los rebeldes.”

“Bueno, no todo el mérito es mío; nada de esto hubiera sido posible si gente como tu padre no me hubiera ayudado.” Sonríe el aludido, pensando en lo engatusador que puede llegar a ser Billie con sus historias. “Gente que sabe llevar las cosas a cabo, ya sabes. A mí sólo se me ocurren las ideas. Y en parte, supongo que es porque se lo prometí a… él.”

“¿Él?”

Entonces Gabriel lo mira de forma risueña, sacando una cartera del interior de la chaqueta, y de ésta, a su vez, una foto vieja y arrugada. Se acerca a Charlie para que pueda verla mejor, aunque al final se la acaba tendiendo, confiándole uno de sus tesoros más preciados.

“Él, mi padre. Lo perdí durante los Años Oscuros. Un día…” Pero de pronto se detiene, apretando los labios con expresión de culpabilidad. “Perdóname, no quiero aburrirte con mis dramones.”

“No, no me importa.” A decir verdad, ahora le está carcomiendo por dentro el suspense.

Gabriel lo mira con cara de circunstancias, no sabiendo muy bien si debería continuar, a lo que Charlie responde devolviéndole la fotografía para que prosiga con su relato. Gabriel la recoge y mira por unos instantes, sonriendo con melancolía. Visto de cerca, la verdad es que se parecen bastante; tienen una expresión en la mirada que resulta inconfundible. Seguro que de pequeño se lo repitieron mucho, a juzgar por el modo en el que la mira, como si se tratase de un espejo.

“Fue el hombre más valiente que he conocido.” Admite con admiración en sus palabras. “Sé que es normal que un hijo diga eso, pero en este caso era verdad. Era bueno con todo el mundo, pero también sabía cuándo plantarse… Un día llegó una carta a nuestra casa. No sé si lo recordarás, quizás eras muy pequeño, pero cuando los Ecos se revelaron, a todos los hogares llegaron cartas del gobierno en las que se reclutaba a gente para formar el ejército humano.”

“Mi padre me lo ha contado alguna vez. Él rompió la suya por la mitad.”

“También mi padre fue uno de los elegidos. Y como Billie, tenía una familia entera dependiendo de él, y se negó en rotundo. A los pocos días, con la oleada de secuestros y asesinatos a sangre fría que empezó a surgir, no tuvimos más remedio que huir de casa con otra revuelta de humanos rebeldes. Como es evidente, la cosa… no salió del todo bien.” Entonces

suspira, rascándose la cabeza con el semblante arrugado.

Parece que en este punto ya le cuesta narrarlo sin que le titubee la voz. Pero es tal el interés que ha brotado en él, que Charlie ni se plantea dejar el relato para otra ocasión.

"¿Qué sucedió?"

Gabriel necesita tomar un breve suspiro antes de continuar. Cuando relata parece que lo único que hace es describir las imágenes que pasan ante sus ojos. Charlie cree escuchar los murmullos del gentío corriendo enardecido. Y se estremece.

"Un grupo de Ecos capturaron a mi madre y a mis hermanos, pero mi padre y yo logramos escapar. No tuvimos más opción que dejarlos atrás. Todo pasó demasiado rápido… Sé que mi padre no se lo perdonó, y desde aquel día no volvió a ser el mismo… Yo tampoco."

Charlie suspira sin que se note; esa parte de la historia le resulta peregrinamente familiar. Pero mejor no recordarlo ahora.

"¿Y… después?"

Gabriel parece un tanto sorprendido ante la curiosidad del chico, pero no se niega a continuar. No siempre se encuentra a un oyente tan interesado.

"Pasamos varias semanas ocultos en una cueva, con otro grupo de rebeldes. Teníamos que esperar a que bajara el nivel del cauce para cruzar el río, nuestro mayor obstáculo. Pero las patrullas Eco acabaron encontrándonos. Nos golpearon y ataron como a animales. Y tengo pruebas de ello…" Bromea, pero dejando entrever una blanca cicatriz que le recorre la clavícula izquierda. "A algunos los dejaron muertos sobre el suelo; a otros nos metieron en un camión militar lleno de cadáveres, y al instante supimos que aquel iba a ser un viaje de no retorno. Conseguimos soltarnos de los amarres gracias a un clavo que sobresalía por dentro del camión, por muy increíble que parezca. Fue entonces cuando me lo dijo…"

Entonces se gira hacia Charlie, apoyándole las manos sobre los omóplatos, y mirándole con la mayor profundidad que sus pupilas saben encontrar.

"Me cogió así, de los hombros, y con la voz más firme que jamás haya oído, me dijo. Gabriel… Prométeme que serás valiente. Prométeme que lucharás por los caídos, por lo correcto…" Y tras un instante de silencio, le suelta. "Me pidió que huyera con los rebeldes que iban a abandonar la ciudad, que lo esperara cerca del puente de piedra derruido, que volvería

para buscarme, que volvería con todos... En aquel momento no lo comprendí del todo, claro, pero aun así asentí, con la mano en el corazón. Y antes de que pudiera darme cuenta, me dio un beso en la frente y me empujó fuera de la camioneta. Caí junto al cadáver de una niña, y permanecí inmóvil sobre el suelo durante unos instantes, por miedo a cualquier cosa que pudiera pasar. Cuando alcé la cabeza, el camión estaba demasiado lejos. Si me ponía a correr detrás de él, los Ecos se darían cuenta y acabaríamos muertos de todos modos. Así que sólo pude quedarme quieto en el sitio, viendo cómo se llevaban a mi padre…"

La mirada de Charlie cae por el peso de las imágenes, demasiado nítidas para poder soportarlas. "Por cómo lo cuentas… imagino que nunca regresó."

"Regresé al puente durante seis años, hasta que la corriente se llevó la última piedra."

Y como si al contarlo se hubiera quitado un peso de encima, su cuerpo parece regresar en sí, mientras el de Charlie siente el peso de las piedras en sus bolsillos, hundiéndose en las frías profundidades del río.

"Por eso lo hice, Charlie. Porque por muy imposible que pareciera, había hecho una promesa. Una promesa que pienso cumplir."

"Ahora entiendo por qué odias tanto a Revenge… Yo no hubiera sido capaz de algo así... Porque debías de ser muy joven, ¿no? Y aun así, aquí estás."

Gabriel suelta una débil risa, cerrando los ojos mientras niega con la cabeza, recordando algo no tan agradable de rememorar. Algo vergonzoso incluso: "La verdad es que no siempre he sido así, ni de lejos. Antes… estaba lleno de rabia, no puedes imaginarte cuánta. Cuando lo pienso hoy no me explico cómo podía entrarme tanto en el cuerpo. No sé, todo a mí alrededor no me parecía más que una gigantesca broma macabra. Lo despreciaba todo y a todos… incluso a mí mismo. Para mí sí que fueron Años Oscuros, qué ironía." Desdeña, intentando quitarle hierro. "Pero luego aparecieron personas especiales en mi vida. Buenos amigos, como tu padre. Me ayudaron a salir del agujero en el que estaba metido…"

Charlie se sorprende por un instante. No conocía esa faceta de su padre, la de psiquiatra con un don para las oportunidades, o al menos nunca la ha visto puesta verdaderamente en acción. Un pálpito de orgullo brota de pronto en su pecho, quizá con un poquito de envidia. Mas teniendo en cuenta que Gabriel carece de padre, no le importa en absoluto compartir el suyo.

"Aprendí una lección muy importante, y logré canalizar toda esa ira en algo más positivo, más esperanzador. La vida podía ser una broma, pero

por lo menos me reiría con ella.” Entonces clava la mirada en los ojos de Charlie, deletreando cada palabra que de sus labios sale. “La venganza no es lo que mueve al ser humano, Charlie. Cuando dejé de pensar en mí mismo y me concentré en hacer algo bueno por los demás, esos sentimientos desaparecieron. La esperanza; eso es lo que conquista el mundo.”

Charlie ratifica, intentando memorizar esas palabras al mismo tiempo que trata de imaginarse a un Gabriel distinto al que tiene sentado a su lado; un lado más oscuro, oculto. Cuesta, pero puede vislumbrarlo como una sombra decaída, silenciosa, tambaleándose de lado a lado por la vida mientras aguarda a su último Desfile Negro. Tal vez por eso sus ojos brillan tanto, tal vez por eso sonríe sin parar; para compensar todo el tiempo perdido.

“Pero tú también pareces un chico valiente.” Suelta de repente, sacándolo de sus pensamientos. “Billie me contó que perdiste a tu madre, y eras sólo un crío. Una vida así, y tan joven…”

“Pero yo tenía a mi padre para apoyarme, no cuenta tanto...”

Gabriel alza una de las comisuras con cierto aire de complicidad: “Estoy seguro de que él también tenía su punto de soporte.”

Entonces se frota las rodillas, echando la vista hacia atrás, hacia la puerta. Con un suspiro se levanta de su sitio, recolocándose los pliegues de la ropa. Charlie, por el contrario, lo único que hace es soltar las piernas de su abrazo. Va a tardar un rato en procesarlo todo.

“Bueno, será mejor que me vaya. Seguramente querrás descansar, y te estoy dando la tabarra.”

“No, tranquilo, ha estado bien…”

Gabriel lanza una última sonrisa, girando el pomo de la puerta.

“Por cierto, muy buena la actuación de esta mañana.”

El chico se detiene con la puerta entreabierta, girando el cuerpo hacia Charlie:

“¿Te gustó?”

“Fue brutal, lo mejor del Desfile.” Anuncia con un salto sobre el colchón. Por un momento cree que está exagerando, pero en el fondo sabe que no es así.

Gabriel se queda unos segundos en silencio, maquinando algo en la cabeza. Se puede ver claramente en su expresión: “¿Entonces te gusta el rock?”

Charlie sonríe abiertamente: “Mucho.”

“Genial. En el almacén tengo una colección de discos rescatados de la que estoy bastante orgulloso. Deberíamos escucharlos algún día de estas tres semanas, si te parece.”

“…Suena bien, sí.”

Y sin más dilación, Gabriel se despide con un gesto y un buenas noches, cerrando la puerta tras de sí. Después de unos momentos de completo silencio, Charlie se deja caer nuevamente sobre el colchón, posando la mirada en el techo. Alarga el brazo hasta darle al interruptor y apaga la luz. Tal vez debería comer algo, pero no tiene ganas. Lo único que quiere es tumbarse y pensar.

Comienza a vagar por su mente en la oscuridad, imaginándose a Gabriel en todas esas situaciones, todas esas aventuras. Se lo imagina luchando contra los Ecos, corriendo de un lado a otro al ritmo de una canción de Joy Division, haciendo toda clase de cosas emocionantes, o tal vez pensando sobre la vida entre castillos de cajas de cartón mojado. Y luego se imagina a sí mismo haciendo todas esas cosas, siempre a su lado, compartiendo pensamientos, balas y auriculares. Entonces se pregunta si llegará a ser capaz de hacerlo algún día, si su vida llegará a merecer realmente la pena. Si llegará a cambiar el mundo. Por ahora, es algo que le parece imposible.

Y aunque el sueño sea quien hoy vence esta batalla, no es la última que está dispuesto a librar.

Capítulo 7

Una figura alargada se distingue entre la espesa niebla.

Las cenizas que vuelan a su alrededor se apegan a su ropa como imanes, tiñendo de un intenso negro todo aquello que tocan. Por algún motivo va vestido de blanco de pies a cabeza, y le parece la elección menos acertada para dar un paseo por esos lares plagados de sombras y barro. Aunque el camisón de hospital no es que estuviera impecable de por sí.

Sus pies descalzos rozan con toda clase de escombros que, por alguna razón, no le hacen ningún daño. Sus sentidos están más bien depositados en las tinieblas que se forman a su alrededor, en el silencio absoluto que inunda las calles desiertas, únicamente interrumpido por el soplido del vacío. Y entre tanta roña y escombro, esa extraña figura que se alza ante sus ojos.

Sus pasos son lentos pero seguros; no tiene ninguna prisa, no hay sitio al que ir, y lo último que quiere es clavarse un cristal en la planta del pie. Intenta apartar la neblina de su mirada con las manos, aunque resulta en vano; lo único que parece disiparla es el acercarse hacia la misteriosa silueta, que cada vez muestra más de sus características. Está de espaldas, a juzgar por la posición de las manos, estiradas a ambos lados de la cadera. Lleva una falda ancha y larga que llega hasta el suelo, con el bajo carcomido, estirada con lo que parece un cancán metálico. Su melena, que le recuerda vagamente al cabello de ángel, es tan voluminosa que resulta imposible adivinar la envergadura de su cabeza.

Algo dentro de él le dice que acercarse no es buena idea, que mucho mejor sería dar media vuelta, pero por algún motivo no puede dejar de avanzar, como si no fueran sus piernas, sino una fuerza exterior quien tirara de él. Tampoco es que haya mucho más que hacer en este lugar, y de perdidos al río... A medida que se va acercando a la extraña mujer, una serie de susurros parecen brotar a su alrededor. El problema es que pasan por sus oídos de forma tan fugaz y tenue, que no entiende nada de lo que dicen. Puede que no digan nada.

“¿D-disculpe…? ¿Señora…?” Murmura con un profundo eco rimbombante, alargando la mano hacia delante.

En cuanto posa la punta de sus dedos sobre el hombro de la mujer, una serie de repetidos golpes resuenan por toda la devastada ciudad, haciendo que el suelo tiemble bajo sus plantas y los escombros vuelvan a quebrarse a su alrededor, ahogándole junto con las cenizas en un mar de asfalto y contrachapado chamuscado.

Charlie despierta sobre la cama envuelto en sudor frío, abriendo los ojos en un escalofrío que le recorre hasta la última fibra del cuerpo. No sabría si calificarlo dentro del ámbito de los sueños y las pesadillas, pues para él ha tenido un poco de ambos. Lo que sí que da miedo, son los golpes que escucha al otro lado de la puerta, tan oportunos como era costumbre. No tiene más remedio que apartarse las sábanas cuando aún no ha logrado despegar sus propios párpados, pisar el suelo helado sin ningún tipo de protección, e ir a quitar el pestillo de la puerta para recibir a su madrugador padre.

Ahora recuerda por qué lo de despertarse con los primeros rayos de sol no era tan mala idea.

"¿Qué haces que aún no estás vestido, muchacho?" Es lo primero que pronuncia al descubrir su pelo revuelto y sus legañas.

"Me he quedado…" Murmura el chico, soltando un colosal bostezo. "…dormido."

"¿Quedado? Yo diría que aún sigues ahí. Venga, date prisa." Indica con rapidez. "Otras cosas no, pero en este sitio con la comida hay que andarse con cuidado, que vuela."

"Vete yendo tú si quieres… yo voy enseguida."

Su padre lo mira de arriba abajo, probablemente riéndose por dentro por culpa de las pintas que debe de tener. Luego rueda los ojos, repitiéndole que se dé prisa y echando a caminar hacia el comedor. Charlie cierra la puerta medio inconsciente, arrastrando los pies hasta el armario. La verdad es que una ducha igual le venía bien para desperezarse, pero ya se la dará luego. Lo que ahora necesita es una taza de café bien cargado y acostumbrarse a este ritmo de vida lo antes posible. Aunque sí que es cierto que hacía tiempo que no dormía tan profundamente, por mucho que hayan venido un par de quimeras a arruinarle la calma.

Dentro del armario tiene unos pantalones prestados pero, aunque sucios, prefiere ponerse los suyos, a los que ya ha dado forma y tienen un par de rotos esporádicos debido al uso, haciéndolos, a su ver, más únicos. Lo que sí se pone es una de las camisetas negras que hay dobladas, más que nada para no bañarse en el sudor de la suya. Mientras se ajusta el cinturón y se coloca el algodón negro, el destello de uno de los botones de la chaqueta militar se cuela en su mirada por un instante. Ese es el tiempo que Charlie tarda en comprender que lo está llamando, y mucho menos en sacarla de su percha y ponérsela encima.

Le está un poco holgada, pero apenas se nota. Haciendo uso del minúsculo espejo, empieza a danzar por toda la habitación para intentar verse en todas las perspectivas. No estaba equivocado; es una pasada. A

simple vista parece igual a todas las demás, pero recordando el diseño de la de Gabriel, se da cuenta de que las líneas blancas que atraviesan su pecho son más finas y cortas, y la disposición de los botones es distinta. ¿De modo que cada cual puede adaptarla a su manera? Que no se lo digan dos veces.

Pero no tiene más remedio que dejarla cogiendo polvo en el armario, a ver si ahora, por la tontería, se va a quedar sin café. Sin más dilación, decide salir de una vez del cuartucho para reunirse con su padre, antes de recibir más regañinas sobre sus ámbitos nocturnos. Aunque ahí dentro le da que el día y la noche dan lo que es lo mismo.

Sale y se da la vuelta para trancar la puerta con llave. No es que no se fíe de la gente que hay por ahí, pero tampoco le hace gracia que puedan husmear en sus cosas, a pesar de que técnicamente no sean sus cosas. Sus cosas realmente están en casa, abandonadas, a merced de cualquiera que sepa desencajar la tabla de la puerta. Sólo de pensarlo le entran escalofríos. Sacudiéndose de la cabeza la idea, da dos vueltas y saca la llave, echando a caminar hacia el pasillo. Pero no da ni dos pasos, cuando su paseo se ve interrumpido por una brusca colisión.

"¡Perdón, perdón!" Se apresura a disculparse la otra persona, que resulta ser Gabriel. "Vaya, perdona Charlie. No te había visto."

"No pasa nada, yo tampoco."

Y con razón. El rubio lleva en una mano una tablilla de papeles que seguramente estaba mirando con suma atención. O escribiendo, porque también lleva un lápiz entre los dedos. Espera, eso de las esquinas son… ¿dibujos?

"¿Vienes del comedor?" Le pregunta, metiendo la mano libre en el bolsillo de su chaqueta.

"No, la verdad es que iba hacia allí…" Entonces su mirada repara en que la chaqueta en cuestión es la chaqueta militar. ¿Es que acaso duerme con ella? ¿Duerme, si quiera?

"¡Ah, genial! Yo también. ¿Te parece bien si te acompaño?"

"Espera, espera… ¿podéis llevar esas chaquetas cuando queréis?"

Gabriel lo mira por unos segundos con cierta expresión de extrañeza, escrutando su vestimenta como si le estuviera hablando en chino. Pero luego dibuja una amplia sonrisa.

"Claro, para algo están. No es que a todo el mundo les haga mucha

gracia, pero… al menos yo me siento más cómodo con ella.”

“¿Entonces yo también puedo…?”

“¡Pues claro! Venga, cógela. Me haces todo un favor, así no seré el único rarito que va por ahí con ella.”

Charlie cree —y está bastante seguro— de que nunca ha girado una llave tan rápido como lo hace en ese instante.

***

Cuando Billie ve entrar por la puerta del comedor a Gabriel y su hijo, se queda paralizado durante unos instantes, con el trozo de pan tostado entre los dientes. Después suelta una risa silenciosa, únicamente para sí mismo, pensando en que menudo par de monstruos acaba de crear. Sin embargo, logra ocultarlo de su semblante antes de que ninguno de los dos logre llegar a su lado, fingiendo una concentración exagerada en su café con leche.

“Te has tomado tu tiempo, ¿eh, muchacho?” Replica con su voz grave.

“Ha sido culpa mía, para variar.” Confiesa Gabriel, sentándose en la silla de enfrente, mientras que Charlie ocupa una al lado de su padre. “Digamos que nuestros caminos han colisionado.”

“¿Y esas chaquetas? Sabéis que el Desfile Negro fue ayer, ¿no?”

“Al menos es mejor que el sombrero cutre que me prestaste.” Bromea Charlie, dándole un pequeño empujón, con expresión divertida.

Billie replica dándole una colleja a su hijo, mientras Gabriel sonríe con complicidad. Y mientras el chico se frota la nuca con insistencia, sus ojos no pueden evitar apartarse de la escena, buscando escapatoria en cualquier otro espacio del comedor. Hay cosas que no se superan.

“¿Vienes?” Inquiere Charlie, levantándose para ir a servirse el desayuno.

Pero Gabriel, volviendo del limbo, niega con las manos. “Vete tú, si quieres. Ahora te sigo.”

Charlie entiende la indirecta al vuelo, pero no responde nada. Sólo aprieta los labios, mira a su padre, y se va conforme hacia las mesas de servicio para hacerse con algo de comer con lo que acallar los rugidos de su estómago. Gabriel lo mira por encima del hombro hasta que se asegura de

que está lo suficientemente lejos.

“¿Qué tal se ha adaptado?” Pregunta de repente Billie, cogiendo la taza de café.

Gabriel se gira de nuevo, apoyando los codos sobre la mesa mientras deja escapar un suspiro. “Mejor de lo que me esperaba, la verdad. Con todo lo que me habías dicho, pensé que no se quedaría ni una noche. Y al parecer va a esperar hasta que demos el golpe. He de admitir que me ha sorprendido.”

“Créeme, lo estoy tanto como tú, pero eso es que le has caído bien. Si no, ya estaría arrastrándome con él de vuelta a casa.”

“Sí, la verdad es que parece un buen chico…” Murmura, mientras el recuerdo de la charla noctámbula se cuela en su cabeza.

Una vez salió por la puerta, se dio cuenta de que jamás había mantenido una conversación ni parecida con nadie. Ni siquiera en compañía de amigos como Billie había dado tantos detalles sobre su pasado en apenas media hora. Y sin embargo, ese chico, con nada más que esa mirada inquisitiva, ha logrado sonsacarle hasta el último detalle como quien lee un cuento a un niño. Tal vez los astros estaban alineados, pero no deja de resultarle chocante cuanto menos.

Billie relame la cafeína que se le ha quedado impregnada en los labios, depositando una vez más la taza en su sitio.

“¿Se te ha ocurrido ya qué puede hacer?”

Gabriel arquea una ceja. “¿Y a ti?”

“Bueno, yo creo que se las apañaría muy bien de becario. Tal vez de chico de los recados… En casa era el que limpiaba y cocinaba mientras yo estaba fuera, así que supongo que eso también se le dé bien… Puede que incluso ayudando en la armería…”

“Sí, bueno… mis tiros van por ahí.” Entonces mira a su alrededor, asegurándose de que nadie lo escuche. “No me mates, pero… creo que debería unirse al cuerpo de ataque.”

Y menos mal que Billie ha dejado la taza tranquila, porque si no ya estaría desparramada por toda la mesa. De hecho, le cuesta no ponerse a gritar a los cuatro vientos cuando esas palabras hacen mella en su cabeza.

“¿Te has vuelto loco?”

El de pelo platino sonríe con picardía. “Sabes que eso me venía de serie.”

“Acordamos que si lo traía hasta aquí, sería para mantenerle a salvo, y eso es precisamente todo lo contrario. Charlie es sólo un crío. Jamás ha estado en una revuelta, mucho menos ha matado a nadie. Sería como meter a un conejo en la jaula de los leones.”

“Pero sí que ha vivido los Años Oscuros de primera mano. Comparado con eso, esto no es más que un paseo por la playa. Tiene potencial, Billie, lo he visto. Sé que tú también. Tiene agallas, y a su edad es mucho más sencillo pasar desapercibido. Creo que encajaría a la perfección.”

“Durante nueve años he evitado que tuviera la necesidad de empuñar un arma. No pienso cambiar eso ahora.” Entonces se recuesta sobre el respaldo, cruzando los brazos a la altura del pecho. “Además, ¿qué te hace pensar que cambiará de idea? Ayer te dejó muy claro lo que pensaba de todo esto.”

“Y ayer también vi un atisbo de cambio en él. A mí tampoco me agrada nada de todo esto, pero nos estamos quedando sin tiempo. Hay que usar todas las barajas que tengamos.”

“¿Empezando desde cero?”

“Podemos entrenarle, puedes enseñarle lo que sabes.” Insiste, apoyándose a cada palabra un poco más sobre la mesa. “Además, una vez llegue el momento, no tiene por qué disparar ni una sola vez; pero creo que como refuerzo nos vendría bien.”

El rostro implacable de Billie da a entender que no piensa dar su brazo a torcer. “Me niego a entrenar a mi hijo para matar, Gabriel. Esta familia ya ha visto demasiada sangre derramada.”

“Si no es ahora, Billie, la vida se lo enseñará por las malas. Porque sabes tan bien como yo que esto puede salir mal. Aunque las probabilidades sean ínfimas, da igual, ahí están. Y si pasa, si Revenge está dispuesto a exterminarnos, no estará a salvo ni aquí, ni en ninguna otra parte.”

Por el rabillo del ojo ve acercarse al rey de Roma con una bandeja entre las manos, así que decide terminar la conversación rápidamente, antes de que el chico pueda escucharlo. Todo ello sin apartar la mirada de los ojos de Billie.

“Pero supongo que lo más justo es preguntárselo a él, ¿no?”

“¿Preguntarme el qué?” Inquiere Charlie mientras vuelve a su sitio, tratando de mantener el equilibrio para que el café no se salga de su sitio.

Ahora que mira su bandeja desde otra perspectiva, puede que se haya echado demasiados cereales, pero también es verdad que tiene el estómago completamente vacío. Nah, seguro que entran bien. Cuando devuelve la vista hacia el frente, lo primero que se topa es con lo que parece un tenso duelo de miradas. Antes de que pueda preguntar qué pasa, Gabriel se gira hacia él con una expresión que no es capaz de adivinar del todo. Su padre sin embargo, permanece serio e inescrutable.

En qué lío se habrá metido ahora...

"Estábamos hablando sobre qué puedes hacer para ayudar en la base." Le explica Gabriel con suma tranquilidad. "Como entenderás, esto no se mantiene por sí solo, así que necesitamos que todo el mundo colabore en algo. Y ya que piensas quedarte durante tres semanas…"

"Me parece lógico." Asiente el chico, echándose dos azucarillos al café. "¿Qué puestos hay vacantes? ¿Tengo que hacer alguna entrevista, o…?"

"Todo el mundo necesita que le echen una mano, así que elige con lo que vayas a estar más cómodo. Tenemos equipos de limpieza, de cocina, puedes ayudar con la organización y la administración, con los mecánicos, la enfermería… Tenemos gente para el trabajo de campo, pero eso se lo solemos reservar a los más experimentados. Es un tanto peliagudo..." Comienza a enumerar, como si estuviera mostrándole la sección de empleo del periódico. La verdad es que ninguna de esas tareas capta la atención de Charlie, pero cierto es que tampoco puede quedarse de brazos cruzados mientras todos los demás curran. "…y luego, por supuesto, está el equipo de asalto."

"¿De asalto? ¿Y eso no es peliagudo?" Bromea el chico, metiéndose la primera cucharada de cereales. Que más que cereales, saben a trocitos de cartón mojados en leche.

"No tanto, créeme." Ríe el otro, jugueteando con uno de los botones de su manga. "Es el grupo de humanos que acudiremos hasta la Plaza Mayor para ejecutar el plan. Muchas personas están en él, como yo, claro, tu padre también… Y tú podrías, si quisieras."

"Pero… no tengo ni idea de cosas de... combate o… nada de eso."

"Te entrenaríamos lo necesario, seguro que aprendes rápido."

La verdad es que la idea resulta de lo más sugestiva. Por lo menos parece más entretenida que quedarse limpiando retretes. Por otro lado, lo de pasar de hacer la comida a ponerse en primera línea de infantería le parece una locura, especialmente estando tan en contra de la guerra

como lo está. Aunque, en este caso, no es exactamente una guerra lo que se va a librar… Pero esa mirada, esa expresión que se forma en el rostro de Gabriel… La ausencia de apoyo en el de su padre. No, ya sabe de qué va esto. Estas cosas siempre parecen mejor de lo que son; todos se creen superhéroes hasta que llega la realidad y derrumba esas ensoñaciones. Por muy divertido que sea fingir lo contrario, los superhéroes no existen; si no, no sería necesario disparar ni una sola bala.

"¿Puedo… puedo pensármelo?"

Gabriel mira a Billie por un instante, para después devolver la vista al chico, asintiendo sonriente.

"Claro… Tómate tu tiempo. No hay prisa."

Entonces se levanta de la mesa, alegando que como no se dé prisa, va a ser el único en toda la base que todavía esté en ayunas. Deja a padre e hijo solos, pero a ambos con una ligera aura tensionada que se desvanece con la estela que dibuja a su paso. A decir verdad, ni siquiera él está muy seguro de por qué confía tanto en las capacidades del chico. Si al final decide unirse al cuerpo de asalto, siempre puede decirle que no en el último momento. Todo surge a raíz de un presentimiento. Una corazonada. O más que eso, un miedo personal. Teme que pueda pasarle lo que le pasó a él; que si su padre jamás regresa a buscarlo a orillas del puente, sabe perfectamente que el chico jamás se lo perdonará. Como él no lo hizo. Por otro lado, si es Charlie el que resulta herido, será Billie quien se lo esté reprochando toda la vida. La decisión no es exactamente fácil pero, a fin de cuentas, no es él quien tiene que tomarla.

"¿Tú… qué crees que debería hacer, padre?"

Pero éste no parece de humor para una conversación en profundidad. Simplemente deposita la cucharilla a un lado del plato; ya no le apetece jugar con ella.

"Mientras sea lo que quieras hacer… cualquier decisión será acertada."

Charlie aprieta los labios. Ayudar, lo que es ayudar pues eso no le sirve de mucho apoyo para tomar una decisión final. Pero supone que a fin de cuentas, es algo que tendrá que decidir él. Que si la duda estuviera entre si grapar papeles o pelar patatas pues lo mismo daba; la duda entra por ese cosquilleo que le dice que el último lugar en el que quiere estar, es el sitio en el que debería estar.

"¿…sabes si en enfermería llegan muchos casos graves?"

"Por estas épocas no. La mayoría suelen ser fiebres, heridas que coser y desinfectar, quizá alguna herida de bala. Todo depende de si las

incursiones a la ciudad salen bien o mal.” Cree recordar, a pesar de que ese no es un terreno que frecuente muy a menudo. “Hacen lo que pueden con lo que tienen. No digo que sea agradable, y de hecho deberías estar preparado para lo peor. Nunca se sabe.”

El chico asiente, bajando la cabeza hasta las ondas que dibuja la cucharilla sobre el café, casi templado.

“¿Qué pasa? ¿No te agrada tanto lo de pelar zanahorias?” Bromea entonces, dándole un empujón amistoso.

Pero Charlie sólo consigue reaccionar con una risa débil y vana. “No es precisamente lo que quiero hacer el resto de mi vida…”

Billie siente la necesidad de pronunciar algo, de dar un par de alientos que sirvan de ánimo, pero nada de ello sería sincero. Que lo aspen si él a su edad tenía la vida perfectamente diseñada, si se esperaba que se iba a producir un giro tan vertiginoso y agonizante. Pero él ya es viejo, ya ha conocido todo lo que esta vida le tenía deparado, todo lo que le podía ofrecer. A él ya no le esperan sorpresas. Sin embargo, Charlie, el joven e inocente Charlie, sin madre, infancia, hogar, ni futuro… todavía le queda, si Dios quiere, mucho camino por delante. Debería estar fuera, viajando, conociendo mundo, gente, aprendiendo al aire libre a base de caídas y conquistas, no malgastando sus días más preciados bajo tierra, pelando patatas. Mientras observa cómo su hijo se termina el café, piensa en la desgracia que le ha tocado teniendo que vivir en un mundo como este, cuando sobrevivir no tendría que ser nada más que una palabra en su diccionario.

“Así que mi sombrero te parece cutre, ¿eh, muchacho?”

Charlie casi se atraganta, y su padre carcajea ante la tragedia. Cada uno tiene su forma de sobrellevarlo.

***

“¿Cómo podéis soportar el ruido?”

Y mira que llevan protectores en los oídos, pero aun así a cada disparo le parece que los tímpanos le van a empezar a sangrar. Y lo último que quiere es quedarse sordo antes de cumplir los treinta.

“Uno se acaba acostumbrando.” Asegura Gabriel, bajando el arma con precaución para comprobar su puntería. “Es una de las cosas que más miedo dan en este mundo, pero por algún motivo me aterran menos que

las agujas.”

“¿Te dan miedo las agujas?” Pregunta el chico casi por instinto, sonriendo con malicia.

“Agujas, alturas, payasos…” Enumera el otro, tratando de hacer memoria. “En ese orden. Bueno, los payasos depende del maquillaje…”

Charlie se queda callado durante unos segundos, intentando no realizar ninguna expresión en la cara que pueda resultar sospechosa. ¿De veras este individuo, el hombre que supuestamente va a liberar a los humanos, tiene miedo de pintura en la cara? Supone que hasta los héroes tienen los miedos más extraños, aunque en parte, entiende su fobia por esos ruidosos personajes de colores chillones; él, por ejemplo, no se lleva demasiado bien con los insectos. Y todo por culpa de una avispa que decidió atacarlo sin motivo alguno mientras se bañaba en el río.

“Pues menos mal que no nos enfrentamos contra uno, porque tu puntería es realmente buena.”

“Gracias. Aunque todavía tengo que mejorar…”

Charlie cree que de eso le queda poco; pero Gabriel es perfectamente consciente de que ha fallado un tiro, y aunque en el campo de tiro no sea más que un ensayo, no se lo podrá permitir a la hora de la verdad. Una bala, sólo una, es capaz de marcar la diferencia.

“Y lo del payaso es… más bien relativo.”

Charlie no puede evitar soltar una carcajada, colocándose rápidamente los protectores en cuanto ve que Gabriel ha terminado de cargar la pistola. Espera con los hombros encogidos al momento en que apriete el gatillo, porque cada disparo es como un pequeño infarto para él. El problema es que la cara de Gabriel se vuelve tan concentrada, tan determinada, que resulta imposible adivinar cuándo moverá el dedo.

En ese momento le entra un escalofrío que le recorre toda la espina dorsal. Visto de cerca, ahora Gabriel da algo de miedo; toda señal de amabilidad en su rostro se ha volatilizado como la pólvora. Sus muecas, el brillo de su semblante, las arrugas de expresión. Todo. Ahora parece un autómata sin vida; sus ojos arden tanto que queman incluso en la distancia, mientras su cuerpo se coloca en una relajada tensión.

¡BANG, BANG!

El corazón de Charlie da un vuelco y por poco acaba sobre el suelo, mientras Gabriel descarga todo su cartucho en irregulares disparos. Cuando la última bala impacta sobre el maniquí, baja el arma entre

suspiros; el sudor comienza a caerle por la frente. Pero parece satisfecho; ahora no ha fallado ninguno.

Y mientras todo lo que ha perdido vuelve a su ser, trayendo de vuelta al Gabriel que ha ido conociendo a lo largo de los días, Charlie se da cuenta de que es posible que él nunca sea capaz de mantener la sangre fría de esa manera. Porque ahora están entrenando con dianas inmóviles, pero a la hora de la verdad la cosa va a ser muy distinta.

"¿Te gustaría probar?"

Charlie lo mira con cierta expresión de horror. No se lo hubiera planteado ni en un millar de años, pero tal y como se lo pide el de pelo platino, es difícil negarse. "¿No es… muy complicado?"

"Bueno, no es un videojuego, si es eso a lo que te refieres. Hay que tener cuidado con dónde se apunta, y el retroceso te va a sorprender." Entonces le tiende la pistola descargada. "Pero por algún lado se tiene que empezar."

Charlie observa el arma esmaltada en negro brillando sobre la palma de Gabriel. Y mientras su cabeza se niega a tomar parte en ello, en su corazón se produce un pequeño pinchazo de curiosidad. Nunca la empuñaría contra nada ni nadie, pero lo cierto es que le gustaría saber cuál es la sensación que aparece cuando uno aprieta el gatillo.

"Yo que tú no lo haría, es malísimo como instructor." Suelta de pronto una voz a sus espaldas.

Gabriel alza la mirada por encima de Charlie, mientras éste se gira en un sobresalto. El corazón se le acelera como si le hubieran cazado con las manos en la masa, y jamás se ha sentido tan ridículo. Por el fondo de la galería, aparecen dos siluetas, la de un hombre y una mujer, que se aproximan animadamente hacia ellos. Ella pega un repentino salto para tocar el techo de la sala con la palma de la mano, demostrando en menos de un segundo su agilidad. Aunque si Charlie se pusiera de puntillas, fácilmente podría rozarlo con la punta de los dedos.

"Mira esa puntería." Añade la susodicha, asomándose a la galería de tiro mientras chista con la lengua. "Terrible, terrible…"

"Al menos yo le doy al maniquí, Hain." Replica Gabriel, sin ofenderse lo más mínimo.

Entonces la tal Hain —de pelo largo y pelirrojo, recogido en una coleta bien alta— suelta una sonora carcajada, saludando a Gabriel con un abrazo que parece córtale el aire al de pelo platino, quien sostiene una sonrisa más bien tímida. El otro hombre, sin embargo, de pelo amarillo y

barba mucho más espesa de lo que cualquiera de los presentes pudiera desear, se queda quieto junto a Charlie, mirando a los otros dos con las manos en los bolsillos.

“Charlie, estos son Brooke y Rob.” Los presenta Gabriel. “Te diría que son buenos amigos míos, pero odio mentir.”

“No seremos buenos, pero somos de los pocos que tienes.” Bromea la pelirroja, claramente más extrovertida que cualquiera de los otros tres juntos. Entonces tiende una mano firme hacia Charlie, quien se siente algo intimidado ante la altura de la mujer. “Llámame Hain, chico. Brooke es un nombre muy aburrido. Como Rob.”

“Sólo tienes envidia de que Rob me siente mejor a mí que a ti.” Añade el barbudo con algo parecido a una sonrisa, saludando también al joven con un apretón de manos. “Encantado de verte de nuevo, Charlie.”

El chico tarda en comprender a qué vienen el guiño y la sonrisa cómplice, hasta que cae en la cuenta y reacciona en una exasperación.

“Espera… ¡Te conozco! ¡Eres el conductor del otro día!”

“No pensé que volvería a verte; como estabas tan empeñado en regresar…” Sonríe Rob, sin despegarse de la actitud que demostró cuando se puso al volante.

“Así que eres nuevo por aquí, ¿eh?” Le pregunta Hain, poniendo los brazos en jarras. “¿Y qué, te gusta este nidito nuestro? Ya sabemos que le falta una mano de pintura como poco, pero al menos no se nos cae encima. De momento.”

“Está muy bien, mejor de lo que pensaba. Al menos no es… claustrofóbico.”

“Ja, bueno, eso dura los primeros meses.” Ríe Rob con su grave voz, que resuena por toda la galería. “No te olvides de salir a tomar el aire de vez en cuando, chico, o acabarás como este vampiro.”

No hace falta añadir que se refiere a Gabriel.

“Apuesto a que ni siquiera te ha hecho un tour en condiciones por toda la base.” Irrumpe Hain, pasando su brazo sobre el hombro de Charlie de forma macarra, haciendo que se sienta algo incómodo.

“La verdad es que…”

“Pues hay que hacer uno. De verdad Gabriel, menudo anfitrión estás

hecho.”

“¿Qué esperabas? Lo único que hago es ir de reunión en reunión como de oca en oca.” Se queja el aludido, encogiéndose de hombros.

“Y ahora tiras porque te toca, ¿no?”

Gabriel suelta una involuntaria carcajada, a la vez que Rob enoje el rostro con un gruñido de desagrado.

“Vete a la mierda.”

“No, es otro sitio al que tenemos que ir. Pero te acercas.” Asegura la mujer, separándose del chico. “Lo siento, Charlie, pero te vamos a robar a tu colega un rato.”

“Tenemos—“

“No me lo digas; una reunión.” Resuelve Gabriel antes de tiempo.

Rob asiente. “En diez minutos.”

El de pelo blanco rueda de forma casi exagerada los ojos, aunque no le sorprende en absoluto. Está más que acostumbrado a esta rutina. Mientras guarda el arma en su respectiva funda, se queda congelado unos instantes en el sitio, como si acabara de ver un fantasma. Los otros tres se dan cuenta:

“Porque te acuerdas de que teníamos reunión, ¿verdad?”

“¿…a que todavía no has pensado desde dónde vamos a filtrarnos?” Adivina Hain, como si supuestamente fuera algo realmente importante a tener en cuenta.

Gabriel suelta un sutil suspiro que sólo Charlie logra ver. Deja la pistola descargada sobre la mesa, para después pasarse la mano entre los cabellos platinos. “Joder… Se me ha olvidado por completo. Con todo lo del Desfile…”

“Pues algo les tendremos que decir a los otros, ¿no crees?” Añade Brooke, mientras Rob coge la caja de los cartuchos y la guarda con las demás. “¿De veras que no has pensado en nada de nada?”

“Algo sí, creo que lo mejor sería avanzar desde la calle del Este, pero...”

“Pero, pero… ¡Siempre con peros, macho!”

“¿Esa no es la que está más lejos del Ayuntamiento?” Pregunta Charlie con sumo cuidado. Lo normal, a su parecer, sería acortar el camino lo máximo posible.

“Precisamente; será el último lugar por el que se esperarán que entraremos. Pero todavía no lo he mirado las propuestas a fondo, así que de momento… será mejor no decirles nada.” Entonces mira a Charlie, haciendo un gesto de disculpa, hasta que repara realmente en la impronta del chico. “Perdóname, Charlie. Decías que querías preguntarme algo, ¿no?”

“Sobre el trabajo, sí, pero…” Ya lleva numerosas horas dándole vueltas, ¿qué importa unas pocas más? “No te preocupes, puede esperar.”

“¿Te vienes, chico?” Pregunta Hain mientras empuja al rubio para que empiece a caminar.

El chico duda qué responder durante unos instantes, hasta el instante en el que surgen unos disparos a sus espaldas. Al darse la vuelta, reconoce la figura de su padre practicando el tiro unos puestos más allá.

“…em, no. Id vosotros. Yo me quedaré por aquí.”

Hain aprieta los labios, enseñando su larga fila de dientes brillantes. “Chico listo. No como tú, Gabe.”

“Ya lo sé, ya lo sé.” Sonríe el otro mientras se despide de Charlie.

De pronto se queda plantado allí de pie como un idiota, esperando hasta que las tres figuras se reúnan y desaparezcan por completo de la sala. Suelta un lánguido suspiro, no sabe exactamente por qué, y se da la vuelta. La galería de tiro está prácticamente vacía, salvo por su padre y dos mujeres practicando a lados prácticamente opuestos; todos en silencio, llenando la habitación de balas y concentrados únicamente en su tarea. Charlie se acerca con cuidado hacia su padre, evitando sustos que puedan acabar en tragedia. Billie lo ve llegar por el rabillo del ojo, girando la cabeza. Charlie le sonríe débilmente, no queriendo interrumpir la práctica de su padre. Con ojos avizores, observa cómo las balas cortan el aire, impactando todas sobre el pecho de la silueta dibujada sobre la lámina, prácticamente en el centro de la diana. Un escalofrío recorre la espalda del chico; eso sí que es impresionante. No duda en que las balas que dispare su padre serán las que derriben al dictador. Porque si no son las suyas, duda que las de nadie puedan hacerlo.

“Te noto nervioso, chico.” Le dice de repente su padre, bajando los brazos.

“Como para no; recuérdame que nunca te cabree cuando haya pistolas cerca.” Murmura mientras ve una ligera columna de humo brotar del centro de la diana.

“¿Y bien? ¿Has decidido ya lo que quieres hacer, hijo?” Le pregunta, depositando el arma sobre la mesa, pero sin cargarla. “¿O sigues dándole vueltas?”

Charlie coge aire para responder algo, pero en el último momento se come sus palabras. Hasta hace un momento lo tenía más que claro, pero ahora… ahora ni siquiera él está muy seguro de lo que quiere decir.

“Puedo… ¿puedo preguntarte algo?”

Su padre asiente, apoyándose contra la mesa con los brazos cruzados. A Charlie le parece una buena idea, y decide apoyar la espalda contra la pared contigua, quedando así uno enfrente del otro.

“… ¿por qué me has traído hasta aquí?” Inquiere, encogiéndose de hombros. “Sé que tú eres una pieza importante en este proyecto, pero yo… no pinto nada. No… no valgo para esto, padre. Estaría mejor en casa…”

Billie agacha lentamente la cabeza, apretando los labios; dándole la razón. “¿Tan pronto te quieres marchar?”

“No es eso, sólo quiero saber… Bueno, ¿por qué me metiste en el coche? ¿Por qué no me lo contaste?”

“No lo sé.” Confiesa su padre tras lo que parece una eternidad. “Al principio supongo que para permanecer juntos, para mantenerte a salvo. Estos últimos días van a ser muy importantes, y no me gusta la idea de dejarte solo tanto tiempo. Luego porque… porque pensé que tal vez podrías formar parte de ello… Pero no me he dado cuenta del peligro que esto podría suponerte hasta que ha llegado la hora de la verdad. Y lo admito… me he asustado, muchacho.”

Y oír a su padre decir esas palabras sí que da miedo. “¿Creías… que podía formar parte de esto?”

“Te conozco mejor de lo que te conoces a ti mismo, Charlie.” Sonríe, adelantándose para darle un toque en el pecho. “Ese corazón que tienes golpeando ahí dentro ha sobrevivido a toda clase de horrores, pero sigue ahí, palpitando. Sé que cuando la rabia te pica, algo dentro de ti empieza a arder como el infierno. Siempre que has visto las injusticias de este mundo, desde pequeño… Siempre quisiste cambiar las cosas. Y créeme, ahora también está ardiendo. Y tú lo has de notar, caramba; me estoy

quemando hasta yo.”

Charlie agacha la mirada hacia su pecho, entendiendo ahora esa extraña sensación que lo lleva asolando estos días.

“No puedes engañarme, muchacho.”

“Pero yo no valgo para esto… Ni siquiera sé si quiero hacerlo.”

“Bueno… si es así como lo sientes, no puedo hacer nada para evitarlo… Supongo que Gabriel tiene razón, la decisión ha de ser tuya, y sólo tuya. Nadie puede obligarte a participar en algo en lo que no crees con vigor. Es un juego de vida y muerte lo que se está tratando aquí, después de todo.”

Algo dentro del se llena de súbita nostalgia. Tal vez el vago atisbo de un niño prácticamente desaparecido; una sombra que siempre había visto pero que hoy, sin previo aviso, se ha volatilizado, mostrando una realidad completamente distinta.

“Ya no eres ningún niño, ¿no?”

Charlie no responde nada, y tan sólo aparta la mirada hacia el suelo. Está pensando. Así que por eso está tan raro estos días, porque su corazón arde como una piedra incandescente. ¿Pero cómo apagarla para evitar que haga daño? Siente que puede hacer algo para remediarlo, pero no sabe si será capaz.

Sólo hay un modo de averiguarlo:

“Si me quedo… ¿Me entrenarás?”

***

“Oye, y el chaval de antes…” Pregunta de pronto, dándole un sorbo a su taza de café, como quien no quiere la cosa. “¿De dónde ha salido?”

Gabriel tiene que apresurarse para separar el vaso de sus labios, requemándose ligeramente la garganta por ello. “¿Charlie, dices? Es el hijo de Billie, ¿Billie Parsons?”

“Sí, sí, sé quién es Bill. Como para no, teniéndote a ti.” Recalca Hain, apoyando la espalda contra la pared de la sala. Se sentaría sobre una de las mesas, pero ha estado demasiado tiempo con el culo pegado a una silla. “Lo que no sabía es que tuviera un hijo… mucho menos que

estuviera casado, parece uno de esos antihéroes solitarios de los cómics."

"Es viudo, para ser exactos." Corrige el de pelo blanco, apretando los labios. No sabe si debería estar dando esa clase de información privada sobre el bueno de Bill, pero tampoco está dispuesto a entrar en demasiados detalles. A parte de que Rob y Hain son amigos de confianza. Lo raro, de hecho, es que no lo supieran ya. Los secretos duran poco cuando toca convivir en un agujero bajo el suelo.

"¿Años Oscuros?" Inquiere de nuevo la pelirroja, indicando con su voz que esta clase de historia ya la tiene más que oída.

Gabriel asiente en silencio, para que Hain pueda regresar a su café, rodando los ojos con amplitud. El mundo es un puñetero pañuelo.

"¿Y por qué traer al crío hasta aquí?" Interrumpe Rob, removiendo el té a base de ruiditos metálicos que hace con la cuchara. "En el coche no parecía muy entusiasmado…"

"Si os soy sincero, no estoy del todo seguro. Billie me pidió que le hiciera el favor de aprovechar todo el lío del Desfile, pero no me dio demasiados detalles." Recapacita Gabriel, ahora un poco deseoso de saber algo más. "Sus motivos tendrá. Además, le debía un favor."

"¿Por lo de la incursión de la calle Wallace?" Apunta de pronto el barbudo, dando en el clavo. Sabiéndolo perfectamente, y regodeándose por ello.

"Sí…" Gruñe el de pelo blanco. "Por eso."

"Pues se ve que te cae bien, el chaval digo." Prosigue Hain, a quien no le apetece que le cambien el tema. "Parecías bastante encariñado con él en la sala de tiro."

"Es un poco terco, pero en seguida se ve que es buen chico." Asegura Gabriel, dándole toda la razón a la pelirroja. "Es gracioso, en algunas cosas me recuerda a mí. Quizá sea por eso."

"Sí, la verdad es que sois clavados. Tenéis el mismo blanco en los ojos." Bromea Hain, levantando el vaso hasta acabar con el último poso de azúcar del fondo.

Gabriel se ríe con resonado sarcasmo, volviendo a recoger su vaso de la mesa, para ver si ha enfriado algo más desde el último sorbo, recalcando el poco ingenio de las bromas de la pelirroja. Los tres ríen sin ningún motivo aparente, hasta que Hain vuelve a intervenir:

"Parece que aquí nuestro amigo ha encontrado a un nuevo aprendiz."

Anuncia con retintín.

A lo que Rob sigue con "Giro dramático de los acontecimientos; en realidad nos la está colando y resulta que son hermanos de toda la vida."

Y es ahí cuando la risa de Gabriel va disminuyendo hasta casi extinguirse. De pronto, todas las ganas que quería volcar en la conversación parecen volatilizarse. Parecen. "Sí, ¿verdad? Podría ser…"

La mirada que le lanza Hain al barbudo podría haberle arrancado la cabeza de cuajo. ¿A quién se le ocurre? Sólo al idiota de Rob, por supuesto. Algunas veces parece que en vez de sus compañeros, vive con sus primos de tres años. Llevan el suficiente tiempo juntos para saber de qué temas se pueden hablar y de cuáles no. Ella se sabe los de todos. Rob, tal y como acaba de demostrar, no tanto. Y no piensa esperar a ver qué pasa, no esta vez.

"Bueno…" Dice tras un carraspeo, echando un vistazo a su reloj de muñeca. "Será mejor que vaya moviendo el culo. Todavía tengo que hacer mi saludo a la luna, antes de que salgan los lobos."

"Si vas a salir, hazlo abrigada. Esta mañana hacía un frío del copón." Indica Rob, tratando de fingir que nada ha pasado.

"Los abrigos son para los débiles de espíritu." Y antes de salir por la puerta, junta ambas manos a la altura del pecho, inclinándose hacia los otros dos individuos. "Namasté, caballeros."

Y llevándose su júbilo consigo, Hain deja a sus espaldas el vacío marrón de la incomodidad. Uno en el que Rob no espera quedarse demasiado tiempo.

"Lo siento, Gabe, no quería…"

"No, tranquilo. Soy yo el que tendría que acostumbrarse a estas cosas, ¿no?" Sonríe el aludido, aunque no con el mismo entusiasmo que al principio. "Hace ya mucho tiempo de todo eso."

"Eso no significa nada. ¿Por qué crees si no que estamos todos aquí?"

Y Gabriel no puede hacer otra cosa que no sea darle la razón. Polvo al polvo, dicen. Vive el momento, pues todos hemos de morir. De lo que no hablaban los filósofos era de qué hacer cuando son todos a tu alrededor los que mueren, y tú tienes la condena de seguir viviendo por ellos. Para eso se necesita algo mucho más potente que el carpe diem. De momento, esta taza de café servirá.

“Y como me sigas recordando lo de la calle Wallace, yo te voy a recordar lo de mi disco de Iron Maiden hasta el día en que me muera.” Lo amenaza, tratando de levantar el ánimo.

“Joder, ¡que fue un accidente!”

“Los CDs no salen de mi habitación y acaban en la trituradora por accidente.”

“Iba hasta arriba de papeles, y con la luz del proyector pensé que alguien había hecho una foto con flash… ¡Me asusté, tío! ¿Es que no tengo derecho a asustarme?” Se defiende Rob, tratando de contener la risa. Es imposible hacerlo cuando uno vuelve a pensar en el patetismo de aquella escena.

“Tus lloriqueos no me van a traer a Dikinson de vuelta.”

“Mira, cuando salgamos de aquí dentro de unas semanas, lo primero que voy a hacer es llevarte a la tienda más cercana y comprarte toda su puñetera discografía.”

Gabriel ahoga la risa en la taza de café, hasta que algo hace mella en él; no había reparado en el poco tiempo que les queda hasta el gran día. Parecía tan lejano, y ahora está a la vuelta de la esquina. No como las tiendas de las que habla Rob, cuya existencia duda que siga siendo algo a la orden del día en Vennom. Eso también lo dicen, ¿no? Por soñar que no falte.

“Pues a ver si es verdad.”

***

Le suda tanto la mano, que es muy probable que en cualquier momento la pistola salga volando por su cuenta. Y eso que intenta sostenerla lo más firme que puede, pero le parece que cuando se mueve lo más mínimo, todos sus músculos se ponen de acuerdo para temblar como puñeteros flanes y ponérselo más difícil. Aun así, trata de suspirar y mantener la calma; con tal de acabar con la tensión lo antes posible, aprieta el gatillo lo que cree que son tres veces, hasta que el cartucho termina de descargarse.

“Has vuelto a cerrar los ojos.” Replica su padre a sus espaldas.

Charlie relaja los hombros al instante, sintiendo el pecho y los brazos realmente entumecidos. Va a tener unas agujetas históricas mañana por

la mañana.

“No puedo evitarlo, créeme.” Asegura mientras gira los hombros para descargarlos, y al hacerlo escucha un gran crujido en uno de ellos. “Argh, maldito retroceso.”

“Necesitas entrenar esos bíceps, muchacho.” Sonríe su padre, posándole la mano sobre el hombro. “Pero mira, vas mejorando.”

Si por mejorar se refiere a que de tres tiros a medio-acertado uno, entonces sí. Ha sido todo un éxito. Bueno, al menos la bala no ha terminado en la diana contraria; eso ya es un avance.

“¿Podemos descansar un rato?” Pide con el ceño fruncido, sintiendo que le duele todo el cuerpo más de lo normal.

“Sí, de hecho te iba a proponer dejarlo por hoy. Tengo que atender unos asuntos en administración.” Asegura su padre, estirando la espalda. “La dura vida de ser viejo.”

“¿Puedo ir?”

“No creo que te interese el emocionante concepto de rellenar papeleo. Mejor descansa, y toma agua con azúcar. Mañana no podemos permitir que las agujetas en los brazos te impidan practicar.”

Charlie está un poco hasta las narices de todo este entrenamiento. Correr, hacer flexiones, disparar… Al principio tenía su gracia, pero cuando ya llevas unas cuantas horas echadas en la materia, empieza a perder encanto. Especialmente cuando no logras dar una con la pistola. Se pregunta en qué momento le llegó a parecer una buena idea, y por qué diablos no se metería al puesto de enfermería.

Pero también comprende que se ha metido en esto él solito, y ahora no está dispuesto a echarse atrás. De hecho, a pesar de todo el esfuerzo físico que ello conlleva, todavía tienes las fuerzas necesarias para aguantarlo, ya que lo único que visualiza es el resultado final. Gracias a esto podrá asegurarse de que no surja ninguna catástrofe, y nadie podrá impedírselo. Aunque tenga que cargar con ella en soledad.

“¿Qué tal le va a nuestro Llanero Solitario?”

Billie se gira para ver que Gabriel ha pasado a saludarlos. A juzgar por la expresión de su cara, ha tenido un día bastante ajetreado; parece derrotado, aunque intenta ocultarlo tras un semblante amable y alegre. Probablemente echar un vistazo a sus amigos le sirva para desconectar un

poco de su trabajo.

“Sigue vivo, que ya es algo.” Bromea su padre, despidiéndose del rubio. “Aunque no sé por cuánto tiempo… Lo siento, muchachos, pero tengo que irme a practicar mi firma.”

“Intenta gastar sólo un par de bolígrafos.” Sonríe el otro, cruzándose de brazos.

“No prometo nada.” Entonces lanza una mirada a su hijo, haciendo un gesto con la cabeza. “Nos vemos en la cena.”

Charlie asiente, despidiéndose vagamente con la mano. Dios, no puede ni levantarla. En el contrato no ponía nada de que tendrían que acabar amputándole las extremidades por el dolor.

“¿Qué?” Salta un Gabriel sonriente, apoyándose contra la mesa. “¿Era como lo esperabas?”

“Ni de lejos.” Asegura el chico con exasperación, estirando el cuello en todas direcciones. “Es mucho más complicado… No voy a aprender a tiempo. Voy a tardar siglos...”

“Seguro que ya no lo haces tan mal.” Carcajea el otro, cargando de forma distraída la pistola que hay sobre la mesa. “Aún te queda algo de tiempo, seguro que lo perfeccionas. Además, probablemente no vas a tener ni que usarla.”

Siempre se lo están recordando; que no hace falta que se vuelva ahora el mejor, que lo único en lo que tiene que pensar es en estar preparado para poder salir airoso en caso de emergencia. Que va de apoyo y bla, bla, bla. Pero por algún extraño motivo, no dejan de entrenarlo como si fuera a competir en las olimpiadas de asesinatos tiránicos. Gabriel carga la última bala, tendiéndole el arma al chico.

“Pero más vale prevenir que curar.”

Charlie la recoge con cuidado, asegurándose de que está puesto el seguro antes de causar una catástrofe. A pesar de que es muy cuidadoso, siempre tiene la sensación de que en cualquier momento se va a disparar sola y causar una tragedia involuntaria.

“No tengo madera para esto…” Sonríe débilmente, aliviado y humillado a partes iguales.

Siente que está defraudando a todo el mundo. Especialmente a su padre, que es lo que más duele. No se le da tan mal en realidad, pero desde luego no es lo suficientemente bueno como para salir a jugar a hacer de

francotirador. Su padre, en cambio, tiene una puntería tan precisa que asusta, con ese pulso de cirujano que evidentemente él no ha heredado. Hasta Gabriel sabe dar en el blanco sin esfuerzo, pero claro, él ha estado entrenando toda la vida.

"¿Puedo verte?" Pregunta de repente con interés.

Charlie duda unos instantes. Sí claro, y hacer el ridículo delante de su amigo. Aunque tampoco le va a decir que no; con Gabriel no es como si pudiera negarse por las buenas. Así que, con resignación, quita el seguro al arma, colocándose en posición para disparar. Intenta hacer todas las cosas que le ha indicado su padre, pero le resulta imposible. Sigue pensando que todo su cuerpo está temblando. Apunta lo mejor que puede y dispara varias veces, cinco cree contar. De la pistola brota un suave humo, y la diana se tambalea por un instante. Bueno, sólo ha fallado dos tiros, y los otros tres están bastante centrados.

"No está mal."

"Claro que no, está fatal." Gruñe el otro, aunque en el fondo se sienta un poco orgulloso de sí mismo.

"Ni de coña. Lo que pasa es que estás demasiado nervioso." Explica, posando las manos sobre los hombros de Charlie, echándolos hacia abajo. "Te centras demasiado en la posición, pero no en el tiro. Ya verás, prueba otra vez."

Charlie replica para sus adentros, pero no duda en colocarse de nuevo para disparar. Antes de hacerlo, Gabriel lo va ubicando con las manos como si fuera una marioneta.

"No, no te centres en mí, a no ser que me quieras disparar." Ríe. "Relaja los hombros, no dejes que se te suban. No queremos sobrecargar el cuello... Vale. Estira más los brazos, ponlos firmes. Eso es. Los ojos bien abiertos, sin presión. Respira, tranquilo, concéntrate. Tenemos todo el tiempo del mundo… Y ahora, céntrate en tu objetivo; imagina el recorrido que quieres que haga la bala… Guíala… No hay prisa, sin prisa… Tú sólo concéntrate… Visualízalo, y sólo cuando estés preparado…"

Tres disparos brotan del cañón.

"…dispara."

Charlie pierde por unos instantes la noción del tiempo. Le parece que el mundo se ha detenido, dilatándose para cederle un momento de concentración. Ha sido raro. Como si en toda la sala, sólo estuviesen la diana, la bala y él. El universo callado, dispuesto para contemplar el

disparo.

Ha fallado uno. Los otros dos están prácticamente en el centro. Puede sentir cómo se ilumina la sonrisa de Gabriel a sus espaldas.

“Mucho mejor.”

“¿Es… así como lo haces tú?”

El aludido se detiene durante unos instantes, hasta que al final asiente, ladeando la cabeza con indiferencia. “También me ayuda mucho imaginarme a mi oponente al otro lado…”

“¿Revenge?”

La sonrisa de Gabriel tiembla por un segundo. Intenta contenerla en su sitio, pero le resulta difícil. Al final lo queda más remedio que recogerla, sustituyendo sus palabras por un asentir de cabeza. “Sí…” Entonces coge aire, echando la vista hacia atrás. “Venga, creo que ya ha sido suficiente por hoy. No queremos gastar toda la munición, ¿a qué no?”

Charlie asiente rápidamente, guardando en silencio el arma descargada junto con todas las demás. Gabriel parece más cansado de lo normal, y no quiere causarle demasiadas molestias. Éste lo espera pacientemente, y cuando está liso, le da una palmada en la espalda y acompaña al chico fuera de la galería de tiro.

Aunque es probable que después venga por su cuenta.

Más vale prevenir…

Capítulo 8

La niebla es menos espesa esta vez. Se puede apreciar la vaga silueta de la grisácea ciudad sin poner demasiado esfuerzo en ello. El escenario sigue siendo el mismo, incluido su camisón de hospital. Sabe que sopla viento frío, si bien no puede sentirlo. Apenas se da cuenta de por dónde está paseando, como si se tratara de un espectro flotante que vaga sin importarle el rumbo.

A la memoria le viene una imagen muy clara, y por mera curiosidad se echa a andar sobre las despedazas calles, tratando de reconocer alguna parte del tétrico espacio. Las calles parecen repetirse por intervalos, pero puede ser porque la otra vez, con la niebla, apenas pudo ver nada. No le hace falta caminar muy lejos; a una vuelta que da se le cuela por el rabillo del ojo la imagen de la misma mujer con cancán que se grabó tan profundamente en su cabeza. Pero esta vez no va a desaprovechar la oportunidad.

Se acerca corriendo todo lo rápido que puede a la extraña figura, en esta ocasión sin llegar a tocarla, por miedo a que el sueño se rompa tal y como la vez anterior. Lo único que hace es girar con lentitud a su alrededor, mientras ella permanece inmóvil, impasible. Su pelo llama casi más la atención que el resto del atuendo, sacado de una fantasía fúnebre. Tan largo, enredado y blanquecino. Casi irreal.

Al menos, eso es lo que piensa hasta descubre, para su desgracia, la máscara de gas que oculta el rostro de la mujer; eso hace que el vestuario pase de ser embelesador a ligeramente inquietante. La mujer parece mirarlo fijamente, aunque es probable que sea un efecto óptico de la máscara, y que en realidad no esté mirando nada en absoluto. Duda incluso que esté lo que se dice viva.

Charlie pierde ligeramente la concentración en la figura cuando una extraña música empieza a retumbar en el aire, a sus espaldas. Como si estuviera encerrado en una caja de música a la que alguien hubiera dado cuerda. Un escalofrío le sube desde los talones hasta la cabeza, provocando un cosquilleo gracioso en su estómago. No es la primera vez que la oye:

“Y si juras ser mi niño, tal vez te cante una canción…”

Eso ha sonado extrañamente cerca. Charlie gira sobre las plantas de sus pies con una lentitud exagerada, tratando de evitar que el sueño quede interrumpido y sin acabar. Con la misma precaución y el corazón a mil, se acerca de nuevo hacia la extraña mujer, tratando de ver el rostro que hay más allá de la máscara de gas. No puede evitarlo; tiene que quitársela

para averiguarlo.

"… ¿Quién…?"

Pero para cuando las yemas de sus dedos rozan tan siquiera el plástico de la mascarilla, la figura echa la cabeza hacia atrás con un violento tirón, exhalando un grito difuso que invade la ciudad con sombras en forma de murciélagos, abalanzándose sobre sus ojos y provocando que Charlie se despierte al borde de la cama, con el corazón en un puño.

Incapaz de quitarse esa nana de la cabeza en lo que queda de día.

***

"¿Qué estamos buscando, exactamente?" Pregunta Charlie mientras tose el polvo que se ha metido dentro de sus pulmones.

"Una especie de caja gris bastante aparatosa, y que tenga una ranura lo suficientemente grande para que entre una de estas." Explica Rob, levantando la cinta de VHS que sostiene sobre la mano.

"¿Y de verdad crees que habrá alguno por aquí?"

"Tiene que haberlo. Trajeron un montón de chatarra para estos casos. Si lo hay, tiene que estar por aquí…"

Por algún motivo que Charlie desconoce —y que la verdad, no se ha molestado demasiado en averiguar—, Gabriel y los mandamases, como los llama él, necesitan un reproductor de cintas para poder ver… algo. Probablemente tenga que ver con Revenge o algo similar, tal vez para analizar sus movimientos, pero sinceramente, eso no le interesa demasiado en estos instantes. Lo único que quiere es salir de ahí antes de morir intoxicado.

"Oye, ¿y qué tal va tu entrenamiento?"

¿Por qué será que todo el mundo le pregunta sobre lo mismo? ¿Es que su padre va contando por ahí las batallitas del torpe de su hijo? ¿Es que no hay otro puñetero tema de conversación en este agujero?

"Mucho mejor, la verdad." Y aunque no quiere añadir mucho más al tema, tampoco se equivoca. Desde que escuchó los consejos de Gabriel, la cosa ha cambiado por completo. No parece ni el mismo. Y ya no le da tanto miedo.

De hecho, cada día le sube una pequeña dosis de adrenalina a la que nota que se está volviendo adicto, y no sabe si eso es bueno. No quiere desaprovechar la oportunidad de hacer algo con su vida, pero tampoco quiere convertirse en la clase de persona que juró negarse a ser una vez la guerra hubo acabado. Eso es lo que le quita el sueño por las noches. A parte de las pesadillas.

"¿Crees que estarás listo para dar el golpe?" Le pregunta de forma indiferente, prestando atención a unas cajas cubiertas de polvo.

Charlie lo duda por unos instantes, murmurando entre dientes. "Si es que queda golpe que dar…" Antes de que Rob descifre sus palabras, se apresura a cambiar de tema. "¿Y qué hay de ti? ¿Qué tal se te da? Nunca te he visto entrenar en vivo y directo…"

"Ah, bueno, eso es fácil. Yo no voy a ir."

El chico se queda en el sitio, confuso. Así que lo meten a él, ¿pero no a un fortachón como Rob? "¿Por qué no?"

"No es mi lugar. En absoluto." Carcajea con nerviosismo. "¿Jugarse el pellejo en una ciudad infestada de Ecos? Prefiero quedarme ordenando papeles y haciendo que todo el mundo llegue a su hora, ya sabes. Algo menos… espinoso. No soy tan valiente como tú."

No quiere decirlo en voz alta, pero esas palabras marcan a Charlie como un puñal en las costillas. ¿Valiente? ¿Desde cuándo lo es? No se trata de una palabra que te venga a la mente cuando piensas en él. Todo lo contrario. ¿De dónde habrá sacado la idea?

Antes que proseguir con la conversación prefiere acabar la tarea, así que se pone a rebuscar con quizá demasiada efusividad el dichoso lector de cintas. Ya ni recuerda que aspecto se suponía que debía tener.

"No quiero parecer entrometido, pero… ¿cómo conociste a Gabriel?" Le pregunta el barbudo, sin girarse del todo.

"Por mi padre. Fue un encuentro un tanto… inesperado." Dice, sin entrar en demasiados detalles. "¿Y tú?"

"Oportuno, más bien." Asegura, quitando más cajas de cartón y levantando una polvareda interesante. "Fue por casualidad, pero en el momento oportuno. Al principio creía que era un tipo… raro, ¿sabes? Y luego resulta que me ofreció su ayuda cuando nadie más lo hizo. Es de chiste… Por eso estás ante un blandengue como yo; tengo un favor que devolver."

Charlie se queda pensativo por unos instantes, removiendo sin demasiadas ganas el interior de una caja. “Sí, suele tener ese efecto en la gente… Y no creo que seas un blandengue. Todo lo contrario.”

“Supongo que a veces nos vemos de manera distinta a como nos ven los demás, ¿no crees?”

Otra vez. Otra vez la sonrisa cómplice. Como si fuera capaz de leerle partes de su pensamiento que ni siquiera Charlie sabe descifrar. Mejor volver a las cajas, a las cajas. O se está volviendo loco, o aquí dentro todo es demasiado raro.

“Hala, ¿y esto?” Murmura de repente, quitándole el polvo a una vieja cámara de fotos instantánea. “¡Qué chula!”

“No te distraigas, Char—”

Pero para cuando dirige la mirada al chico, éste ya tiene el objetivo clavado en su cara. A Rob apenas le da tiempo a poner las manos para apartar el rostro pues, al instante, un sonoro flash inunda la habitación con un potente fulgor blanco.

“¡Flipas, todavía funciona!” Exclama Charlie mientras la máquina escupe un cuadrado negro en el que empieza a desvelarse la curiosa imagen. “¡Cargada y todo! Vas a estar en la portada de todos los periódicos.”

“¡No, déjalo!” Espeta Rob, prácticamente abalanzándose sobre él para quitarle la fotografía de las manos.

“¡Venga, no te pongas así!” Carcajea con fuerza, bloqueándole el paso de todas las formas posibles. “Seguro que no sales TAN mal…”

A medida que la imagen va apareciendo, se da cuenta de que eso es lo último en lo que debería preocuparse. Funcionar lo que es funcionar… la máquina funciona. A medias. En la foto aparecen las baldas, las cajas; todo envuelto en un brillo curioso. Incluso la vestimenta de Rob surge bien reflejada… el problema es que el único que no aparece reflejado, es Rob.

Charlie se queda congelado mientras la imagen toma forma ante sus ojos. El barbudo ya no intenta detenerlo, sólo levanta los brazos en el aire con resignación. Perfecto, ya qué más da. Charlie se gira lentamente hacia él, sin poder apartar la mirada de la extraña fotografía. Intenta decir algo, pero lo único que de su boca brotan, son pequeños balbuceos inentendibles. Finalmente logra alzar los ojos hacia Rob, abiertos de par en par. A diferencia de lo que el otro había pensado, el chico no se queda en su sitio. No grita ni trata de explicarse con tartamudeos, no; coge la

fotografía y sale a toda prisa de la habitación.

"¡Charlie, espera!" Le grita, corriendo detrás de él con la intención de alcanzarlo.

Pero es demasiado tarde; el chaval ya ha salido corriendo con el corazón en la garganta, directo a enseñárselo a Gabriel.

Ni siquiera está seguro de a dónde lo está llevando su cuerpo. Simplemente se deja guiar, su instinto debe de conocer el camino, mientras su cabeza intenta mantener la presión de su respiración sin explotar. No puede ser, ¿cómo demonios…? Por el camino, se para a preguntar a unos que conoce como amigos de su padre, que lo miran como si se le hubiera ido la olla. Tal vez tengan razón. ¿Dónde está Gabriel? En la sala de reuniones, vale. Está en la sala de reuniones.

Tiene la sensación de que hay una jauría de lobos persiguiéndole, pero son sólo imaginaciones suyas. Llega hasta la susodicha sala en apenas un suspiro, irrumpiendo como hacen en las películas cuando se quiere interrumpir una gran celebración. Por suerte, la habitación está completamente vacía, porque si no sí que le hubieran molido a palos.

Gabriel levanta la cabeza de sopetón, sobresaltado por el portazo que pega la puerta contra la pared. Al ver el rostro alterado del chico, el suyo también se pone pálido. Bueno, más de lo que ya está.

"¿Charlie? ¿Qué pasa?" Pregunta preocupado, levantándose rápidamente de la mesa. "¿Va todo bien?"

"¡Es…!" Murmura sin aliento. "¡…un Eco!"

Gabriel frunce el ceño, enteramente confuso. No se sabe si por la situación, o por no poder entender las palabras del chico. Charlie avanza ágilmente hasta su lado, tendiéndole la fotografía con las últimas fuerzas que le quedan. Gabriel la coge con recelo, prestándole toda su atención.

"Rob… es… es un Eco…"

Más, lejos de reaccionar de la forma esperada, en vez de quedarse estupefacto, cabrearse, o sorprenderse, Gabriel hace la última acción que el chico creía posible en una situación tan estupefaciente como esta.

Se echa a reír.

Charlie alucina. "He… venido lo más rápido que he podido… Tenía que avisarte."

“Lo sé, lo sé, gracias.” Asegura tranquilamente, sentándose otra vez en la mesa, con una sonrisa divertida dibujada de lado a lado. “…Ya lo sabía.”

Ahora es Charlie el que tiene que sentarse. “¿Cómo que lo sabías?”

“Lo sé desde mucho antes de montar todo esto. Rob ha sido amigo mío desde los días de la guerra.”

“P-pero… ¡es un Eco!”

“Lo sé, eso no significa nada.” Explica tranquilamente, no siendo esta la primera vez. “Apoya nuestra causa, Charlie, y para mí eso es más que suficiente. No todo es blanco o negro en esta vida. Tú eres humano, pero mírate; estás dispuesto a ayudar también a los Ecos. Y mientras él nos sea de ayuda, ¿qué más da qué fuera de nacimiento?”

“¿No tienes miedo de lo que pueda hacer? ¿De la información que tiene a su alcance?”

Es de locos, sí. Pero Gabriel niega en rotundo. “Yo no... Todos los demás sí.”

“¿También lo saben?” Maldita sea, siempre es el último en enterarse de todo.

“Fingen que no les importa, pero sé que hay algunos que arrugan la nariz cada vez que lo ven pasar. Al pobre le cuesta que lo tomen en serio, así que tiene que controlar lo de su… invisibilidad.” Entonces suelta otra carcajada, devolviéndole la fotografía a Charlie. “Por eso odia las fotografías. Siempre lo delatan.”

Charlie vuelve a mirar la imagen, esta vez desde distintos ojos. Ahora es capaz de apreciar la expresión horrorizada de su cuerpo, incluso sin estar presente. Merece un aplauso, acaba de comportarse de forma totalmente contraria a lo que están intentando conseguir. Se siente como la mierda.

“Casi salgo gritando cuando lo vi…” Murmura para, sí, frotándose los ojos con exasperación. “Dios, soy imbécil… se debe de sentir fatal…”

“Tranquilo, seguro que lo comprende.” Asegura Gabriel, levantándose de su sitio en el acto. “Venga, vamos a buscarlo. Pedir perdón nunca mató a nadie.”

Y Charlie no puede coincidir más con ello. Asegura que la última vez que lo vio fue en el almacén, y tras describirle a Gabriel su incursión fallida en busca del reproductor de VHS, se dirigen hacia allí con el paso ligero, esperando alcanzarlo a tiempo. Por el camino, una mujer con el rostro algo compungido detiene a Gabriel en el sitio. Una serie de estruendos

resuenan en la lejanía.

“¡Tienes que ir a detenerlos!”

“¿A quiénes, qué pasa?”

La chica lo mira con los labios apretados. “Bryar.”

En ese instante, un golpe seco retumba al final del pasillo. Gabriel y Charlie comparten una mirada alarmada, cambiando el paso ligero por una carrera en la que no se matan de milagro.

Cuando llegan al mismo almacén del que Charlie ha huido hace un rato, se encuentran con una escena similar a un patio de recreo; hay un tumulto de hombres con cara de malas pulgas reunidos en torno a Rob, mientras que Hain lo sujeta del cuello de la chaqueta, alzándolo contra la pared. Charlie entiende ahora por qué esa mujer le daba algo de miedo.

“¡Confiesa, maldita sea!”

“¡Dejadlo en paz!” Espeta Gabriel al instante, imponiéndose ante todos en la sala. “¿Se puede saber qué demonios estáis haciendo?”

“¡Lo que se debe hacer!” Asegura uno de los hombres con ira contenida, deseando poder pegar un puñetazo a algo.

“Esta escoria, este maldito hijo de la gran puta…” Gruñe Hain entre dientes, casi asfixiando a Rob con los nudillos. “Nos ha vendido.”

El corazón de Charlie deja de palpitar por un instante. Lo cierto es que esta escena no podría haber sido más oportuna. Y todo por una estúpida cinta de VHS. Lo que es la vida.

“¡Que yo no he hecho nada, joder!”

Uno de los hombres le tiende a Gabriel una hoja en blanco con lo que parece un comunicado oficial, en el que hay rodeado en rojo un párrafo en concreto. Tiene el símbolo de Vennom City como marca de agua, así que debe de ser de los Ecos. Sus ojos saltan de palabra en palabra, intentando comprenderlo a base de pequeños pedazos.

“Nuestros equipos acaban de interceptar eso.” Añade Hain. “Ha vendido nuestro puto plan a Revenge, y ahora estamos jodidos. Pretendían atacarnos durante el ataque, sin que nos diéramos cuenta, pero por suerte hemos sido más hábiles que ellos.”

“Llevan días con esta información.”

“Podría haber sido una tragedia.”

“Estarás contento, ¿verdad?” Espeta otro de los hombres, haciendo ademanes de hacerle una nueva cara a Rob. “¿Cuánto te han pagado por ello?”

“¡Que yo no he—!” Pero Hain vuelve a golpearlo contra la pared antes de que acabe la frase.

“¡Vamos, déjalo!” Espeta Charlie sin darse cuenta. Cuando nota todas las miradas de esos hombres clavadas en él, se contrae un poco, pero tampoco se retracta en sus palabras.

“No podéis pegarle una paliza si no sabéis que es culpable.”

Gabriel permanece leyendo el mensaje con atención. No, no se equivocan lo más mínimo. Ahí está escrito todo lo que debería haber pasado en apenas una semana. Cómo aparecerían, desde dónde, la intención de liquidar al tirano, el método y las disposiciones. Hay algunos detalles que parecen difusos, pero ahí está. Todo.

Su rostro se ha endurecido de repente. Ahí está, su mirada de autómata. La misma que pone en la galería de tiro. La que da miedo. Todo el mundo está esperando a lo que tenga que decir, a la decisión que decida tomar. Pero lo único que hace, es señalar a Rob, a Hain, y, para su sorpresa, a Charlie.

“Vosotros tres, venid conmigo. Los demás, fuera.”

Los matones de Hain tardan en reaccionar un poco pero, estando seguros de que el traidor recibirá su merecido mientras esté en manos de Brooke, no tardan en obedecer las órdenes de Gabriel. Éste sale por la puerta, seguido por un confuso Charlie y una colérica Hain, quien lleva sujeto del brazo a Rob, por si se le ocurre cometer alguna estupidez. Avanzan con paso rápido por el pasillo, ante las anonadadas miradas de todos los transeúntes. Ni que fueran a desfilar, maldita sea.

Charlie reconoce a su padre en la distancia, como un bote salvavidas en mitad del océano, que se acerca rápidamente con dos de sus compañeros para ayudar a imponer el orden. O no.

“¡Gabriel! ¿Lo has visto?” Espeta, sosteniendo otra copia del comunicado entre las manos.

Pero Gabriel no responde a nada ni a nadie. Mantiene la mirada fija en el frente, entrando de nuevo en la sala de reuniones, seguido por su séquito

de alborotadores. La puerta es trancada para que nadie ajeno a la situación pueda entrar a cotillear, aunque Charlie está seguro de que más de uno pegará el oído a la puerta. Puede que sea para que nadie pueda escapar antes de tiempo. Sí, es lo más probable.

Gabriel avanza hasta la mesa del centro, haciendo temblar el agua de una jarra de cristal, mientras que todos los demás se dispersan por la habitación. El de pelo platino apoya las manos sobre la madera pulida, con el folio todavía en mano. Suelta un lánguido suspiro, escondiendo la cara entre sus manos hasta que sus pulmones no pueden ceder más. Parece más calmado de lo que debería estar, pero Dios sabe lo que estará pasando en su cabeza. La mirada no se va.

"… ¿cómo has podido?"

"Te avisamos, Gabriel." Se apresura a responder Hain, apretando el brazo de Rob más de lo necesario. "Te dijimos que acabaría vendiendo nuestras cabezas a esa escoria de los Ecos. ¿No ves que—?"

"No, no él." Entonces se gira lentamente, sosteniéndole la mirada con firmeza.

La sala entera enmudece, alguno que otro suelta algún hálito de sorpresa. Charlie cree oír los latidos de su corazón desde el interior de su pecho. Su padre y él comparten una mirada alterada; tienen todos los músculos tensos, preparados para lo que pueda pasar.

Hain carcajea nerviosa, mirando a todos los presentes en busca de apoyo. Pero sin soltar a Rob. Nadie más ríe.

"¿De qué coño me estás hablando?"

Gabriel se adelanta unos pasos hacia ella, tendiéndole la hoja con desdén, marcando una frase en concreto. Hain la recoge abrumada por la confusión, sin saber dónde posar la mirada.

"Ahí viene toda nuestra información; desde dónde íbamos a aparecer hasta cuál iba a ser el recorrido y nuestra disposición."

Hain asiente, encogiéndose de hombros. "Sí, lo he leído. Sé lo que pone."

La mirada que Gabriel le lanza es tan afilada, que Charlie teme que pueda llegar a cortarle la garganta. "… Pone que íbamos a emprender el recorrido desde la calle Este."

Los ojos de Charlie se abren entonces de par en par. Algo dentro de su cabeza resuena como un mecanismo de relojería. Son los ecos del pasado.

“Eso es un error.” Afirma el padre de Charlie, cruzándose de brazos. “Jamás nos hemos planteado la calle Este. No desde que se supo lo de los puestos de vigilancia.”

“Hubo un tiempo en el que ese iba a ser el plan, pero nunca se puso en común.” Murmura el de pelo platino, entrecerrando los ojos. “Hace dos semanas, para ser exactos.” Y tras volver a ver la fecha de la que data el documento, los señala con la mirada. Hain y Charlie. “Sólo había dos personas presentes.”

“¡Pero eso no quiere decir nada!” Espeta Hain, ahora no solo cabreada, sino ofendida.

“¡Quiere decir que eres tan culpable como lo puedo ser yo!” Chanta Rob de vuelta, soltándose de su agarre con un tirón. “Y yo no he sido, así que…”

“Tú estabas de testigo, Charlie, sabes que tengo razón, ¿no?” Le pregunta Gabriel.

El chico se vuelve a encoger un poco al sentir tantas miradas posadas en él pero, aun con la posibilidad de que alguien le salte a la yugular, logra asentir con claridad. Lo recuerda, aunque fue mencionado como si no tuviera importancia.

Craso error.

“¡Entonces el chico también puede tener la culpa, ¿no?!” Prosigue Hain en su defensa.

“Cuidado con lo que dices, señorita.” Responde Billie con una voz que resuena por toda la sala, pero sin mover ni un solo músculo. Que se atrevan si quieren a llevarle la contraria. A ver quién gana.

Hain siente que de pronto tiene a todo el mundo en su contra, pero no será por mucho tiempo. “¿De verdad vas a anteponer mi palabra a la de un maldito Eco? ¡Todos sabemos que no trama nada bueno!”

“Voy a anteponer la palabra del inocente a la del culpable, y de momento no tienes puntos a favor.” Asegura un Gabriel tajante, cruzándose de brazos.

“¡Pero es evidente que ha sido él! ¿Por qué iba a traicionar a los de su especie para ayudarnos a nosotros? ¡Pensad por un momento!”

“¡Porque así también ayudaré a mi gente!” Prorrumpe con frustración, exhalando un grito que hace entumecer las paredes. Es la misma pelea de siempre. Las mismas réplicas que todos oyen, pero nadie se digna a comprender. “Ojalá lo supierais… Ojalá supierais por lo que está pasando mi gente… No sois los únicos.”

“Oh, por favor.” Gruñe Hain, quien no está dispuesta a tragarse ninguna gilipollez. “Basta ya de melodrama.”

“También es mucho más sencillo infiltrar a una mujer en campo humano que a un Eco.” Replica Billie, empezando a ver la situación con toda claridad.

Hain desvía a quien ha osado abrir la boca, cruzándose con numerosas miradas combatientes, no pudiendo soportar la idea de tenerlos a todos en su contra. No sabe muy bien qué hacer, ni cómo reaccionar.

“Si hay algo que tengas que decir, este es el momento.”

Hain sonríe abiertamente, casi riéndose por lo absurdo que le resulta todo esto. Vuelve a mirar a su alrededor, pero no encuentra más que muros esperando a lo que tenga que decir a su favor, dispuestos a caerse sobre su cabeza. Intenta reírse, y del esfuerzo comienzan a humedecerse sus ojos hasta el punto de desbordar. Ladea la mirada, sintiendo las piernas fallar. Teniendo que sentarse sobre una de las sillas.

“Joder…” Murmura, escondiendo la cabeza entre las manos.

“¿Por qué lo has hecho, Brooke?” Inquiere Gabriel, en un tono más dolido que enfadado. Mucho más. “Estábamos tan cerca…”

“No lo entiendes, no podéis entenderlo…” Murmura con la voz ronca, alzando la cabeza de nuevo. “No sé cómo ha pasado. Se suponía… Ahora querrán mi cabeza en una bandeja…”

“¿Y pretendías sustituirla por la mía?” Proclama Rob, abalanzándose sobre ella en un arrebato.

Pero Gabriel logra interceptarlo a tiempo, deteniendo sus pasos con un simple gesto de brazo. Logra contener toda la tensión del ambiente, mantener el frío y la razón tapando las grietas del techo.

“Iban a morir personas, Brooke. Nosotros, tus amigos, tu familia. Después todos los demás, porque Revenge va a aniquilarnos. Y tú… ¡Tú te ibas a sentar a mirar!”

“¡No sois mi familia!” Grita la otra a pleno pulmón, alzándose de la silla.

Ambos mantienen la mirada clavada uno en el otro. Sólo Gabriel es capaz de murmurar una frase emponzoñada:

“No, desde luego que no.”

Hain respira como una bestia furiosa, derrumbándose de nuevo sobre la silla. Ella no es la mala, no es la mala de la película, no de esta. Pero no pueden entenderlo, no saben lo que es. “Dijeron que me ayudarían… Necesito el dinero. Lo necesitamos…”

“Podías habernos pedido ayuda a nosotros.”

Pero Hain niega varias veces con la cabeza, tratando de sonreír aún con el rostro compungido. “No es tan sencillo.”

Hain no va a soltar más motivos por sus acciones, pero tampoco son requeridos. El silencio se vuelve mortal en el interior de esa habitación, mientras el calor del momento se va disipando con lentitud. Gabriel comienza a dar pequeñas vueltas cual tigre enjaulado.

“¿Qué hacemos con ella?” Cuestiona una voz con cierto temor.

“¿No es obvio?” Asegura otro de los hombres. “Encerrarla hasta que se nos ocurra algo. Ahora es una traidora, y merece su castigo.”

“Dejadla ir.”

Y nadie se puede creer lo que Gabriel acaba de decir.

“¿Estás loco? ¡Es un peligro para todo lo que este plan representa!”

“Ya no nos queda ningún plan, es demasiado tarde. Tendremos que empezar de nuevo.” Entonces se gira de nuevo hacia Hain, tratando de ocultar su profunda decepción. Ni siquiera puede mantenerle la mirada mucho tiempo. “Coge tus cosas y lárgate. No quiero volver a verte.”

Y eso casi le duele más a él que a la exiliada, porque sus amigos son la única familia que tiene, y pocas cosas hay en la vida de Gabriel que signifiquen algo más que la familia. Ha recibido varias puñaladas por la espalda a lo largo de su vida, desde luego, pero nunca tan profundas como esta. Hain duda durante unos instantes, no sabiendo si añadir algo o no. Pero qué puede decir; la ha cagado hasta el fondo y a estas alturas es imposible remediarlo. Con el silencio por aliado se levanta de la silla, manteniendo en sus pasos la poca dignidad que le queda, saliendo de la

habitación con un sonoro portazo.

Esa es la última vez que Charlie vuelve a verla.

Gabriel vuelve a apoyarse sobre la mesa, tratando de concentrar todos sus pensamientos en un único punto. Gira lentamente a su alrededor, con los músculos tensos, nerviosos. Pillando a todos por sorpresa, se da la vuelta en un arrebato, soltando un grito que hace temblar las paredes, estampando la jarra de agua con un potente golpe, rompiéndola en mil pedacitos y haciendo que el contenido gotee sobre el suelo. Golpea el aire hasta que sus dedos pasan a enredarse entre su pelo, haciendo que caiga derrotado sobre la silla.

"¡JODER!"

Nadie hace nada.

"Se nos acaban las opciones." Añade entonces Billie al resto de los presentes. "Ya no podremos usar el aniversario de los Años Nuevos como tapadera; a partir de ahora Revenge doblará la seguridad y será prácticamente imposible hacer lo que pretendíamos sin que haya heridos como poco."

"Pero no tenemos más alternativas." Afirma otro. "Ese cabrón no se deja ver en público tan fácilmente. Si no podemos utilizar el aniversario, habrá que pensar en irrumpir por las malas en el Ayuntamiento. Sacarlo a la fuerza."

"Esa es una misión suicida."

"Cualquier idea que se nos ocurra ahora será una misión suicida." Murmura de pronto Gabriel, tratando de recomponer la compostura. "Lo mejor será descansar por hoy. Mañana empezaremos desde cero. Con todas las ideas que se nos ocurran. Dad el aviso; el ataque queda cancelado."

Varias réplicas luchan por encontrar su sitio en el espacio, pero ninguna es lo suficientemente fuerte como para irrumpir en él. Hay unos segundos en los que ninguno de los presentes sabe qué hacer, hasta que alguien toma la iniciativa y abandona la sala con lentitud. A él se le unen, dos, tres, hasta que todo el mundo comienza a dirigirse hasta la puerta, dejando que las miradas y los comentarios por lo bajini se pierdan en la masa. Y aunque la fuerza de la corriente es poderosa, Charlie no tiene problemas para resistirla, moviéndose en dirección contraria a todos los demás, hasta llegar a la altura de Gabriel. No sabe si lo más adecuado sería un abrazo, una palmada en la espalda, o cualquier otro gesto; nunca se le ha dado bien el reconfortar a sus amigos, no por falta de empatía, sino por miedo a causarles más molestia de la necesaria. Y con Gabriel ese miedo

se duplica, así que lo único que hace es permanecer de pie, a su lado.

“¿Estás bien?”

El de pelo blanco tarda un momento en reaccionar, apoyándose contra el respaldo de la silla. “No, no lo estoy…” Y cuando descubre la mirada preocupada del muchacho, decide cambiar la suya en un acto de compasión. “Pero lo estaré.”

“No está todo perdido, ¿a qué no?” Inquiere el chico, con preocupación brillando en sus pupilas. “Tenéis un plan B, ¿verdad?”

Gabriel aprieta los labios, sonriendo con una amargura desgarradora. Para tener que evitar cualquier clase de respuesta, su mirada rehúye por encima de los hombros de Charlie, allí donde su padre, hasta ahora apoyado contra la pared de la sala, se adelanta hacia los dos jóvenes, mientras los últimos rezagados cierran la pesada puerta a sus espaldas. Pero su hijo no es capaz de sentir su presencia hasta que Billie no golpea con amabilidad sus hombros, mirándolo con exagerado cariño.

“Hijo, ¿por qué no nos esperas fuera? Me gustaría hablar con Gabriel un momento.”

Charlie frunce el ceño, no sabiendo en quién de los dos posar la mirada. La verdad es que cada rostro es a cual más desolador. No le sienta bien que lo excluyan de la conversación, pudiéndolo entender tan bien como cualquier otro, pero el ambiente recargado de la sala le da a entender que en esta situación está más bien de sobra. Con ese abatimiento asiente, sin añadir ni una sola palabra. Ojalá pudiera quedarse para ver por una mirilla la técnica alentadora de su padre en acción, pero este no es el momento ni el lugar. A pesar de todo, la rabia sólo le dura los tres segundos de silencio que prosiguen al cierre de la puerta a sus espaldas, hasta que recuerda que todavía tiene una tarea fundamental pendiente; después de todo, hay una disculpa que aún no se ha realizado con su debida formalidad.

“¿Crees que todo está perdido, Bill?” Inquiere Gabriel, manteniendo la sonrisa agridulce sobre los labios. “Siempre digo que no, pero incluso yo empiezo a dudar…”

“Ha sido sólo un tropiezo. Era de esperar que sucediera algo así…”

“Sólo un tropiezo, sí…” Murmura para sus adentros, tratando de inculcarse una mentira que es incapaz de asimilar. “Se nos ocurrirá otra cosa, claro. Siempre se nos ocurre algo…”

“Estoy seguro de que conseguiréis sacar algo. Estoy seguro…”

Los ojos de Gabriel titilan por un instante, incitados por el escalofrío que le ha recorrido toda la espina dorsal. No sabe si reír o retraerse a modo de respuesta; así que hay un poco de todo en su bizarra reacción.

“¿Conseguiréis?” Ríe entrecortadamente. “¿Y qué hay de ti?”

La mirada de Billie trata de fugarse por un instante, pero consigue mantenerse firme, posada sobre las pupilas del soldado de pelo blanco, mientras sus labios se aprietan, no queriendo soltar lo que a estas alturas ya se sabe. Y no es necesario; Gabriel es capaz de leer hasta la última palabra que se forma en su pensamiento. Para su horror:

“Billie…” Pronuncia, apoyando las manos sobre la mesa.

“Tres semanas, Gabriel. Mi chico te dijo tres semanas, hasta dar el golpe. Y ya no queda ninguna de esas dos cosas.”

“Ese fue Charlie, no tú…” Aclara el aludido, con la mente en tensión. “Y no ha vuelto a sacar el tema; cada vez parece más determinado.”

“Lo sé.” Asiente el hombre, dándole la razón con gran pesar. “Eso es lo que me preocupa.”

“Aprende rápido, ha mejorado en muy poco tiempo.” Insiste, atropellando los sonidos. “Imagínate lo que será capaz de hacer de aquí a..."

“No, no quiero imaginármelo, porque eso no va a pasar.” Prorrumpe Billie de pronto, en un pequeño arrebato que logra contener al segundo. “Tú no eres capaz de verlo, pero… Le ha cambiado la mirada. Cada mañana que pasa, sus ojos se sumen un poco más en la penumbra. Me prometí que no dejaría que eso pasase.”

“Pasará lo que tenga que pasar, Bill. En la burbuja se vive muy bien, pero no eternamente.”

Pero el hombre no parece querer atender a ninguna de las razones que le dé el soldado; por fin ha conseguido hacerse a la idea, una idea clara y concisa, y nadie le hará cambiar de opinión. “No pienso perder también a mi hijo a manos de ese hijo de puta. Tendrías que oírle hablar… Fija las ideas en la cabeza, como si fueran de piedra; ideas que nunca antes había tenido.”

Gabriel no puede evitar soltar una pequeña risotada, asombrado por el comentario. “¿Insinúas que soy una mala influencia?”

Billie acalla sus palabras durante un instante, contemplando la silueta del muchacho. Un joven al que siempre ha tratado de querer y proteger como si fuera de su propia sangre, aunque por mucho que lo llegara a intentar, jamás lo ha logrado aceptar como tal. Ahora entiende perfectamente por qué.

"Ambos sabemos que no hay sombras más espesas que las de tus ojos."

Esas palabras dañan el pecho de Gabriel más de lo que pensaba, pero no por su firmeza, sino por la verdad que contienen, densa como el acero. No es de extrañar que vaya evitando su reflejo por las esquinas, ¿quién querría asomarse a esos abismos que tiene por pupilas?

"Si él tiene que irse, no puedo impedirlo… ¿pero tú? Eres el mejor de todos nosotros, Bill. Si alguna bala ha de ser certera, tiene que ser la tuya."

"Precisamente por eso debo mantenerme al margen." Explica con gravedad en la voz, sentándose al lado de Gabriel, todavía incapaz de ponerse en pie. "Llevo noches enteras dándole vueltas a lo que mi chico dijo aquel día en el Desfile, ¿y sabes?... Quizá tenga razón. Más razón de la que a cualquiera de nosotros nos gustaría aceptar."

Gabriel ladea la cabeza, liberando un suspiro de exasperación. Ahora mismo no tiene la cabeza para más planteamientos existencialistas. "No tenemos tiempo…"

"Es lo que dices siempre, ¿pero qué tiempo nos va a quedar si estas misiones suicida, como tú dices, siguen fracasando?" Irrumpe Billie con la firmeza con la que un padre regaña a su hijo. "Esto no va sólo de liberar a los humanos, u a los Ecos, ¿a qué no? Si así fuera quizá no estaríamos aquí. Te conozco, chico; te he visto entrenando día y noche en la galería de tiro, y esa actitud que pones a la hora de empuñar el arma no es la de alguien que quiere ser libre ni liberado; es la de alguien que busca venganza."

No tarda ni medio pensamiento en dejar que las palabras broten de su pecho como balas. "Sabes que prefiero la muerte antes que actuar como Revenge y los suyos."

"Tienes derecho como cualquier otro, Gabriel, pero esto ya no es un juego. Hay miles de vidas en juego, y no tendría que ser necesario malgastar ni una por el recuerdo de aquellos que nos han dejado." Anuncia Billie con las palabras más dolorosas que sabe encontrar. "Los vivos estamos condenados a seguir adelante."

"¿Y crees que yo no quiero pasar página?" Exclama Gabriel, ahora con pura furia en la lengua. "¿Qué hago todo esto por placer, por sed de

sangre? Si sólo quisiera vengar la muerte de mi familia, hace mucho tiempo que me habría abalanzado por mi cuenta sobre las escalinatas, disparando hasta que alguien consiguiera derribarme. Hay otras maneras, lo sé. Pero también he aprendido que este mundo no atiende a razones, y para sobrevivir hay que saber adaptarse a las circunstancias."

Para su sorpresa, Billie comienza a sonreír. "Eso es justo lo que Revenge quiere; cuanto más nos adaptemos, menos cambiarán las cosas."

Gabriel se da cuenta de que sus dientes han empezado a rechinar, tratando de contener el ardor que le corrompe la garganta. No puede evitar que una gota de ácido se le escape por la mejilla, teñida de negro, del negro intenso con el que estaban pintadas las cenizas del campo de batalla. Su hogar y prisión. Una voz resuena en lo más profundo de su cabeza, demostrando que las historias siempre acaban repitiéndose. Sus labios la recuerdan como si fuera ayer.

"Deja de llevar flores al río, chico. Tu padre no va a volver…"

Billie no puede ignorarlo, y por mucho que se sienta como el antagonista, lo último que quiere es hacer daño al soldado de pelo blanco con recuerdos emponzoñados. "Cada uno tenemos que encontrar nuestro sitio en esta historia, Gabriel. Y ambos sabemos dónde está el nuestro."

Entonces, en un acto por tratar de ahuyentar a todas las sombras del miedo y el pesar, Billie golpea el pecho de Gabriel con un toque preciso, allá donde se esconde el bolsillo de su chaqueta militar, refugio de su cartera de cuero, dueña y protectora de la última conexión del chico con su pasado. De una fotografía.

Gabriel abre una débil sonrisa. "Con la familia."

Cada uno ha de luchar a su manera sus propias batallas. Nadie puede detener la conciencia de alguien que ya se haya hecho a la idea, no cuando el corazón no descansará en paz hasta que vea su deseo cumplido. Nada podrá hacer cambiar de opinión al que quiere proteger su tesoro más preciado de la oscuridad del mundo, pero nada puede reprocharle éste al que ya no tiene nada que perder; al que intenta gastar sus fuerzas en algo que siempre le superó, más grande que sí mismo. Las cosas pudieron haber sido de otra manera, desde luego. Algún motivo habrá para agradecer que hayan salido así.

"Tiene gracia." Carcajea de pronto Gabriel, notando un regusto salado al borde de los labios. "Ayer creía que sería capaz de vender el mundo, y hoy no sólo me lo han quitado, sino que he perdido a tres de mis mejores amigos…"

“Eh, tal vez me saques de mis casillas, chico, pero yo jamás te daré por perdido.” Sonríe Billie a su compás. “Sabes que no hay nadie que te vaya a apoyar como yo, en lo bueno y lo malo. Estarás como una regadera, pero para ti siempre hay hueco.”

Tal vez no eran esas las palabras que realmente esperaba, pero Gabriel siente que las necesitaba igualmente.

“Gracias, Billie. Por todo.”

Billie, aún sonriente, lo rodea con sus brazos con firmeza, tratando de inculcarle las fuerzas que él ya no va a necesitar, el valor para saber tomar la decisión más sensata. Porque quizá en esta historia no haya ninguna, quizá no haya caminos que no estén plagados de errores; sólo aquellas que hayan sido realizadas con la mejor de las intenciones serán las acertadas. Y sólo los más valerosos son capaces de hacerlo.

“Si cambias de opinión, ya sabes cómo encontrarnos.” Dice Gabriel una vez quedan separados.

Billie asiente, comprendiendo al fin la importancia de encontrar un lugar al que llamar hogar.

“Lo mismo digo.”

***

“¿De veras es eso todo tu equipaje?” Insiste el rubio, incapaz de creerse lo ligero que viene el chico.

“¿Y qué esperabas?” Inquiere éste mientras guarda la capa y el sombrero en el maletero del coche. “Vine literalmente con lo puesto.”

“Vamos, muchachos.” Insiste su padre, guardando su sorprendentemente más abultado equipaje en uno de los asientos traseros. “A este paso nos va a acabar anocheciendo.”

“Padre, ¿te importa si me siento de copiloto?” Pregunta, lanzando una mirada divertida al rubio de Rob. “No quiero que Rob parezca nuestro chófer…”

“Lo que quieras, mientras sientes tu culo en algún asiento.” Prosigue Billie, cerrando la puerta de un golpe. “No dudaré en meterte en el maletero si te enrollas demasiado.”

“Bueno, por fin vas a poder comer algo que no haya estado cinco meses en una lata.” Celebra Rob con amabilidad, cerrando con un potente golpe —no tanto como el anterior— la puerta del maletero. “Qué afortunado que eres, chico.”

Charlie sonríe con amplitud, a punto de celebrarlo, cuando la mirada se le pierde en la silueta difusa del edificio, dispuesto exactamente igual a cuando llegó. Un extraño cosquilleo le oprime repentinamente el abdomen.

“Sí, mucho…” Masculla.

Y como si alguien se lo hubiera susurrado al oído, se da cuenta de que todavía lleva puesta la chaqueta militar prestada, así que se apresura en un acto casi reflejo a devolvérsela a Rob, antes de que se le pase por alto otra vez. Pero el rubio lo detiene con un gesto y una risotada, volviendo a ajustársela tal y como estaba.

“Quédatela. Gabriel ha insistido mucho en ello. Considéralo como un regalo por las molestias…”

Charlie abre los ojos como platos, no sabiendo si dar las gracias o cerrar la boca con asombro. Sus ojos se deslizan entonces por los rebordes plateados, ahora mucho más familiares de lo que pensó que llegarían a ser. Y con ellos, una idea que le deja una pequeña espina clavada en el pecho:

“Me hubiera gustado haberle dado las gracias a Gabriel…”

“Se las daré de tu parte, no te preocupes. Además…” Resuelve el rubio con una actitud dicharachera. “…vendrás a visitarnos de vez en cuando, ¿verdad?”

Charlie quiere asentir, o al menos responder, pero no es capaz de encontrar las palabras acertadas. A decir verdad, es una cuestión absurdamente sencilla, pero no es capaz de otorgarle una respuesta sincera. Su vista se dirige una última vez hacia la silueta que dibuja el refugio escondido entre el follaje. Suspira. Es extraño; cuando llegó no podía pensar en otra cosa que no fuera irse. Y ahora, marcharse le resulta raro.

El viaje por carretera se hace largo, pero tranquilo. Acompañado de numerosos silencios, probablemente achacados al cansancio de los tres ocupantes, y aderezado con alguna que otra conversación ligera sobre sus respectivas vidas, o alguna anécdota memorable de estas tres últimas semanas. Y cuanto más echa la vista hacia atrás, Charlie comprende lo poco que se arrepiente de haber sido partícipe de ese pequeño pedazo de mundo durante un periodo tan breve, y de que realmente no será algo

que olvide con tanta facilidad como pensaba.

Por otro lado, cuando por fin es capaz de distinguir la silueta de la vieja casa, sus pulmones se llenan de un profundo alivio. Incluso al aparcar en la acera de enfrente es capaz de distinguir la madera perfectamente encajada en la puerta principal. Todo parece estar tal y como lo dejaron, como si el tiempo no hubiera avanzado en esa pequeña parcela rodeada por la destartalada verja de hierro. Lo cual es tanto alentador como decepcionante, a ojos del chico.

"¿Necesitáis ayuda con algo?" Pregunta Rob, cerrando la puerta de su asiento.

"No te preocupes, creo que podemos." Calcula Billie, cargando con toda su parafernalia de manera sorprendentemente habilidosa.

"¡Ven, Rob! ¡Deja que te enseñe la casa!" Prorrumpe de pronto Charlie, con el sombrero sobre la cabeza y cargando animadamente la capa entre los brazos.

El rubio sonríe con cierto nerviosismo, no sabiendo si sería conveniente aceptar la propuesta, pero el chico se lanza con tanto entusiasmo hacia la puerta principal que resultaría de pésima educación no corresponderle. Los tres se encaminan hacia la entrada a sus respectivos ritmos, siendo Charlie quien retira con cierta dificultad la tabla que bloquea la cerradura. Con un girar de una manecilla algo suelta y un empujón determinado, da paso al interior de la casa, de la que brota una pequeña nube de polvo comprimido, más de lo habitual.

Las primeras sombras resultan de lo más acogedoras, hasta el instante en el que el chico se arroja sobre la entrada, encontrándola mucho más luminosa de lo que solía ser, si es que encontrarla es el adjetivo apropiado; allá donde se encontraban las escaleras, sólo queda un enorme boquete por el que entra la luz de la tarde, tapando el suelo con los escombros de prácticamente todo el piso superior. Sólo la fachada del este —la que precisamente daba a la carretera— parece haber aguantado al pie del cañón. Entre los pedazos puede distinguir la forja de su cama, con los muelles despedazados, las astillas de los armarios, y el mármol de la cocina. Sus ojos no saben dónde posarse, pero su cuerpo se petrifica hasta el último nervio, olvidándose incluso de respirar. Hasta que lo recuerda:

"¡Las fotografías!"

Es lo primero que viene, es lo primero hacia lo que se dirige; en lo que queda de la pared que rodeaba las escaleras, sólo permanecen los ganchos de hierro. Al pie de los tres últimos escalones, hay un marco dorado cubierto por el polvo y el yeso. Charlie se tira literalmente sobre

él, dejando atrás el sombrero, recogiéndolo con la mano que le queda libre. El marco está partido en tres pedazos, y el cristal resquebrajado en múltiples grietas, que impiden distinguir con claridad la imagen. Aún a riesgo de cortarse, arroja la capa con profusa violencia, incapaz de quitársela de encima, y pasa sus dedos por detrás del marco para tratar de rescatar la única fotografía que es capaz de ver entre tanta mierda; la fotografía del parque. Aquella en la que su madre lo sostiene entre sus brazos, en una merienda que hicieron cerca del estanque de los patos cuando él sólo tenía cinco años. No recuerda nada de aquella tarde; para lo único que le ha servido esa imagen es para no olvidar el rostro de su madre. Ahora no puede imaginar el desprenderse de ella.

Sujetándola con las manos temblorosas, cede sus fuerzas sobre los peldaños restantes, incapaz de escuchar u oír nada que vaya más allá de esa fotografía. Distingue en la distancia las voces graves de Rob y su padre comentando con horror la escena, pero como si estuvieran situados en el punto opuesto del vecindario. Dicen que uno de los pilares maestros ha debido de ceder. Los cimientos estaban podridos, dicen, era cuestión de tiempo. Era un milagro que la casa hubiera aguantado tanto. Que no estuvieran ellos debajo. Pero Charlie lo ignora, porque sabe que esa no es la verdad; sabe que ha sido Revenge, en un intento por destruir un poco más lo poco que le quedaba de su hogar. Ha sido por su culpa, en realidad, por despistarse, por apartar la mirada un segundo. Él estaba esperando a que bajara la guardia, y ahora todo este desastre… ¿Qué pensaría su madre? ¿Qué diría si viera en lo que ha dejado que se convierta su hogar? ¿En que ha fracasado manteniéndolo todo en pie? Ha fracasado, la ha defraudado como otras tantas veces. Comienza a sentir brasas en sus lagrimales, emborronándole la visión. No llores, ¿qué pensaría mamá si te viera llorar? No, tiene que mantenerla nítida, tiene que seguir mirando esa fotografía, porque si aparta la mirada Revenge también se la arrebatará. Y entonces, ¿qué diablos le quedará? Nada. Nada de nada.

Y quizá hubiese sido así. Esta historia podría concluir con un chico que jamás fue capaz de apartar los ojos de la última fotografía que le quedaba de un tiempo mejor. Si no fuera por una minúscula sombra que aterriza sobre la imagen, justo al lado del rostro de su madre. Al principio le desconcierta; no sabe si es real o un espejismo, no sabe siquiera distinguirlo. Pero entonces eleva la mirada, y al hacerlo encuentra otros dos pedazos volando sobre su cabeza, danzando en su pausada y ligera caída; es confeti. Confeti negro, de aquel que llena los bolsillos de su capa. Había olvidado su existencia. Y aun con los ojos empañados y el corazón en un puño, dibuja una sonrisa. Una sonrisa pequeña, pero luminosa, porque resulta irónico. Tiene gracia, cómo todas las historias parecen converger siempre en un mismo punto. Como si su vida se revolviera en círculos. Y el centro es el mismo, siempre, siempre es el

mismo…

Siente cómo el corazón le da un vuelco dentro del pecho, al darse cuenta de que esta ocasión no va a ser diferente. Ni mucho menos. Resulta curioso; a pesar de ser una situación desesperada, algo dentro de Charlie se ilumina sin previo aviso con la intensidad de mil soles. Una idea que es tan mala como cualquier otra, pero ya se sabe lo que se dice de las situaciones desesperadas…

"El Desfile Negro..." Murmura atónito.

Y a pesar de decirlo en lo que a él le parece un bisbiseo, logra interrumpir la conversación de los otros dos hombres, que lo miran extrañado por su repentino cambio de humor.

"¿Qué has dicho?"

"¡El Desfile Negro, claro!" Prorrumpe una vez más, levantándose en el acto. No es capaz de fijar la mirada, por miedo a que la idea se le escape.

"Hijo, ¿de qué estás hablando?"

"¡Nadie esperaría que volviéramos a ser tan insensatos!" Balbucea, moviéndose de un lado a otro. "Quiero decir… La cabalgata recorre toda la ciudad, ¿no? Y el Desfile termina en el Ayuntamiento... Podríamos desfilar, unirnos a la multitud, dispersarnos sin ser vistos… Es lo mismo, es exactamente lo mismo…"

"¡Charlie!"

"¡Hablo del plan, papá, hablo del plan!" Espeta más alto de lo que debería, pero terriblemente sonriente "¡No hay por qué cambiarlo! ¡Podemos usar el próximo Desfile!"

"Pero Revenge… no ha salido este año en el Desfile." Replica Rob, quien ha parecido cogerlo al vuelo.

"¡Porque Gabriel lo interrumpió! Pero si no, ¡podemos obligarle! ¡Que no le quede remedio!" Añade el chico, ahora con repentina emoción, que quizá debería contener "¿No decís que le encanta dramatizar? Seguro que no duda en darle a su público lo que quiere."

"La verdad es que no es tan mala idea…" Asevera Rob, mesándose la barba con meticulosidad, buscando de reojo la aprobación en el rostro de Billie. Haciéndolo en vano.

"¡Y podemos disfrazarnos de Ecos!" Insiste Charlie, ajeno a todo. "Nadie

nos buscará desfilando, mucho menos entre todo el gentío…”

“¿Y cómo piensas, muchacho, que nos dejarán desfilar sin delatarnos?” Prorrumpe su padre, con mucha razón y poca paciencia.

“Para eso tenemos un Eco de nuestro lado, ¿no?” Resuelve el otro en el acto, ya no hay quien le quite la exaltación. “Habrá muchos más que estén dispuestos a acabar con la dictadura. Alguien nos echará una mano, seguro…”

Billie clava la mirada en Rob, amenazándole de forma indirecta que no se atreva a abrir la boca. Pero éste simplemente se cruza de brazos, mirándoles con cierto aire de orgullo. Por fin va a ser el puñetero Eco quien salve el día.

“Ya que lo mencionas, tengo contactos muy cercanos y fiables, de gente que organiza el Desfile. Creo que ese sería el último de nuestros problemas. De hecho, es mucho más fácil que haya más Ecos dispuestos a ayudarnos si pueden actuar desde las sombras.”

“Es lo último que se esperarían de nosotros.” Celebra el chico.

“Charlie, no.” Zanja su padre, rompiendo con el frenesí del momento. “Me da igual lo que ellos quieran hacer, pero tú y yo hemos dejado eso atrás. Me niego a verte involucrado en esa vida.”

“Padre, ¿pero entonces qué? ¡Mira a tu alrededor!” Pide, abriendo los brazos hacia el agujero. “No pensaras quedarte aquí… ¡No nos queda nada! ¿Qué piensas que vamos a hacer? ¿Buscar cobijo, de refugio en refugio? ¿Cómo antes?”

“Lo dices con bastante convencimiento para alguien que no podía esperar para volver…” Lamenta su padre en un último momento. “Haremos lo que tengamos que hacer, Charlie.”

“Entonces deja que vuelva.” Le ruega, brasas brillando en sus córneas. Algo está ardiendo, y arde con gran intensidad. “Deja que vuelva, y te prometo que no cogeré una pistola nunca más. Puedo colaborar de otra forma. Pero tienes que dejar que haga algo, padre; llevo toda la vida viendo como el mundo se desmoronaba a mi alrededor. Y ahora que tenemos la oportunidad de cambiarlo, no me pienso quedar sentado. Estoy harto de mirar. Quiero formar parte de algo. Ser alguien.”

“Es muy peligroso, hijo.”

“Todo lo que merece la pena lo es…”

Billie lo mira con consternación. Lo ve. Las brasas en sus pupilas, ahí están de nuevo. Es imposible ignorarlas, mucho menos apagarlas. ¿Y quién querría hacerlo, demonios? Bastante está ya este mundo sumido en sombras y penurias; hay que proteger sus pocas luces a toda costa.

"Tengo una mala noticia, chico; Gabriel tenía razón. Eres igual que tu viejo."

"¿Entonces te seguimos guardando la habitación, Bill?" Pregunta Rob con complicidad en el rostro.

"Eso me temo; alguien tendrá que asegurarse de que no le hagan mucho daño a este granuja."

Y aun con todo el dolor, todo el peso de la pérdida, de los escombros y de los recuerdos resquebrajados, Charlie encuentra las fuerzas para sonreír. "¿Sois conscientes de que es una locura no?"

Su padre suelta una estruendosa carcajada.

"A Gabriel le va a encantar."

Capítulo 9

“¿Tienes algo que no sean los Misfits? Dos horas me parece un buen punto para dejarlo…” Pregunta Charlie, levantándose del suelo para ir hasta la pila de discos que hay al otro lado de la habitación.

“Bueno, al menos has aguantado más que la mayoría de la gente… Normalmente no pasan de la primera canción.” Asegura Gabriel mientras gira el cuerpo sobre el suelo. “Tengo algo de Queen, creo, si Rob no me lo ha robado…”

“Lo que me sorprende es que tengas tantos.” Asegura el Chico mientras empieza a revolver entre las carátulas de plástico. “Y en tan buen estado.”

“Cada uno se busca sus hobbies…”

Los humanos rebeldes con los que convivió en su niñez solían practicar algún deporte, normalmente con cualquier material que se pudiera chutar con la puntera de la bota. A él, sin embargo, que nunca le gustó el concepto de correr si no era por un buen motivo, prefería mancharse las manos y rodillas, rebuscando objetos perdidos entre los escombros de su mundo. Con esos tesoros confeccionaba sus historias, y todavía conserva los más importantes en su habitación, más parecida a un anticuario que a un dormitorio.

“Oh, de este he oído hablar mucho.” Anuncia de pronto el chico.

Entonces gira la carcasa de plástico para que Gabriel pueda observarla con claridad. Aunque tiene que ajustar la vista, en seguida reconoce el diseño de la portada. Podría distinguirla a un kilómetro de distancia.

“¿Bowie? Me ofendería si no fuese así.” Asegura el de pelo blanco, alzando la cabeza en un acto reflejo. “¿Te gusta?”

“No lo sé, no lo he escuchado mucho…” Miente mientras coloca el CD en el lector, pues en realidad no recuerda haber escuchado jamás ni una sola canción suya. A ver si el equipo no escupe este, porque la verdad es que esta dichosa máquina es bastante exquisita con sus gustos musicales.

“Es uno de mis ídolos.” Prosigue Gabriel, a quien le ha cambiado la voz. “Ese disco en concreto lo habré escuchado más de cien veces… Fue el primero que encontré de toda mi colección. Ya verás, pon la número tres.”

Charlie le hace caso, pulsando la tecla de avance tres veces. Vale, parece que esta vez la cosa funciona. Al instante, de los altavoces sale el

inconfundible sonido de un bajo, una guitarra difusa y algo que probablemente esté hecho con un sintetizador. No es que el chico entienda mucho de estas cosas. Entonces Gabriel vuelve a tumbarse bocarriba sobre el suelo, mirando directamente al techo, cantando los primeros versos.

"Durante los Años Oscuros lo escuchaba todas las noches." Rememora, imaginándose a sí mismo viendo las estrellas que tantas veces observó desde los refugios. Charlie repara en ello y se tumba a su lado, uniéndose a la visión del firmamento. "Uno de los hombres con los que me quedé en un campamento rebelde me lo regaló, junto con un viejo walkman a pilas. Dijo que me ayudaría a dormir por las noches. Era un trasto que ya nadie quería, pero para mí era lo más preciado del mundo. Mientras todos los demás dormían, yo escuchaba esta misma canción una, y otra, y otra vez… No sé, la voz de Bowie me parecía tan cercana que ya no me sentía tan solo, como si me hablara directamente, ¿sabes? Mientras la escuchaba me sentía capaz de todo…"

"¿Héroes sólo por un día?" Repite Charlie, creyendo haber escuchado bien el estribillo. "Eso me parece muy poco..."

"Es mejor que no serlo en absoluto." Sonríe el de pelo blanco. Entonces gira la cabeza hacia el chico, enseñando su fila de dientes. "Nosotros vamos a serlo mañana, Charlie."

Quizá héroes sea una palabra demasiado fuerte para hablar de lo que va a tener lugar mañana. Quizá sea el antónimo que los defina, pero no le importa. Y aunque lo hiciera, ya no habría marcha atrás; el Desfile Negro está tan sólo a unas horas de distancia, y no está dispuesto a echar a perder el trabajo de todo un año. No de nuevo.

"¿Estás nervioso?" Pregunta Charlie, aunque no sabe a quién.

"¿Qué pasa? ¿Intentas ponérmelo tú?"

"No, pero… me imagino que después de todo este tiempo… Lo estarás. Quiero decir, llevas soñando con este momento mucho tiempo, tú más que nadie… Debes de tener ganas."

Gabriel se humedece los labios, apartando la mirada hacia el techo. Su expresión ya no es tan alegre como hace un instante. Quizá esa no sea la palabra adecuada.

"¿Y tú? ¿Lo estás?" Inquiere para cambiar de tema.

"Yo sí, la verdad." Asegura el chico con toda sinceridad. "Estoy un poco

atacado…”

“No deberías, estás más que preparado. Contigo estaremos seguros, eres nuestro amuleto de la suerte.”

“Ya, pero eso no quita para que sienta… miedo.” Y aunque se sorprende de lo que acaba de decir, en el fondo siente que necesitaba pronunciarlo en voz alta. “Tengo miedo, lo confieso. Pero es seguramente por la incertidumbre. No dejamos de ir hacia la boca del lobo, después de todo…”

Por algún motivo, a Gabriel le parece gracioso el comentario. “¿Puedo confesarte algo?” Inquiere, girando la cabeza de nuevo. “Yo también.”

¿Él? “Imposible.”

“Pues lo estoy. Estoy aterrado, de hecho. Por un lado quiero acabar ya con todo este circo, pero por otro…”

“Temes que todo salga mal.”

“Hay tantas cosas que podrían irse al traste…” Murmura. “Todo el mundo sabe lo que se hace, pero, aun así… Sigo teniendo dudas, y eso me aterra aún más porque hace mucho que no estaba así de asustado. Dudo que mañana esté a la altura…”

“Tonterías, si alguien debe ir al Desfile, ese eres tú, Gabe.” Insiste el chico con pura sinceridad, incorporándose en el acto porque las verdades hay que decirlas bien alto. “Nadie más está tan determinado, y además, no vas a ir solo. Nos vas a llevar a todos a tus espaldas, y no vamos a abandonarte. Estaremos ahí cuando lo necesites, si es que nos necesitas.”

Gabriel sonríe, pero esta vez de forma un tanto forzada. A pesar de que cree firmemente las palabras del chico, no deja de sentirse algo inquieto por toda esta situación. Hace un año que el sueño se convirtió en pesadilla, pero para despertarse siempre hay que sobrevivir al peligro durante la noche. Pase lo que pase mañana, triunfen o fracasen, al menos nadie podrá echarle en cara que no lo intentaron.

“Además, hasta Bowie dice que podemos con ellos.” Añade Charlie, coincidiendo con las sabias palabras de David. “Y seguro que él nunca se equivoca.”

A Gabriel se le escapa una carcajada genuina, cambiando de humor como si alguien hubiera dado al interruptor de la luz. Charlie no puede evitar

unirse a su repentina risa, más terapéutica que otra cosa.

“Oye, ¿y qué fue del walkman?” Pregunta Charlie con repentina curiosidad.

Gabriel aprieta los labios por un instante. ¿Cuál sería la versión más corta…?

“Se acabó rompiendo, claro.”

“Una pena, me hubiera gustado ver un trasto de esos…” Lamenta el chico, volviendo a tumbarse bajo el firmamento. Una estrella fugaz pasa sobre sus cabezas, cerca de la lámpara. Su instinto lo lleva a cerrar los ojos y pedir deseos. Es lo que se hace en situaciones desesperadas; se reza a estrellas imaginarias.

“¿Sabes qué quería ser cuando fuera mayor?” Cuestiona de pronto Gabriel, levantando también los párpados. “Ziggy Stardust.”

La cara de confusión de Charlie debe de ser histórica, porque Gabriel se apresura entre risas a darle una explicación más clara: “Un alien que se convierte en estrella del rock.”

“Ah, bueno… un poco de otro mundo sí que eres.” Bromea Charlie, dándole un codazo sin despegarse del suelo. “Deberías serlo. A partir de mañana podrás hacer lo que siempre has querido. Todos podremos.”

Gabriel asiente, murmurando para sus adentros. “Mañana, sí…”

We could be heroes, just for one day…

***

“¿Dónde demonios se habrá metido este hombre?”

¿Será que todavía no ha terminado el entrenamiento? No, imposible; hace un rato que acaba de pasar por la galería de tiro, y su padre no estaba allí. Se supone que habían quedado a las nueve en punto para cenar juntos, y Charlie ya va quince minutos tarde. Pero en vez de la esperada visión de su padre cabreado por su impuntualidad, en el comedor encuentra el rastro de todo el mundo, menos el suyo. ¿Se habrá entretenido con algo? Genial, así quizá pueda escapar de la regañina.

Aun así, sólo por curiosidad, decide avanzar hasta el que, a base de usarlo día sí y día también, se ha convertido ya en su sitio. No debería sorprenderle el hecho de encontrar una nota pegada con celo justo encima

de la mesa.

“Azotea: Planta +2, pasillo izquierdo, última puerta.”

Charlie se ofende por un instante; no hace falta que le haga un mapa, ni siquiera que le dé indicaciones. No es idiota. Sabe perfectamente cómo llegar hasta la azotea del dichoso edificio. Aun así, y sólo por si acaso, decide llevarse el papel consigo.

La puerta es de las pocas cosas que parece perfectamente intacta, ya que nadie suele subir hasta ahí arriba. No hay nada que pueda resultar de interés, más que cables y los generadores en una habitación anexa. Nadie tiene motivos para tener que gastar energías subiendo hasta ahí, a no ser que se haya cortado la electricidad, claro. Es por ello por lo que la puerta cede con un chirrido que hace temblar todos los huesos de su cuerpo. Además de que cuesta un huevo moverla de su sitio, maldita sea. Y mira que ha estado entrenando todo el año, pero todavía es como apartar un pedrusco gigantesco del camino.

Una vez fuera, los músculos se le contraen por una suave ráfaga de aire frío que pasa clavándose en su cuerpo. Menos mal que se le ha ocurrido subirse la chaqueta por si acaso, las tardes de otoño pueden ser muy traicioneras. La noche es luminosa, alumbrada por una intensa luna llena que ahuyenta a todas las estrellas. Con razón estaban todas escondidas en el cuarto de Gabriel… Últimamente hace demasiado frío como para pasarse la noche contemplándolas, pero la verdad es que desde este bosque perdido de la mano de Dios el firmamento es todo un espectáculo.

Siente una luz anaranjada titilando sobre los muros de la azotea, así que Charlie decide buscar a su padre por allí. Nada más doblar la esquina, descubre una silueta sentada sobre una vieja silla de madera, al lado de una mesa de la que brota una serie de destellos cálidos.

“Hola.” Murmura cuando llega, sobresaltando ligeramente a su padre. “Siento la tardanza…”

“Contigo muchacho, no existen esa clase de sorpresas.” Indica el hombre en un suspiro, señalándole una silla que hay justo al otro lado de la minúscula mesa.

Charlie se acomoda en ella, viendo que sobre la madera hay dispuestas una serie de velas que gotean cera blanca, así como platos con comida aún humeante.

“Vaya, ¿a qué se debe la celebración? ¿Es una especie de última cena?” Bromea con sorna.

“Así es, la última cena que vamos a tomar aquí. Me pareció apropiado para antes del gran día.” Explica su padre. Entonces se recuesta hacia atrás, cogiendo su vaso de agua. “Invité también a Gabriel, pero me parece que prefería mentalizarse por su cuenta.”

“Sí, lo suponía.” Asegura el chico, partiendo el filete de su plato con cierta dificultad. Que al cuchillo apenas le queden dientes no ayuda, la verdad.

“No te esperes nada del otro mundo; es lo mismo que servían hoy en el comedor.” Entonces deja el vaso, poniéndose la servilleta al cuello, una manía suya de toda la vida. “Cuando volvamos a casa tendrás que enseñarme a cocinar.”

“Je, bueno, primero habrá que levantarla. Llevamos un año sin ir, a saber lo que quedará en pie.” Asevera Charlie, llevándose un trozo de carne a la boca. Hace tiempo que la imagen de su casa dejó de ser demoledora, convirtiéndose en nada más que una montaña de escombros. Y aunque desea poder volver a atar lazos en algún sitio, no tiene ninguna prisa.

“Bueno, pues nos iremos a otra. Más céntrica, más grande.” Propone su padre, hablando como si pudieran presentarse en una inmobiliaria y comprar el primer edificio que vean. “Sin agujeros en las paredes y sin ventanas rotas, ni persianas que hagan ruido.”

“En realidad echo de menos el ruido de las persianas… Además, ¿de dónde sacaríamos el dinero, padre?”

“Pues un piso entonces. Uno de esos nuevos y relucientes que han hecho en la ciudad. Que esté en la última planta, para tener una azotea como esta.”

Charlie sonríe mientras mastica con la boca cerrada, negando ligeramente con la cabeza. No quiere deshacer los sueños de su padre, pero es más que probable que la realidad a la que se acaben enfrentando sea muy distinta. Aunque el plan que ha propuesto suena muy bien, la verdad.

“¿Sabes qué es gracioso?” Dice una vez ha tragado el trozo. “En realidad no quiero que esto acabe. Quiero decir, no puedo esperar a terminar con todo lo de Revenge y eso, pero… Aquí me siento útil. Es extraño, pero en cierto modo me gusta... Aunque no me importaría comer algo que no fuera una suela de zapato, para variar…”

“Me alegro de que no te arrepientas de la decisión que tomaste.” Y

aunque con cierta amargura, es la verdad.

“Para nada. Pase lo que pase mañana, por lo menos sé que todo el esfuerzo me ha servido para algo. Aunque sólo sea a nivel personal.”

Billie asiente lentamente con la cabeza, mirando detenidamente a su hijo. “Has cambiado mucho en muy poco tiempo, sí… Ahora eres todo un hombre.”

“Bueno, tampoco nos pasemos…” Ríe el otro mientras parte un pedazo de pan con las manos.

Billie se queda mirando unos instantes a su hijo, dejando que el silencio de la noche envuelva la escena. Se puede escuchar el ronroneo de los generadores en la distancia, algunos murmullos de las personas que están disfrutando de la noche en la planta de abajo, asomadas a las ventanas. El silbido de las hojas de los árboles, de los búhos nocturnos. El temblor en el pecho de Charlie. Ojalá el tiempo se pudiera detener a voluntad.

“Todo va a salir bien. ¿Lo sabes, no?”

“Sí, sí…” Expresa el chico, rehuyendo la mirada. “¿Y tú?”

Pero su padre no responde nada, concentrado en masticar bien la comida. Tras unos segundos de incómodo silencio y sin previo aviso, deja el tenedor sobre el plato con un estridente tintineo, agachándose hacia un lado de la silla. De debajo de la mesa, saca entonces una caja de madera que le tiende a su hijo.

“No sabía si esperar a mañana o no, pero este momento es tan bueno como cualquier otro.”

Charlie recoge la misteriosa caja con cierta curiosidad, preguntándose a qué demonios viene todo esto, si ni siquiera es su cumpleaños. Tras dudar unos instantes, decide quitar el cierre metálico, abriéndola lentamente; dejando al descubierto un revólver negro y pulido colocado sobre una almohadilla hecha a medida. La simple visión del objeto le trae a la memoria un sinfín de recuerdos de un tiempo mucho anterior a este, y no tarda en reconocerlo. Debería estar ciego para no hacerlo.

“Tu revólver…”

“Quiero que lo lleves mañana en el Desfile.” Responde su padre, apoyando los codos en la mesa. “Tiene muchos años, pero hasta la fecha jamás me ha fallado. Y tampoco te fallará a ti.”

“No, no, ni hablar…” Charlie no está tan sorprendido por el objeto, sino por el gesto; sabe lo apegado que está su padre a ese dichoso

cachivache; sin él probablemente no hubieran sobrevivido a los Años Oscuros. No es quién para romper la tradición, piensa mientras cierra la caja, volviéndosela a tender a su padre. “No puedo, te hice una promesa. Si mañana voy al Desfile, será de refuerzo, no de tirador.”

“No soy estúpido, chico. ¿Crees que no me entero de cuando Gabriel, Rob y tú os escapáis a la galería de tiro?” Insiste, empujando de nuevo la caja hacia el otro lado. “Sólo quiero que vayas con todas las precauciones, ni siquiera es necesario que lo empuñes. Pero por favor, llévalo mañana.”

Lejos está de decirle a su hijo el verdadero motivo de este gesto. Sabe que es una soberbia tontería, pero el saber que Charlie lo llevará encima calma la tensión que le causa toda esta situación. Como si una parte de él lo fuera a proteger en todo momento. Así dormirá más tranquilo.

El chico duda unos instantes, pero finalmente decide aceptarlo, sabiendo que hasta que no lo haga su padre no se moverá del sitio. “Gracias, papá.” Dice, guardando la caja a sus pies.

Y ambos vuelven a su comida en silencio.

“Por cierto.” Añade Charlie cuando ya no queda más filete enlatado que cortar. “¿Qué disfraz te ha tocado para mañana? ¿Llevas cuernos, orejas de duende? Sorpréndeme.”

“Conque esas tenemos, ¿eh? Reírte de tu viejo y anciano padre.” Dramatiza el otro, partiendo otro cacho de pan. “Pues tendrás que esperar hasta mañana para ello, muchacho. Y ya veremos quién se ríe más. Te recuerdo que me llevo extremadamente bien con el director artístico.”

“Como hayas hecho algo a traición, no te pienso volver a hablar en la vida.” Bromea Charlie.

Pero su padre sólo responde encogiéndose de hombros, hasta el momento en el que no consigue contener más la risa, explotando ambos en una serie de carcajadas que acallan los ruidos del bosque. Hay que escucharlas con suma atención.

Quizá sean las últimas buenas risas que suelten en toda su vida.

***

Se despierta con un sobresalto, levantándose al instante con el corazón en la garganta.

Otra vez no. Otra vez este sitio no. ¿Pero por qué? ¿Será lo mismo? Sí, el sitio es exactamente el de siempre. La ciudad devastada, el cielo grisáceo, la niebla. Los escombros cubriendo todo el suelo a su alrededor. Hasta el puñetero camisón de hospital. Pero si lleva un año sin tener este maldito sueño… ¿Por qué se repite? ¿Por qué ahora? ¿Por qué hoy? ¿Qué demonios se supone que tiene que hacer?

Ahora la situación, más que confundirle, le está poniendo nervioso. Las únicas veces que ha tenido sueños tan lúcidos y repetitivos fueron las pesadillas de los Años Oscuros, donde la misma tragedia se repetía una, y otra, y otra vez. Creía que ya había superado esa fase, pero a juzgar por la silueta que se dibuja en el fondo de la escena, la extraña mujer de la máscara de gas no está dispuesta a dejarlo descansar tan fácilmente. El por qué es un misterio. Aunque hoy dejará de serlo.

"¡¿Qué quieres de mí?!" Le grita a la dama del cancán, como siempre de espaldas a él. "Sé que intentas decirme algo, enseñarme algo, ¡pero no entiendo el qué!"

Mas la figura no se mueve de su sitio. A este ritmo, nunca lo hará. Quizá no sea ese su propósito.

"¡Vamos, háblame!" Grita a pleno pulmón, haciendo que su voz se disipe en un largo y pronunciado eco. "¡Háblame! ¡Dime algo!"

Todo queda bañado en silencio, mientras los rostros de su eco escabullen por las esquinas. La figura parece reaccionar, dándose la vuelta lentamente sobre su cancán, mostrando poco a poco sus siniestros rasgos. Por primera vez en todos estos sueños, Charlie puede oír su respiración a través de la máscara de gas, cada vez más fuerte, más desesperada. La figura alza de pronto una mano hacia el chico, y éste lo interpreta como un gesto para pedirle que se acerque. Sabe que esto no va a acabar bien, lo puede sentir en sus huesos; que el sueño terminará incompleto y le dejará con dudas una vez más. Pero ya no sabe qué más probar. Lo mejor será hacer caso.

Se acerca entre tambaleos hasta la mujer, sintiendo el corazón palpitando cada vez con más pujanza dentro de las costillas. Con lentitud, posa los dedos sobre la máscara de plástico, pero esta vez nada tiembla ni se resquebraja. Poco a poco, la va separando del rostro de la mujer, hasta que de un suave tirón queda liberada, soltando una profunda bocanada para llenar sus pulmones con el aire cargado de cenizas. El corazón de Charlie da un vuelco mientras deja la máscara caer al suelo; pensaba que ya no recordaba su rostro, pero…

Algo dentro de su pecho se hinche, llenándose de zarzas, de agujas incandescentes que le desgarran las entrañas. Una oleada salada le sube

hasta los ojos, que comienzan a arder, rojos.

"…Mamá…" Musita, no pudiéndose creer esta visión.

Hacía tanto, tanto tiempo que no la veía... Es consciente de que esto es un sueño, pero ahora mismo le parece tan real que desearía poder quedarse ahí para siempre, junto a ella. Contarle todo lo que nunca le pudo contar, que viera todo lo que ha crecido, lo que ha cambiado. ¿Estará orgullosa, horrorizada tal vez por las secuelas que en él dejó la guerra? Es imposible saberlo, porque su rostro ahora permanece impasible, pálido y sombrío. Inescrutable. Aun así, Charlie no cabe en sí del entusiasmo.

De pronto, el rostro de su madre se espanta, clavando la mirada por encima de la cabeza del chico. Como si él fuera invisible.

"Llévatelo…" Murmura con una voz suave y rasgada.

"… ¿Qué?"

Y de pronto nota cómo algo lo coge de la cadera y tira de él hacia atrás, levantándolo en el aire. Su primer impulso es el de agarrarse con fuerza a los brazos de su madre, que también está siendo arrastrada en la dirección opuesta por un amasijo de sombras y ojos incandescentes, propios de la peor de sus pesadillas.

En un mísero parpadeo, todo a su alrededor cambia; sigue estando en la ciudad, en Vennom, pero el silencio ha muerto. Escucha un fuerte estruendo que le desgarra los tímpanos, gritos, llantos, disparos. Todo su entorno parece una bola de fuego, y por un momento pierde la noción del espacio, puede que inclusa la del tiempo. Ya no lleva el camisón, sino el uniforme militar, y al mirar por encima del hombro se da cuenta de que es su padre quien está tirando de él hacia atrás, sin despegar la mirada de su esposa. El corazón de Charlie da un vuelco. Está pasando otra vez; está recordando el día del Desfile Negro que jamás llegó a ser. El día en el que su infancia acabó.

"¡Emily!"

"¡Llévatelo!" Insiste su madre con ímpetu, súbita desesperación. "¡Sácalo de aquí! ¡Salvaos vosotros!"

"¡No!" Prorrumpe al instante el chico, aferrándose con más fuerza a cada tirón que siente. "¡Ya te abandoné una vez! ¡No pienso volver a hacerlo!"

Siente que sus brazos se van a partir de un momento a otro, pero aun así logra sobrepasar la fuerza de los Ecos que intentan arrebatarle a su madre. Igual que siempre, es como tantas otras veces; tantos otros

sueños en los que alguna catástrofe se llevaba a su madre; una tormenta, el agua, un amasijo de sombras. Pero esta vez está preparado para enfrentarse a ellas. Esta vez tiene que ser capaz. Puede que sea su última oportunidad.

"¡Aguanta!"

"No hay nada que puedas hacer por mí, Charlie. Es demasiado tarde."

"¡No! ¡He cambiado! ¡Puedo salvarte!" Grita, sintiendo todo su cuerpo entumecido por la tensión. "¡Tienes que venir con nosotros! ¡Tienes que volver a casa!"

"No, no puedo…"

Y de pronto, todo a su alrededor parece detenerse, congelado en el tiempo. El fuego se mueve con la lentitud de la tierra, las esquirlas parecen nieve danzando sobre el cielo. Ya no hay ruido, ni dolor, ni luces. Sólo las figuras, pausadas como estatuas de hielo. Y ellos dos:

"Tiene que dejarme ir, Charlie."

Los ojos del chico se abren de repente, húmedos, vidriosos. Pone la mirada en su madre, tratando de recordar cada uno de sus rasgos, de memorizar hasta el último milímetro. Ojos marrones, pelo de cabello de ángel, nariz recta, labios finos. Ojos marrones, ojos marrones con el borde verdoso. Tiene que recordarlo, tiene que recordarlo.

"No hay nada que puedas hacer."

"¡Claro que sí! ¡No tuve que haberte soltado! ¡Pude haberlo evitado!" Grita con todas sus fuerzas, intentando aprovechar el momento de pausa para liberar a su madre, sin éxito. "¡Estás muerta por mi culpa!"

Y aun en el fragor de esta batalla, su madre sonríe ligeramente, aferrando a su hijo con fuerza, deteniendo sus bruscos movimientos; posando una de sus frías manos sobre el rostro del chico. Su tacto se asemeja al de un escalofrío, un soplo de aire frío que resulta reconfortante. Las lágrimas comienzan a manar de sus ojos, y siente que el corazón se le va a partir en punzantes pedazos que le desgarrarán el pecho.

"No me iré, mi soldadito." Asegura, al mismo tiempo que apoya la mano sobre su pecho, sobre los adornos plateados de la chaqueta. "No mientras me lleves aquí."

Charlie quiere decir algo, pero no puede. Su garganta siempre falla en los

momentos más oportunos.

“Quiero ir contigo.”

“Tú todavía tienes toda una maravillosa vida que vivir, mi niño. Amigos, una familia, un propósito… A veces hay que hacer lo que no nos parece correcto para sobrevivir. Pero no dejes que el desagravio te consuma. No te destruyas por mi culpa…”

Las manos comienzan a dolerle. Pero no puede soltarla. No puede. No dejará que esto vuelva a pasar. No se quedará mirando mientras el mundo se desmorona a su alrededor.

“Te echo mucho de menos...”

“Lo sé, mi niño.” Arrulla con la más suave de las voces, llevando dulcemente las manos hacia sus mejillas. “Siempre me tendrás a tu lado, soldadito. Y siempre estaré orgullosa de ti.”

Los ojos de Charlie arden como el infierno. No puede aguantarlo más, toda esta presión, esta niebla en su cabeza. Es insoportable. No quiere dejarla, no puede dejarla. No otra vez.

“Está bien, mi niño. No pasa nada. El Desfile ha venido a buscarme. Déjame ir…”

Le cuesta ver a través de los cristales empañados de sus ojos. La tensión resulta insufrible en este punto, pero está dispuesto a soportar cuanto haga falta. Al menos hasta que ve el rostro de su madre, tan tranquilo, tan sereno. Tan dulce como lo recordaba. Quiere grabar esta imagen, esta en concreto, ninguna otra; guardarla en lo más profundo de su mente. No puede permitir olvidarse de ella de nuevo. No cometerá el mismo error.

“…Te quiero, mamá.”

Su madre alza los labios con suavidad, haciendo que se le ilumine la cara. Vuelve su fría mano sobre el rostro del muchacho, acariciándolo con detenimiento. Charlie agacha la cabeza, sintiendo todo su cuerpo henchido, su pecho destrozado. La duda que le invade parece durar toda una eternidad; tras unos instantes de rigidez, cierra los ojos con toda la fuerza que sabe encontrar, abriendo las manos, soltándose de su agarre. Dejando que la marabunta de sombras se trague el cuerpo de su madre como una jauría de lobos, mientras él sale impulsado hacia atrás, en el aire, soltando un profuso grito, cayendo en una luz blanca.

Despertando al derrumbarse sobre el suelo de la habitación.

Capítulo 10

“Y… ¿cómo va esto?”

“Lo único que tienes que hacer es sentarte y estarte lo más quieto posible.” Asegura el hombre del puesto sin ningún tipo de entusiasmo, abriendo un tarro de lo que parece crema.

“… ¿Pica?”

“Probablemente.” Confiesa, como si eso no fuera un problema. Al menos no el suyo. “Yo que tú no me rascaría, la pintura podría irse.”

“Ah, genial. Estupendo.” Gruñe Charlie con sarcasmo, recostándose sobre la silla mientras el maquillador comienza a esparcirle la crema hidratante —que está fría como el demonio— por toda la cara. “Total, sólo van a ser unas cuantas horas…”

“Esto lo mejorará. Y aun así, dudo que sea el mayor de tus problemas…”

Y en eso sí que tiene algo de razón, pero eso no quita para que le parezca poco apropiado lanzarse al Desfile Negro arrancándose la piel por la picazón.

Prefiere no centrarse en ello, esperando que tarde lo menos posible en hacerle el maquillaje. Hasta que no se ha tomado el desayuno, —lo cual ha sido una mala idea, gracias náuseas— no ha empezado a ponerse nervioso de verdad. Y ahora le está dando un ataque de pánico que intenta ocultar lo mejor que puede. Tiene un cosquilleo en el estómago que es incapaz de acallar, náuseas, y sus pulmones a ratos hasta se olvidan de hacer su tarea. Como todo esto no pase rápido, va a ser su propio cuerpo y no Revenge quien acabe con él a traición.

El encargado que está atendiendo este puesto de maquillaje coge una paleta de pintura de colores terrosos, probando varios toques con su pincel antes de ponérselo a Charlie sobre la cara. Tiene una textura cremosa, está húmeda, fresca, y desprende un olor curioso. Charlie mantiene la cabeza erguida, lo más quieta que puede con tal de hacerle su trabajo lo más sencillo posible. Intenta concentrarse en los movimientos que realiza el pincel, que en cierto sentido resultan hasta relajantes, intentando adivinar cuál será el resultado final, todo con tal de distraerse. De vez en cuando abre los párpados, echando fugaces vistazos al resto de la sala.

Nadie se hubiera imaginado ni por lo más mínimo que aquello es la preparación para una gran revuelta. Parece más bien una convención de comics y amantes de los disfraces. Entran personas normales y corrientes,

y al rato salen Ecos de todos los tamaños y colores. La verdad es que, quien se haya encargado de todo esto, ha hecho un trabajo más que fantástico recopilando todos los materiales y las ideas; hay desde prótesis hasta lentillas de colores, todas recién llegadas de la ciudad, y eso es sólo el comienzo. Menos mal que se les ha ocurrido esperar un año más para prepararlo todo al detalle; ahora sí que es imposible que los reconozcan.

Tras una media hora de toqueteos, el hombre parece acabar finalmente con el maquillaje. Charlie cree que ya es libre, pero entonces nota cómo le adhiere algo parecido a un alambre sobre la cara, por el lado izquierdo, y se lo enrosca por la pierna, sujeto al pantalón del uniforme. También manosea su pelo con gomina, laca y productos químicos que no se le irán en un mes. Después de lo que le ha parecido una eternidad, el chico se pone delante de su obra maestra, con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro.

"Bueno, ya estás. Intenta no toquetearte nada, hasta que se seque. Date prisa, todavía hay mucho que hacer."

Charlie abre los ojos, incorporándose sobre la silla con algo de dolor muscular. Entonces sus ojos caen en el espejo que tiene justo delante; tarda un momento en reconocerse. Tiene trepando por el lado izquierdo de la cara una enredadera de hiedra tan bien pintada que parece de verdad, desapareciendo por la nuca, metiéndose en las raíces del pelo, alborotado y con hojas que brotando entre los mechones. Esa parte la tiene empapada en maquillaje de tonos verdosos que van desapareciendo a medida que se aproximan al otro lado de la cara. No se trata de un maquillaje demasiado complejo, pero está tan bien hecho, que parece un Eco de pura sangre. Es una sensación extraña la que siente correr por sus entrañas, pero ahora no son los nervios, sino algo similar a la empatía.

"Es impresionante." Felicita al maquillador. "Muchas gracias."

"Sí, bueno, vosotros intentad no morir. Aquí hay muchos que queremos volver a casa." Añade el otro, cerrando un par de botes y preparándose para la mujer que está esperando.

Charlie se levanta rápidamente de la silla, recogiendo la chaqueta del uniforme al vuelo. Se mira de arriba abajo, esperando no haber manchado el uniforme de pintura, pero para su suerte, sigue igual de impecable. Siente que podría estar así vestido toda la vida, pero con tal de que le dure todo el Desfile se conforma.

Decide adentrarse en el interior del departamento para matar el tiempo, donde decenas de personas están abandonando su parte humana para unirse al Desfile por un día. Sabe que su padre ha entrado poco antes que

él, así que deberá estar cerca, a no ser que ya hayan terminado con él.

Entonces, en la distancia, reconoce la silueta agachada del rey de Roma, abrochándose su chaqueta ante un espejo. Charlie corre hasta llegar a su lado, hablando bien en alto para que note su presencia sobre todo el ruido de parloteos y secadores.

"Hola padr—"

Billie se gira al instante, dejando ver unos grandes colmillos adheridos a sus dientes auténticos que sobresalen ligeramente de sus labios, unas lentillas de un naranja intenso, así como una barba más espesa que la suya, y algo de pelo adicional en los dedos y la raíz del cabello. Charlie se detiene en el sitio, como si hubiera visto a un fantasma.

"Wow." Es lo primero que suelta, más que sorprendido. "Cómo mola. ¡Pareces todo un licántropo!"

"Y tú un arbusto." Bromea su padre, abrochándose el último botón del cuello. Entonces, tras colocarse los pliegues del uniforme, se pone la vieja capa negra hasta los tobillos, a la que le han añadido una cola falsa en la parte de atrás para completar el conjunto. "¿Estás listo, muchacho?"

Y para qué mentir. "No, la verdad. Pero lo estaré, dame tiempo."

Entonces gira la cabeza, levantando ligeramente la chaqueta para que su padre pueda ver el revólver colgando del cinturón, perfectamente oculto en el resto del conjunto. Aunque Charlie también pensaba llevar la capa negra por encima —el sombrero ni de coña—, nunca está de más asegurarse.

Billie sonríe suavemente, pretendiendo acariciar la cabeza de su hijo. "Estarás bien."

Ya, pero, ¿qué hay de él?, piensa el chico.

"¿Qué demonios llevas en el pelo?"

"No lo sé, ni quiero saberlo. Pero no me lo toques, que me vas a despeinar." Gruñe el chico, echándose hacia atrás al instante. "Como tenga que ir a retocarme, tengo la impresión de que el señor de los maquillajes me va a arrancar la cabeza."

"Anda que buena me la vais a montar." Replica su padre, limpiándose los restos de gomina con un pañuelo. "Entre tú y el otro elemento…"

"¿Gabriel está aquí?" Pregunta de repente, sabiendo perfectamente a

quién se refiere su padre.

“Estaban terminando con él cuando he pasado.” Indica, señalando un par de puestos más allá, a su espalda. “Lleva aquí desde por la mañana.”

Charlie decide ir a saludarlo antes de que llegue la hora, pues para entonces cada uno tendrá que centrarse en lo suyo, y ya no habrá momento para charlas. Tantea con la mirada varias mesas, pero no logra adivinar en cuál está. Puede que ya se haya ido, hoy va a estar muy ocupado.

“Hey, Charlie.”

Juraría que eso ha sonado muy cerca. El aludido se gira hacia el puesto que tiene a la izquierda, creyendo haber reconocido la voz. No puede ser.

“¿Gabriel?” Pregunta asombrado, como si hiciera falta. “Madre mía, no… ¡No te había reconocido!”

“Perfecto, eso es lo que buscaba.” Asegura sonriente, levantándose de la silla mientras se dirige a la chica que lo ha estado maquillando. “Gracias, Pam.”

Está irreconocible. El pelo corto y platino que tanto lo caracteriza, ha desaparecido bajo una espesa maraña de cabellos negros como el carbón que le caen ligeramente sobre la cabeza como minúsculas serpientes. Tiene los ojos sumidos en una profunda sombra de ojos negra, el rostro en polvos blancos, con las mejillas bien marcadas de tonos marrones. Hasta el uniforme que lleva es algo distinto; es muy parecido al otro, sólo que esta vez los adornos, en vez de blancos, son negros y brillantes. Gabriel se dirige hacia una mesa en la que descansa un alto sombrero de banda militar, con una pluma negra adherida en la parte delantera, así como dos grandes alas que otros dos chicos ayudan a engancharle a la espalda con arneses.

“Toda Vennom me vio el año pasado, ¿recuerdas? Tenían que trabajar el doble conmigo.”

“Te queda bien el pelo así de negro. Parece más natural.”

“En realidad, suelo tenerlo así.” Admite con cara de circunstancias, oponiendo resistencia a los tirones de los chicos. “Llevo tanto tiempo con el pelo blanco que se me había olvidado cómo era el no parecer enfermo.”

“Con esas pintas, no creas que la cosa va a cambiar mucho.” Añade el

chico, tratando de bromear para calmar los nervios.

Gabriel le sonríe con amabilidad, retocándose el maquillaje ante el espejo mientras le colocan las alas. Son espectaculares, con plumas largas y oscuras estratégicamente pegadas para que parezcan de verdad. Incluso tienen un mecanismo que hace que con el movimiento del soldado, se muevan ligeramente, dándoles más realismo. Se ve que el departamento artístico se lo ha pasado bomba confeccionando toda esta locura.

"¿Y si te piden que eches a volar?"

"Soy un Eco con miedo a las alturas, ¿recuerdas?" Sonríe a través del espejo. "Ríete, pero los hay. Que nazcas con ciertas características no determina nada de lo que hay en ti."

Y aunque a Charlie le cuesta imaginarse la situación de un Eco que no quiera volar, tampoco ha conocido a demasiados como para saber si eso que dice el ahora pelinegro es verdad, o tan sólo otra estratagema de las suyas.

Gabriel se aparta del espejo, mirando con atención todo el conjunto, tratando de distinguir si tiene algún punto flaco. O tal vez regodeándose en lo espectacular que es. Por algún traicionero motivo, Charlie recuerda la pesadilla de la noche anterior, dejando la mirada en blanco. Lleva desde que se ha levantado carcomiéndose la cabeza con ello, y Gabriel puede sentirlo.

"Todo saldrá bien." Le dice a través del reflejo de su imagen. "Lo sabes, ¿verdad?"

Charlie alza la mirada. Esa frase parece el mantra de los humanos rebeldes. "Me gustaría creerlo, pero… Sigo teniendo algo de miedo."

Gabriel asiente, apretando los labios. "Yo también."

"Gabriel…" Murmura, no sabiendo muy bien cómo escoger las palabras sin cagarla. "Quería… quería decirte algo."

Los ayudantes terminan la tarea, asegurándose con varios tirones de que las alas no se desprendan, retirándose de la escena y dejando a los dos chicos solos. Gabriel termina de ajustarse el traje, dándose la vuelta para prestarle toda su atención al chico. Es el rostro de éste, algo apenado, lo que le confunde.

"Verás, sólo quiero que sepas…" Dice, recordando las imágenes de la noche anterior. "Sé que siempre dices que lo que buscas no es venganza,

pero…”

“No hace falta que lo digas, tu padre ya me dio esa charla hace tiempo…”

“Ya, pero sé que en el fondo es lo que quieres. Sé que quieres acabar con ese hijo de puta por todo lo que le hizo a tu familia. Todos queremos…”

El rostro de Gabriel va cambiando lentamente, como una flor marchitándose con la caída del sol. Por algún motivo, que esas mismas palabras se las diga alguien tan joven, y no un adulto que haya vivido desde una perspectiva distinta a la suya, hace que sus oídos presten mayor atención a lo que quiera que tenga que decir.

“…Sólo quiero que sepas que… No debes dejar que te consuma. Sé que lo que se siente es una putada, pero… Piensa en todo lo que significas para toda esta gente antes de hacer nada… peliagudo.”

Gabriel se queda mirando al chico con un rostro que le resulta inescrutable, y de pronto siente un escalofrío recorriéndole la espalda. Sin previo aviso se separa del espejo, avanzando varios pasos hacia él y abrazándolo con firmeza. Charlie corresponde de la misma manera, ajenos a todas las miradas que pasan a su alrededor.

“No cometas ninguna locura, ¿vale?”

“Sólo si tú también cumples esa promesa.” Le pide Gabriel.

“Eso está hecho...”

Cuando se separan, Gabriel todavía mantiene las manos sobre los hombros del chico, abriendo una de sus sonrisas brillantes.

“Yo también quiero decirte otra cosa; eres idiota.”

“Ah, vale, muchas gracias.” Carcajea el chico, fingiendo estar ofendido. “Acabas de romper toda la magia del momento.”

“Deja que acabe; eres idiota… Pero me alegro de que decidieras no bajarte de aquel coche. Te debo una.”

Entonces suelta una ligera carcajada que hace temblar su pecho, como si se hubiera acordado de algo gracioso. Resulta agradable oírle reír en una situación como esta.

“Pero si al final pasa algo, al menos ponme un epitafio bonito.”

“Ah, no, ni de coña.” Gruñe Charlie con una sonrisa, separándose del abrazo de inmediato. “No ahora. Vamos a ir a ese Desfile, vamos a encontrar a ese maldito cabrón, y vamos a acabar con todo esto de una vez por todas. No hay más que hablar.”

Y aunque se muere de ganas por saber cuáles serían las últimas palabras que a Gabriel le gustaría ver grabadas sobre su tumba, ahora mismo es lo último en lo que quiere pensar.

“Aún tienes que convertirte en una estrella del rock, ¿recuerdas?”

El pelinegro suelta entonces una suave risotada, dándole la mano al chico con firmeza, tal y como el primer día que se conocieron, hace un año ya. Solo que esta vez, Charlie sí que acepta su gesto, y de muy buena gana.

“Llegó la hora de la ovación final.”

***

“¿Está todo listo, Rob?”

El barbudo le lanza una mirada un tanto divertida, arqueando exageradamente las cejas. “¿Con quién te crees que estás hablando? Ya están avisados; en cuanto lleguéis al pabellón principal, os estará esperando un tal Jack Voyd en la entrada, con todo preparado para vuestro debut.”

“Ya, ¿pero cómo sabremos que se trata de él, y no de un Eco cualquiera?”

“Tranquilos, no tendréis problemas. Todos parecen bastante dispuestos a echarnos un cable. De todos modos, tiene grandes manchas verdes por toda la piel, no tiene pérdida. Me dijo que os colocará en una de las últimas carrozas, para que lleguéis hasta la Plaza Mayor sin problema. Lo único que tenéis que hacer es marchar por detrás y no llamar demasiado la atención.”

Un escalofrío recorre la espalda de Charlie al oír esas palabras; a pesar de lo bien disfrazados que están, no dejan de ser humanos. Una sensación de déjà-vu le impacta en el pecho; parece que esta situación se ha convertido en una extraña tradición anual. Exponerse delante de todos los Ecos no parece lo más adecuado. Pero si lo que quieren es no llamar la atención en absoluto, tendrían que separarse en pequeños grupos para llegar hasta el Ayuntamiento, y con la cantidad de gente que hay siempre abarrotando las calles, muchos no lograrían llegar a un sitio apropiado para disparar. Si van en el Desfile, tienen el camino literalmente abierto.

Aunque también las balas.

“Perfecto. Gracias por todo, Rob.” Le felicita Gabriel, haciéndole un gesto para que se acerque a darle un abrazo, en contra de su voluntad. “No lo podríamos haber hecho sin ti.”

No va a haber ningún problema, eso es obvio, pero por algún motivo todo el mundo se está despidiendo como si este fuera el último día de la Humanidad.

“Tened cuidado.” Le responde el barbudo con su característica seriedad. “No quiero tener que aguantaros otro año más.”

Gabriel suelta una ligera carcajada, separándose de su compañero y colocándose un antifaz negro sobre el rostro para ocultar aún más su identidad. Entonces se da media vuelta, llamando la atención a todos los humanos que van a ir al lugar de la acción. El equipo de asalto. Los locos temerarios, como dicen algunos. Puede que tengan razón.

Charlie gira la cabeza sobre el hombro, contando a simple vista a unas cincuenta personas reunidas a su entorno. La verdad es que numerosos no son, pero si todo sale bien, no hará falta más que una sola bala para poner el punto final.

“Ha llegado la hora de la verdad. El momento para el que nos hemos estado preparando todo este tiempo.” Anuncia Gabriel con determinación, transmitiendo su energía a todos los demás. “Recordad, es normal sentir miedo, duda, frustración. Pero no dejéis que esos sentimientos se antepongan a vuestra determinación. Vuestro espíritu es más fuerte que todas las balas y que todas las dictaduras.” Entonces se humedece los labios, manteniendo la voz firme. “Recordad, pase lo que pase, no debéis desenmascarar nuestra tapadera; podríais poner en peligro no sólo vuestras vidas, sino las de todos los demás. Puede que se nos presente más de una oportunidad, y hay que estar preparados para todo lo que pueda pasar. Hoy, por fortuna, tenemos un montón de fantasmas que nos apoyan; la ciudad es nuestra, hoy pertenece a la gente libre. Hay que luchar, y lucharemos, ¡iluminaremos el mañana!”

“¡Con el fuego de los imperios!” Espetan todos a la vez.

Y sin mediar más palabras, los humanos salen con paso ligero fuera de la base, respirando profundamente el aire fresco del bosque por primera vez en mucho tiempo. Lo único que Charlie siente en su pecho, por el contrario, es un extasiado sentimiento de adrenalina, y no tarda en subirse a una de las furgonetas opacas que los acercará hasta la ciudad de Vennom. Se sienta al lado de su padre, con quien no comparte palabras, sólo una profunda sonrisa. Se ajusta hasta el último pliegue de su indumentaria, asegurándose de que todo está en su sitio, de que su vena

humana no se escapa por ninguna vertiente. Y a una de esas, sus dedos rozan en los bolsillos, entre todo el confeti negro, con un pequeño objeto de tacto de seda. Lo saca con curiosidad, descubriendo para su sorpresa la pequeña flor blanca de aquella niña, secada entre los pliegues de la capa y conservada en el tiempo. Su corazón se relaja al regresar hasta esa breve imagen que creía olvidada, recordando los auténticos motivos por los cual está metido en toda esta locura. Ahora ya no tiene miedo, no hay nervios corriendo por sus venas. Sólo audacia.

Satisfacción.

"Ya lo verás, mamá." Dice para sí mientras el motor del vehículo comienza a rugir. "Desfilaré como nunca en mi vida."

***

El viaje hasta Vennom ha sido el más largo que ha emprendido en toda su maldita vida. No sólo porque el paseo a pie hasta el polideportivo no haya sido precisamente corto, sino por la tensión que se podía palpar todo a su alrededor, incluso dentro de él. Ya había Ecos esperando a ambos lados de la carretera cuando pasaron, lista y dispuesta para el comienzo del Desfile. Cada segundo que han gastado expuestos en la calle, valía como una perpetuidad; todo podía cambiar tan sólo con que reconocieran a uno del grupo. Puede que lo hubieran hecho, pero por suerte nadie ha resultado herido, ni siquiera ha habido altercados y ahora, en la seguridad del pabellón, pueden respirar un poco más tranquilos. Todo está yendo sobre ruedas. Aunque esta sea la parte más sencilla.

Tras hablar con el amigo de Rob, —quien efectivamente tiene unas evidentes manchas verdosas por toda la piel, que luce con orgullo— se colocan en formación detrás de la carroza que deberán seguir todo el rato. El espectáculo va a comenzar dentro de nada, así que no les queda demasiado para mentalizarse. Gabriel reúne a todo su equipo en círculo, dando las últimas indicaciones en voz baja:

"Vale, llegó la hora. A partir de este momento, mantened todos vuestros sentidos en alerta. Recordad que estaremos expuestos ante cientos de miradas, pero si conseguimos hacer el recorrido por completo, tendremos vía libre para llegar hasta el Ayuntamiento. Una vez allí, ya sabéis qué es lo que hay que hacer." Entonces los mira a todos fijamente, con fuego brotando de sus ojos. "Mucha suerte. Nos vemos cuando todo acabe."

Esas mismas palabras se repiten varias veces entre el resto de los humanos, de forma difusa, mientras la pequeña marabunta se disuelve, ocupando lo puestos que deberán seguir hasta el final del recorrido. Gabriel se queda contemplando cómo esa pequeña locura, una idea que

brotó hace unos años, tras tanto esfuerzo y sudor por fin ha tomado forma, lista para salir a la luz del día. Es un sentimiento que le extasía y desespera al mismo tiempo; si no la cagan, hoy va a suceder algo legendario.

"No te lo guardes todo para ti solo." Dice de repente Billie, acercándose a su lado junto con Charlie.

Gabriel suelta una airosa risa, teniendo que carraspear varias veces para que la voz no le tiemble demasiado. "Ni loco, todos sabemos que el golpe de gracia va a ser tuyo Billie."

Éste sonríe a través de su barba con un brillo especial en los ojos, y entonces lo abraza fuertemente, como quien abraza a un amigo, un hermano, un hijo por cuya vida teme. Gabriel corresponde de la misma manera, y algo en su corazón vibra. Su instinto lleva temblando todo el día, pero es de los nervios, está seguro. Y no puede dejar que esos pequeños demonios echen por tierra el duro trabajo de tanta gente.

Cuando se separan, su mirada se clava automáticamente en Charlie, quien está esperando sonriente su turno. Sin mediar palabras, pasan a abrazarse una vez más entre ellos dos. Por la mente de Gabriel entra la posibilidad de que este sea el último que dé en toda una vida, y no parece importarle.

"Ni se te ocurra morir, ¿vale?" Dice el chico por encima de su hombro. "Como te mueras, te mato."

Gabriel suelta una alegre risa, intentando contener el oleaje de su pecho. "¿Crees que podrías, con lo cobarde que eres?"

"Seré cobarde, pero también rencoroso." Asegura el otro, apartándose de su lado con lentitud. En parte no quiere hacerlo, porque en el momento en el que se separen, sus destinos, para bien o para mal, habrán quedado sellados.

Una estridente trompeta interrumpe el murmullo general del pabellón, indicando a todos los artistas que se preparen; el Desfile Negro va a comenzar. Charlie se gira por última vez hacia su amigo, levantando ligeramente la comisura derecha.

"¿Listo para ser un héroe?"

Y Gabriel sonríe. Lo va a echar de menos.

"Sólo por un día."

***

Charlie se pasa la mayoría del viaje con cara de susto. Al menos eso es lo que cree, porque aunque por fuera tenga el semblante inánime, casi muerto de hecho, por dentro está aterrorizado en su más pura expresión. No deja de lanzar furtivas miradas hacia el público, preguntándose si, entre todos los bailes, canciones y acróbatas, se darán cuenta de este pequeño idiota que lo único que hace es acompañar una carroza. Ni siquiera está seguro de por dónde caminan sus pies, sólo se deja llevar por la corriente, con todos los sentidos puestos en la música, el barullo, los vítores, el confeti volando, los Ecos a su alrededor. Le gustaría poder disfrutarlo, detenerse para admirar un sueño infantil cumplido, pero en esta ocasión su cabeza no puede dejar de pensar en otros asuntos más importantes. Un paso en falso, un ligero error, y todo esto podría acabar muy mal. Por lo menos, llevan una banda militar bastante ruidosa en la carroza de delante, así que el público está más interesado en los intérpretes —que resulta que, tal y como dijo Rob, también forman parte del complot— que en todos los humanos de incógnito que pasean a su alrededor. Y por el momento, parece que cuela. Habrá que agradecerle el trabajo al equipo de maquillaje.

Los pies le empiezan a tirar, pero el dolor no se compara con todo lo que tiene bullendo en la cabeza. La incertidumbre, eso es lo que le está matando, y no la tensión. Lo ve todo como una pesadilla de la que no puede escapar, pero de la que espera despertar cuanto antes, porque no cree que aguante mucho más sin explotar.

De pronto, siente la mano de su padre posándose rápidamente en su muñeca. Charlie da un respingo ahogado, mirándolo con preocupación. Ya está´, ese es el final. Van a tener que salir corriendo y en zigzag. Pero simplemente le está indicando que deje de andar; la carroza se ha detenido. Están en la Plaza Mayor. En el Ayuntamiento.

La carroza ha sido una de las últimas en llegar, y la banda está interpretando los últimos acordes de su canción. Pero los humanos no tienen tiempo para escucharla; aprovechando la distracción del público, se funden como sombras en la marabunta de Ecos, lo más cerca posible de las escalinatas del Ayuntamiento que pueden. Algo que por el momento, parece poco racional. Charlie tiene en mente que ha de colocarse varias filas más atrás que los mejores tiradores; él es el apoyo, es mejor darle la responsabilidad a alguien que realmente vaya a disparar. Sin embargo, no puede evitar tratar de localizar con la mirada a su padre y a Gabriel. Ambos están bastante cerca, especialmente el primero. Vale, con eso ya puede estar tranquilo.

De pronto, la banda da el último golpe de tambor, mientras todos los Ecos comienzan a aplaudir el final del Desfile. Se presentan, se despiden, y de pronto le piden algo realmente extraño a toda la audiencia que vitorea:

"¡Vennom!" Grita el director a través del micrófono, haciendo uso de su exagerado carisma. "¿Qué os parece si nuestro querido líder sale a celebrar este día con nosotros? ¡Vamos, dadme tres hurras por Revenge! ¡Hip, hip!"

"¡Hurra!"

"¡Hip, Hip!"

"¡Hurra!"

"¡Hip, hip!"

"¡Hurra!"

Y todo el mundo rompe a aplaudir con rabia. No es más que una cortina de humo, piensa Gabriel mientras lo contempla con una sonrisa afilada. Sus vítores, su alegría; es falsa, fingida. Puede sentir el miedo en sus voces, la duda en sus aplausos. Pero a partir de hoy ya no tendrán que tener miedo, se dice. ¿No quería cambiar el mundo? Ahora verá si de verdad está hecho para ello.

Como las hurras no parecen haber surtido demasiado efecto, el cantante sigue animando al público, pidiendo a todos los Ecos que llamen al dictador como quien llama a una banda de rock. Todos comienzan a cantar al unísono su nombre. ¡Revenge, Revenge, Revenge…! El estruendo es ensordecedor, tiene que oírlo seguro. Más les vale, más les vale que esto funcione, porque si no habrá que hacerlo por las malas. Y eso sería poner en riesgo demasiadas vidas inocentes.

El sudor comienza a caer por las frentes de los humanos, el temor secando sus gargantas. Ahí no está pasando nada.

De pronto, un destello en las escalinatas acalla las masas; la puerta principal se está abriendo. La gente contiene el aliento durante unos instantes, hasta que por ella aparecen una docena de guardias que se colocan a ambos lados de las escalinatas, con sus pistolas a punto. Por un instante, el público se congela, no sabiendo muy bien si echar a correr o permanecer en el sitio. Hasta que sucede. Algo dentro del corazón de los humanos se detiene; la sombría figura de Revenge comienza a salir por la puerta. Lo tenía más que preparado, al parecer. La gente lo vitorea a viva voz, sin saber muy bien por qué, pero Gabriel no es capaz ni de aguantarle la sonrisa; está mucho más decrépito de lo que recordaba, desgastado y azorado, pero la visión de esos deslumbrantes ojos

amarillentos, distinguibles incluso a tanta distancia, le asquea tanto que le dan ganas de vomitar. Es sólo un hombre, se dice, no es más que un hombre. Pero un hombre que representa una idea corrupta, un cáncer que ha de ser exterminado. Una parte de su vida con la que tiene que terminar. Coloca suavemente la mano sobre el revólver.

Ahora sólo queda esperar.

Revenge saluda a las masas con movimientos algo oxidados. Aquello sorprende a Charlie más de lo que debería; cierto es que recordaba al dictador como un hombre fuerte, determinado, con una voz firme y joven, pero lo que hoy aparece ante sus ojos es una visión desgastada de éste, como una copia barata. Muchos años han pasado desde la última vez que lo vio, eso sin duda, pero no se esperaba que el tiempo incidiera tanto en la gente. Tal vez, en su nueva disposición, haga que el trabajo sea mucho más sencillo.

Tras unos minutos de alabanzas vacías, Revenge acalla a las masas con suaves movimientos de manos, acercándose a la platea desde la que soltará unas palabras prefabricadas. Los músculos de todos los humanos se tensan al instante.

Llegó la hora.

"Mis queridos amigos..." Proclama el líder a través de los altavoces, con una amplia sonrisa. Su voz es ronca, pausada, pero Charlie entiende por qué logró engatusar a toda una raza. Si no tuviera el corazón tan protegido, le sería difícil resistirse. "Vuestra disposición y lealtad me conmueven sobremanera, así como la alegría que demostráis con vuestras palabras. ¡Y qué mejor día estar alegre! Esta antiquísima tradición que nosotros hemos recobrado de sus cenizas, no sólo es un recordatorio, un recuerdo por todos aquellos que desgraciadamente nos hayan dejado, sino también un momento para la recapacitación y la celebración de la vida misma. Hoy los bandos de la vida y de la muerte se unen en uno, para celebrar todo lo que ha sido, y todo lo que está por ser."

Charlie no puede de dejar de lanzar súbitas miradas a todos lados, con el corazón trepando hacia la garganta, tratando de averiguar quién de todos los infiltrados será el primero. Cuándo sonará la primera bala. En cualquier momento. En cualquier momento puede suceder.

Gabriel no puede despegar la mirada del dictador. No es capaz de escuchar sus palabras; hace mucho que dejó de oír sus sandeces. Con cuidado, desengancha la pistola de su cinturón, a la cual siente arder, llamándole cada vez con mayor intensidad. En cualquier momento. En cualquier momento todo puede terminar.

“Este mismo mes, nada menos, celebramos otro año más nuestra victoria sobre los humanos, esa raza vil y belicosa que nos estuvo oprimiendo como a animales durante incontables años. Estoy seguro de que aquellos Años Oscuros aún están grabados en vuestra memoria, amigos míos, y espero que así sea, pues recordad: por mucho que el dolor sea una carga demasiado pesada, recordad que por aquel entonces nosotros, la escoria, no teníamos nada más que un ideal y un objetivo. Y aun sin nada, me disteis vuestros corazones, los cuales juré y logré guiar hasta donde hoy estamos; donde debíamos estar.”

“Mami…”

No es tan complicado. Está lo suficientemente cerca, una bala bien dirigida podría llegar sin ningún tipo de problema. Un movimiento rápido, y con el estruendo y el consecuente revuelo nadie se daría cuenta de qué mano fue la ejecutora. No puede fallar, es imposible. No teniendo de su parte a su madre, a sus hermanos. A su padre. Le prometió que sería valiente, que sería un héroe para todos los caídos. No conoce otro modo de lograrlo que no sea este. Tiene que hacerlo, tiene que ser certero; no está dispuesto a incumplir su palabra.

“El Desfile Negro que hoy habéis presenciado ha de servirnos como recordatorio, amigos míos; un homenaje por todos nuestros hermanos caídos, cuya lucha, aunque trágica, no fue en vano. Debemos mantener esta ciudad erguida, en su recuerdo, y mientras quede un aliento de vida dentro de mí, os juro que así será.”

Mentiras, son todo mentiras. Esos ojos amarillos lo demuestran; detrás del hombre, se esconde un verdadero monstruo. Un monstruo que ni siquiera estaba dispuesto a mancharse las manos de la sangre de aquellos a los que perdió. La culpa tiene que llevarla alguien; a la guerra no se la puede acusar. Es él, él y todos sus trapicheos sus engañifas, sus crueles decisiones. Él es quien tiene que morir. Porque no es el hombre, es la idea que representa; tiene que desaparecer de la faz de la tierra. Es de lógica, es de lógica… Si es tan sencillo, entonces, ¿por qué es incapaz de coger el arma? Ha entrenado, está más que preparado, es absurdamente sencillo. Puede que sean las voces, los pensamientos de los cientos de personas presentes, de todas aquellas ocultas en las afueras. Puede sentir toda su miseria, todo su dolor, sus pequeñas chispas de esperanza, casi extinguidas. Una voz que le suplica que no se deje corromper. El mundo entero parece temblar para ensordecerlo, a pesar de que él no se mueva ni un ápice. Tal vez sea por eso, puede que de ahí nazca esa necesidad de borrar esa figura de su vista, así como el miedo porque se desvanezca; porque es demasiado sencillo verse reflejado en esos ojos amarillos.

“Mami, no veo con estas alas…”

“Pues sólo cuando nuestro imperio resurja de sus cenizas…” Finaliza Revenge, con una sonrisa que conseguiría helar el infierno. “…podremos rehacer el mañana.”

El corazón de Gabriel se detiene por un instante; no, no puede ser eso. No puede ser tan precavido. Es una coincidencia, un espejismo, como todo lo que brota de su boca. Comienza a sentir las manos temblorosas; el rugido de todos esos lamentos se está volviendo insoportable. No puede hacerlo, no puede hacerlo en estas condiciones. Alguien tiene que hacerlo por él, alguien tiene que ocupar su puesto. ¿Pero por qué nadie hace nada? ¿Por qué nadie se atreve? ¡Alguien tiene que hacerlo, alguien tiene que hacerlo si él no puede!

Un potente empujón que siente a sus espaldas hace que todas las voces se callen de golpe. Una serie de tirones inesperados le hacen darse la vuelta, contemplando la imagen de una niña cogida entre los brazos de su madre, tirando hacia atrás de las alas falsas del pelinegro, con sorprendente fuerza. ¿Cómo se supone si no que va a ver lo que está pasando sobre las escalinatas del Ayuntamiento? Antes de que el humano pueda replicarle nada, uno de los enganches se rompe con un latigazo, dando inicio a un terrible espectáculo; unas alas falsas y pesadas que se desprenden de su espalda, que caen al suelo, que confunden tanto a la criatura de rasgos atigrados como a su madre. Los tres comparten miradas cargadas de miedo, sin saber cómo reaccionar. La primera respuesta inconsciente de la niña, es soltar un grito que agujerea los tímpanos de toda la Plaza Mayor. Todos a su alrededor, preparados para dar bienvenida al aplauso, se detienen y reparan automáticamente en el chico y la criatura. Alguien da la voz de alarma:

“¡Un humano!”

Revenge interrumpe en el acto su discurso, clavando la mirada en ese punto que se ha abierto entre el gentío, mientras Gabriel maldice su nacimiento, su vida y toda su existencia. Antes de que pueda dar ni tan siquiera un suspiro, un par de guardias ya se han abalanzado hacia la multitud, apartándola a empujones con el fin de llegar hasta el intruso, quien intenta escapar con la misma técnica. Por desgracia, poco tarda en darse cuenta de estar atrapado en una jaula de gente demasiado asustada como para moverse. Todo pasa demasiado deprisa; los escoltas llegan en apenas un parpadeo, lo golpean, su pistola se desprende de sus manos, le esposan las manos a la espalda y lo empujan hacia delante, recorriendo el camino andado. Charlie apenas puede ver el jaleo entre la multitud de gente que se apelotona a su alrededor, ni siquiera poniéndose de puntillas. Sólo comprende qué está pasando cuando ve la silueta de Gabriel siendo espoleada con ímpetu por las escalinatas, hacia Revenge. El pelinegro intenta oponer toda la resistencia que encuentra en sus músculos, pero no es suficiente. Charlie quiere hacer algo, pero no puede. Siente las piernas, todo su cuerpo en realidad, paralizado. ¿Qué deben

hacer ahora? Si salen de su puesto, su tapadera quedará descubierta y habrá varios muertos, Ecos y humanos. Pero si se quedan sin hacer nada, van a matar a Gabriel.

"Menos mal." Le dice Revenge una vez lo llevan hasta su lado. "Empezaba a pensar que me acabaríais defraudando…"

Los escoltas golpean a Gabriel en las piernas, obligándole a arrodillarse sobre el suelo. Más que el golpe, lo que le duele en realidad es tener que postrarse ante ese maldito hijo de puta. Lo mantienen sujeto por la espalda, y cuando Revenge se acerca a él, una mano lo agarra del pelo y tira de él hacia atrás. Revenge le retira el gorro y el antifaz en un suspiro, arrojándolos a un lado de las escalinatas. Dejándole expuesto ante todo el mundo, para horror de todos los Ecos. Y todos los humanos.

"La escoria como tú sois una plaga; ¡siempre aprovechando cualquier excusa para mancillar nuestra ciudad! Parecéis incapaces de aprender la lección." Entonces se acerca a él con fiereza, clavándole esos ojos amarillos en el alma. Lo sabe. "Y eso no lo podemos permitir… ¿Dónde están los otros?"

Pero Gabriel se niega a contestarle, manteniéndole la mirada en un duelo a muerte, respirando fuertemente por la boca. Lo sabe. Sabe que hay más humanos, que están aquí para acabar con él, pero no piensa delatar a nadie. Su insolencia sólo le sirve para recibir un puñetazo que le cruza la cara, abriéndole una brecha en el labio.

"¡Responde!"

Y aun así se niega a abrir la boca. No compartirá ni una sola palabra con ese hijo de puta, no merece la pena. Lo único que hace, es coger bien de aire, escupiendo un esputo de saliva y sangre a los pies del dictador con toda la malicia que puede. Un silencio mortal se adueña de la escena, algunos hálitos de sorpresa, espanto, pero Revenge mantiene la calma, girándose hacia uno de sus guardias. Ahora ya está cabreado.

"Una pistola."

La tensión se desparrama por todos los costados. Algunos Ecos intentan escapar de la escena, pero resulta prácticamente imposible salir a tiempo. Otros no pueden moverse del sitio por el espanto que ha atrapado a sus músculos. Hay gente que se cubre el rostro, niños que comienzan a llorar, ocultando el rostro en el pecho de sus padres. Charlie tiene los ojos abiertos como platos; el pecho oprimido le impide respirar y piensa que se va a morir antes de que suene el disparo. Mira hacia todos los lados, ¿por qué demonios nadie está haciendo nada? Todos saben que es muy arriesgado, que si se descubren pondrán en entredicho todo el plan. El bien de muchos por el sacrificio de uno. Pero Charlie no está viendo a un

humano cualquiera, sino a su amigo, a su compañero. No aparece otra idea en su cabeza que no sea la de intentar salvarlo. Eso es lo que prende la mecha; lo que hace que se abalance sobre el gentío sin pensarlo, apartando a todas las personas que se encuentra en su camino.

Revenge quita el seguro del arma, volviendo a alzar la cabeza de Gabriel con un profuso tirón. Entonces coloca el cañón en la sien del chico. La Plaza entera tiembla. Incluida la voz de Gabriel.

"Hazlo, si quieres." Suelta de pronto con la voz ronca por toda la sangre acumulada en la garganta. "Pero ten en cuenta que en el momento en el que aprietes ese gatillo, nada volverá a ser lo mismo…"

¿Quién lo escucha? No se sabe. ¿A quién se lo dice? Tampoco está tan claro. Sea a quien sea, lo importante es que ya está en el aire, que existe, y que conmoverá a cada cual dependiendo del modo en el que decida recoger esas palabras. A pesar de todo, siendo Revenge quien ahora controla las cuerdas del destino que le deparará a Gabriel, sus movimientos no indican que quiera echarse hacia atrás. Ni nadie se presenta con el fin de impedírselo.

"Que esto sirva de ejemplo para todos los humanos escondidos entre nosotros." Proclama con una voz atronadora.

Charlie consigue llegar hasta la primera fila para contemplar la escena de primera mano. Los párpados de Gabriel caen sobre sus ojos, cogiendo una última bocanada de aire.

"Mirad cuál es el final que espera a vuestros héroes."

El soldado de pelo negro no puede evitar reaccionar ante esas palabras. ¿Héroe? Él jamás lo ha sido, ni lo será. Sólo es un hombre, un crío en realidad. Un crío con ganas de gritarle al mundo. En ese preciso instante, sus ojos vuelven a alzarse, posándose sobre todos los testigos que presenciarán sus últimas palabras. Entre toda la marabunta, como dirigida por lo inevitable, su mirada repara en la figura de Charlie, intentando mantener su puesto en primera fila. Y es en ese preciso instante, ante esta tragicomedia, esta calamidad; en la situación más espinosa y horripilante que uno se pudiera imaginar, Gabriel realiza la acción más desquiciante, extraña y peculiar de todas, algo que ni la persona menos cuerda del mundo se le ocurriría hacer en un momento así:

Sonríe.

Capítulo 11

En el fondo lo sabía, desde el principio. Siempre supo que esto era lo que iba a pasar, algo le decía que por mucho que intentara, esto era lo que debía suceder. Y no le importa. Estaba preparado. Puede que, en cierto sentido, sea hasta lo que buscaba, lo que de verdad estaba anhelando; ese extraño cosquilleo que no lo dejaba dormir en paz tal vez era sólo una voz que trataba de advertirle. Una extraña debilidad por un sueño suicida. Un deseo casi infantil.

A pesar de todo, no puede evitar pensar en todas las cosas que se va a perder, en no saber cómo acabará el final de la película, el no poder ver el resultado de su obra. Pase lo que pase hoy, aún tiene la certeza de que tras el atardecer siempre llega la mañana, y mientras eso siga siendo, así la esperanza seguirá siendo lo último por desaparecer. Tampoco puede evitar traer el recuerdo de su familia, de sus amigos, de tantas vidas perdidas entre el fuego y la pólvora. Tal vez este siempre haya sido su destino, lo que tuvo que haber pasado hace diez años. No le importa que esto acabe así. No mientras no pierda de vista la mirada de Charlie, confusa y asustada, sí, pero presente. Presente para recordarle que ni en la muerte está realmente solo; en él está su Desfile Negro, y ha venido para acompañarlo. Jamás podrá agradecérselo por toda la sala.

Un disparo resuena como el trueno por toda la Plaza.

Es un alivio cuando se da cuenta de que no se siente nada. No hay dolor, ni frío, ni siquiera un ligero cosquilleo. Es curioso cuanto menos, porque sabe perfectamente que no es eso lo que debería pasar. No es la primera vez que una bala le atraviesa el cuerpo. Y a juzgar por el escandaloso griterío que toma el control de la calle, puede que tampoco la última.

Cuando el miedo inicial se va y despega los párpados, Gabriel descubre anonadado que no es él quien ha recibido la condenada, sino el brazo de Revenge, ahora escupiendo hileras de sangre mientras su dueño se retuerce de dolor, pero sin llegar a soltar el arma. La mente del humano se paraliza por lo confuso de la situación, siendo su cuerpo el único que reacciona al instante con algo de sensatez, intentando echar a correr escalinatas abajo. Mas sus movimientos son reducidos a pocos pasos, cuando uno de los escoltas logra derribarlo de una violenta patada antes de que pueda escapar. Bueno, por intentarlo…

Charlie lo ha visto. Lo ha visto perfectamente, claro como el puñetero día; una bala que ha salido del gentío y que ha atravesado las puñeteras escalinatas, dando en el que sabe que ha sido el blanco buscado. Y sólo conoce a alguien que sea capaz de algo tan increíble. Intenta localizar a su padre entre la muchedumbre pero, como era de esperar, ante el estruendoso sonido todo el público se ha revuelto en pánico, y el caos ha

sucumbido. El resto de los humanos se ven envueltos en una marea de la que les cuesta un inferno escapar. Charlie lo contempla horrorizado; no van a llegar a tiempo, no si tienen que enfrentarse a tanta gente y en sentido contrario. Gabriel aún está en peligro. Y él es el único que ha logrado llegar hasta la primera fila.

Suspira ampliamente, repasando todas las posibilidades. Cuando no encuentra más que una, la suerte parece estar echada. Rompiendo su promesa, abre el interior de su chaqueta militar, sosteniendo el revólver de su padre entre ambas manos, acercándose rápidamente hacia las escalinatas. Rezando para que nadie repare en él. Para que le dé tiempo. Venga, como hemos entrenado.

"¡¿A qué esperáis, idiotas?!" Grita Revenge a sus guardias, cambiando la pistola hacia la otra mano. El dolor que siente es insoportable, pero la ira que lo envuelve le sirve de anestesia. Nadie que lo deje en ridículo conseguirá salir ileso. "¡Acabad con esos humanos!"

Relaja los hombros .

"Pero… Es… ¡Es imposible diferenciarlos!" Espeta uno de los Ecos con expresión abrumada, señalando al gentío que se revuelve unos metros más abajo.

Estira los brazos, ponlos firmes.

"¡Me da igual! ¡Tienen que aprender la altura de las consecuencias!" Suelta, sujetando a Gabriel de nuevo por el cabello. "¡Vamos, haced algo! ¡No iréis a permitir que la escoria como esta vuelva a tomar el control!"

Los escoltas se miran entre sí, sin saber qué hacer. Y sin previo aviso, ante la posibilidad plantarle cara al tirano, uno de ellos tira su arma al suelo, retándole con la mirada, sacando toda la fiereza que sabe encontrar. Los otros enmudecen ante su osadía, pero no hacen nada para evitarla. Gabriel, al verlo, suelta una sonora carcajada, recibiendo una patada en el estómago que lo derrumba hacia delante. Aún con la cara sobre el suelo, todavía sigue riendo.

Los ojos bien abiertos, sin presión.

"No, Revenge." Añade el intrépido guardia, hablando en nombre de todos. "Me niego a seguir el mismo camino que siguieron los humanos. Su raza nos rechazó, es cierto, pero no podemos seguir culpándolos a todos… Mi madre era humana. Todos sabemos que convivir no es imposible. Y de nada servirá todo esto si acabamos cometiendo los mismos errores que cometieron ellos… Estamos hartos de tener que mancharnos las manos

por una causa perdida. Así que renuncio.”

Todos los presentes se quedan paralizados como estatuas de cera, ciertamente boquiabiertos por el breve pero sentido soliloquio. Revenge resuella con profundidad, agacha la cabeza en asentimiento. Aunque inánime por fuera, el intrépido escolta se exalta por dentro cuando entrevé una pequeña chispa de reconsideración dentro de su líder, aguardando a una respuesta. Gabriel contempla la escena desde su posición, el más boquiabierto de todos, aplaudiendo por dentro las agallas del Eco. Eso es, eso es justamente lo que quieren. Nada de tomar el control ni recuperar lo perdido. Convivir. Esa era la palabra.

Tras unos instantes de profunda meditación, Revenge vuelve a alzar la mirada, con los ojos bien abiertos y el rostro amable, al mismo tiempo que alza el cañón de la pistola, clavando una bala en el pecho del insolente, que cae de espaldas, derribado sobre el suelo.

“¿Alguien más tiene algo que objetar?” Les grita a los demás.

Si todos los presentes, piensa Gabriel, se abalanzaran sobre él al mismo tiempo, si toda la Plaza dejara de huir y decidiera correr con el mismo ímpetu hacia las escalinatas del Ayuntamiento, es posible que alguien más cayera, pero también hubieran acabado con todo el despotismo hace mucho tiempo. Es más que evidente que nadie hace nada.

Respira, tranquilo, concéntrate. Tenemos todo el tiempo del mundo…

“¡Pues encontrad a esos malditos humanos, cueste lo que cueste!” Entonces vuelve a alzar a Gabriel sobre sus rodillas, esta vez haciéndole todo el daño que puede. “Y en cuanto a ti, escoria…”

Imagina el recorrido que quieres que haga la bala… Guíala…

Posa el cañón del arma en la sien del humano. “…tendré que mandarte al infierno yo mismo.”

Gabriel suelta una afilada sonrisa bañada en sangre. Una sonrisa que lleva años deseando liberar. La sonrisa de un niño que desapareció el día que la muerte vino para arrebatarle todo lo que le importaba.

Y sólo cuando estés preparado…

“Nos vemos allí.”

Dispara.

La Plaza se sume en un silencio absoluto.

El tronar del disparo se va disipando en la lejanía de los edificios, cubriendo cada recoveco de polvo, cada trozo de cielo. El mundo entero tiene que haberlo oído. Por eso se ha detenido. El caos se volatiliza, todo el mundo se congela en el sitio.

Charlie nota la sangre borboteando con fuerza en su cuello, en su cabeza; la respiración es forzosa, tiene que abrir la boca para no ahogarse, sintiéndose como si nadara a contracorriente en mar abierto. El dedo índice le arde, del cañón de la pistola sale un ligero humo que contrasta con el frío de la calle. El confeti negro aún cae sobre sus cabezas. Tal vez sean cenizas del pasado.

Revenge permanece unos instantes erguido. Tranquilo, impasible, con los ojos clavados en el infinito. Todas las miradas que antes corrían en pánico se detienen, observando la escena con el corazón fuera del pecho. Pues ante sus ojos y de pronto, el cuerpo del líder comienza a tambalearse hacia delante y hacia atrás. De un plumazo, un sonoro golpe seco, cae hacia delante, rodando hacia el suelo por las escalinatas del Ayuntamiento. Del agujero que le ha quedado en la cabeza, comienza a manar un río de sangre espesa que mancha su paso sobre la piedra. Algunos gritan, algunos se tapan los ojos. Otros no despegan la mirada hasta que el cuerpo de Revenge se detiene a medio camino, dejando que una cascada escarlata siga su camino hasta alcanzar los pies del chico que sujeta el arma. Charlie piensa que va a morir. Que ahora todos los Ecos se van a abalanzar sobre él, llenándole el cuerpo de plomo, de golpes y patadas, hasta que de él no quede más que una mancha en el suelo. Ni eso. Ahora es Gabriel quien lo mira con miedo, aún postrado sobre el suelo, incapaz de reaccionar.

Y ahí donde los guardias deberían abalanzarse hacia el ejecutor, allí donde los gritos y los golpes tendrían que convertirse en la ley de oro… Allí no pasa nada. De hecho, todo lo contrario; literalmente nadie hace nada. Sólo miran. Tratan de procesarlo, si es que pueden. Un aplauso solitario toma el protagonismo en la Plaza. A este se le une otro, y otro, y otro, así hasta que la Plaza Mayor entera, desde humanos hasta Ecos, comienzan a vitorear con toda la fuerza que tienen guardada en sus pulmones, liberando toda la rigidez acumulada en un único y gigantesco proclamo. Gabriel cierra los ojos con alivio, comenzando a reír como nunca ha reído en su vida. Uniéndose a los vítores de toda la ciudad de Vennom.

Tras comprobar que nadie va a cuestionar por el momento sus acciones, el chico guarda de nuevo el revólver mientras echa a correr hacia las escalinatas, esquivando el cuerpo de Revenge y aterrizando al lado de Gabriel en un suspiro, a quien ayuda a recomponerse, soltando de su

amarre.

“Te lo dije, te dije que no te murieras.” Le regaña con el corazón a cien, mientras le desata las esposas.

Gabriel suelta una de las carcajadas más sonoras y aliviadas que ha escuchado en toda su vida. Ni siquiera él sabe qué hacer con todo el exceso de adrenalina. “Y no lo estoy, ¿a qué no?”

“Ya, me pregunto gracias a quién habrá sido…”

Cuando consigue abrir las malditas esposas, Gabriel aparta los brazos de la espalda con súbito alivio, frotándose las muñecas para desentumecerlas. Debe de tener un aspecto horrible, la cara llena de sangre, polvo, algo hinchada. El labio sigue doliendo a horrores. Pero eso no le impide sonreír de oreja a oreja. Tal vez sea por la tensión del momento, puede que por la felicidad que le embriaga, pero una lágrima se le escapa de sus brillantes ojos, recorriendo toda su mejilla.

“Gracias.” Murmura, teniendo que abrazar al chico con fuerza para comprobar que esto es real, que sigue aquí y que esto ha pasado. “Gracias, Charlie.”

“Y yo que pensaba que tus consejos no me iban a servir de nada.” Responde Charlie con sarcasmo, sin saber tampoco qué hacer con sus emociones. Supone que corresponder al abrazo con el doble de fuerza es lo mejor. “Menos mal que me equivocaba…”

Por un breve momento, ha visto a su amigo muerto. Ha creído ver la sangre saliendo de su cabeza, sus ideas volando lejos de su lado, vestidas de rojo y blanco. Pero no ha sido más que una mala pasada, porque está aquí, sigue aquí, y él también, y toda la ciudad los aplaude por ello. Pocos han sido los días en los que ha saboreado una felicidad tan extrema como esta. Si es que los ha habido.

Una serie de flashes comienzan a inundar la entrada del Ayuntamiento; hay un montón de gente apelotonándose en las escaleras para conseguir una buena imagen del dramático cadáver, de los misteriosos héroes, cualquier cosa para conmemorar el suceso. Los guardias Ecos pronto tienen que poner el orden para que esto no se convierta en un circo grotesco, desalojando la zona a ritmo lento pero continuo. Gabriel y Charlie no pueden aprovechar demasiado el momento de complicidad, pues al instante los humanos logran abrirse paso entre el gentío y subir hasta su lado, felicitando a los dos chicos entre vítores, abrazos y palmadas en la espalda, con tanto entusiasmo que es difícil reparar en nada más. Lo primero que hace Charlie tras recibir un par de felicitaciones, es abrirse camino hasta la figura de su padre, ahora sin esos estúpidos colmillos ni el pelo molestando, dándole el abrazo más

sincero que le haya dado en toda su vida. No hace falta que se digan nada para expresarlo todo, sus miedos, su felicidad, su alivio. Charlie jamás podrá agradecérselo lo suficiente; sin su padre, Gabriel estaría muerto. Pero Billie no quiere conmemoraciones, ni medallas, ni siquiera alabanzas. Prefiere que esas se las lleven los jóvenes. A él con poder abrazar a su hijo una vez más le es suficiente.

"Siento haber roto la promesa que te hice."

"No te preocupes por ello." Asegura su padre, con cierto pesar en su sonrisa. "Ya se me ocurrirá algún modo de compensarlo…"

Sin previo aviso ni nadie que se lo pida, la banda de la carroza escoltada por los humanos comienza a tocar música de nuevo, mientras todos los artistas del Desfile Negro se ponen en pie, tomando las carreteras, repitiendo algunos de sus números, en el aire, en las calles, alargando la celebración que ahora sí que es sincera. Ahora sí que son libres de hacerlo, de celebrar el funeral más esperado que Vennom jamás haya visto. El Desfile más negro de todos.

***

Pasa el tiempo y cae la noche, cubriendo los edificios con su manto de gala, sobre la ciudad en la que la celebración todavía continúa. Más relajada quizá, más serena. Muchos Ecos ya están regresando a sus casas, con sus cuerpos capaces de aguantar ni un poco más. Algunos incluso ofrecen algún hueco para los humanos que ya han decidido prescindir de su disfraz. Unos aceptan, otros no. Pero todos, paulatinamente, van refugiándose en el silencio de la noche. Para pensar, para preparar una nueva vida. Ni Charlie ni Gabriel consiguen conciliar el sueño, con la sangre todavía recorriendo a gran velocidad sus venas. Se reúnen con otros de sus compañeros, disfrutando de la frescura de la noche, de la resplandeciente luna llena que los vigila desde las alturas. Hoy todo parece un poco más brillante.

"… ¿Y ahora qué?" Pregunta una voz al azar.

Nadie sabe qué contestar. Después de todo este tiempo, sumergidos en una vida escrita por la guerra, el dolor y la venganza, resulta difícil saber qué va a suceder a continuación. ¿Importa, en realidad? El futuro jamás se les había presentado tan luminoso. Tan abierto. Las posibilidades son tantas, que es imposible concebirlas todas, y da miedo. Pero un miedo al que están ansiosos de enfrentarse con cada milímetro de su cuerpo.

"Ahora… a vivir." Responde Gabriel sin despegar la mirada del

firmamento. “Algo que hasta ahora ninguno habíamos hecho.”

Charlie abre una amplia sonrisa en su rostro, mirando de reojo el perfil de Gabriel. Si se fija lo suficiente en su mirada, en su rostro lleno de paz, puede escuchar a David Bowie sonando en su cabeza. Y decide sintonizarse con él, dejando que la música resuene más allá de las estrellas, sólo para ellos dos. No puede evitar contener la sensación de satisfacción que brota en sus arterias, una sensación a la que teme volverse adicto. Mentiría si dijera que está orgulloso de sus acciones, pero en el calor de lo momento la razón jamás toma el control. Lo que ha hecho, hecho está, y hecho por un buen motivo; salvar a sus seres queridos. Algo que por desgracia no siempre se puede decir, pero todo el mundo alcanza a comprender. Será duro, quizá, seguir viviendo; sobrevivir con tan sólo el recuerdo de los que ya no están, pero tal y como comprende al sentir la presencia de Gabriel y de su padre, ya no tiene ningún miedo a lo que el destino le quiera deparar. Porque sea lo que sea, jamás tendrá que volver a enfrentarse solo a él. Y aunque lo que les depare el mañana resulte incierto, hay algo que calma hasta la última de sus inquietudes:

El Desfile Negro realmente valía la pena.

Capítulo 12

Las calles se encuentran completamente vacías. No se trata de algo fuera de lo usual, ciertamente, pero el ambiente que se respira es completamente distinto al que suele brotar del asfalto en un día corriente.

La lluvia de anoche ha sido torrencial, y las calles así lo demuestran. Aunque no se corta lo más mínimo al darse impulso, tiene que andar con pies de plomo para no coger demasiada velocidad; el monopatín se desliza sobre la acera con suavidad, pero eso le puede jugar una mala pasada si se mete con el charco equivocado. Sin embargo, el peligro adicional no le impide llevar la capucha de su chaqueta hundida sobre su cabeza, ni los auriculares con su Manson sonando a todo trapo incrustados en los oídos. Necesita música que se sobreponga al silencio mortal de esta maldita ciudad que tanto le envenena. Es su medicina para sobrevivir.

Cuando uno vive aislado de la civilización como otros tantos humanos, lo único que se escuchan son rumores. Y ayer llegó al refugio el dudoso rumor de que los Años Oscuros habían terminado de una vez por todas. Muchos se rieron, argumentando que eso sucedió hace ya un tiempo, pero tuvieron que callar cuando descubrieron que en realidad Revenge había caído. O más bien, lo habían incitado a caer. Con un tiro en la cabeza. Pero no son más que eso, rumores. Aunque estén perfectamente detallados, nunca le ha gustado fiarse de lo que dicen las lenguas ajenas. Prefiere ver la realidad con sus propios ojos, y no creer en las cosas que no puede ver.

Es por ello que, a pesar de la lluvia, el frío, y de lo malditamente lejos que está Vennom del refugio, ha decidido hacer el esfuerzo de dejarse ver por las calles, aun a riesgo de que los Ecos se den cuenta de su condición. Pero ya se ha cruzado con un par de personas y, o bien no han podido descifrar sus rasgos por la capucha, o bien todo es cierto, y a nadie le importa ya lo que seas.

Si no se equivoca, dicen que todo ha sucedido en el Ayuntamiento, justo cuando el Desfile Negro llegó a su fin. Sí que es cierto que había un grupo de humanos que estaban planeando dar un golpe revolucionario, o eso se decía, pero nunca pensó que llegarían a hacerlo de veras. Si es que así ha sido, claro.

Las ruedas del skate comienzan a vibrar por los pequeños guijarros que se extienden a sus pies. La Plaza Mayor está extrañamente vacía, y desde la distancia puede ver un cordón policial cruzando las escalinatas del Ayuntamiento. Se acerca hasta el primer escalón, deteniéndose con un golpe seco y clavando fijamente la vista en la parte superior. Está seca y gran parte ha desaparecido por la constante lluvia, pero aún se puede ver

un rastro de sangre cayendo por las escaleras. Vaya, puede que sí que sea verdad, ¿puede ese maldito hijo de puta estar muerto de una vez?

No queriendo llamar demasiado la atención, vuelve sobre sus pasos, metiéndose por otra calle contigua, dejándose llevar por los rodamientos. De pronto, sus ojos reparan en un pequeño quiosco, uno de los pocos establecimientos que están abiertos a estas horas, y decide pararse a preguntar. Levanta el monopatín con el pie y se retira los auriculares, dejándolos colgar al borde del cuello. Pero no le hace falta ni entrar; el escaparate está cubierto por ejemplares de la portada del periódico del día, y ahí lo pone bien claro; "Bienvenidos al Desfile Rojo."

Rueda los ojos por un instante, gruñendo ante la escasa imaginación de la editorial, pero sigue leyendo el artículo. Y qué te parece, es todo verdad. Al parecer ayer se montó el caos absoluto en la Plaza Mayor, pero dos jóvenes humanos lograron derribar a Revenge antes de que la situación se volviera una masacre. Ahora sí que le da rabia habérselo perdido, tiene que haber sido todo un show. Entonces se fija con atención en la gigantesca foto que cubre la portada; no aparece el cadáver de Revenge, claro, eso es demasiado grotesco para los gustos del público popular. Pero no se cortan ni un pelo en mostrar un tumulto de gente subida en las escalinatas del Ayuntamiento, no sabría decir si Ecos o humanos. Lo mismo da. Y ahí, en el centro y claramente a la vista, están los dos supuestos héroes. Uno parece de su edad, con el pelo castaño y revuelto. Su cara no le suena, pero también es verdad que lleva un arbusto tapándole media cabeza, y no resulta fácil reconocerlo. El otro no, el otro tiene la mirada bien alzada, sonriente, luminosa. Algo ladeada.

El corazón le da un vuelco en cuanto sus pupilas se dan cuenta.

No puede ser.

Por un instante se echa hacia atrás, chocando contra el toldo en el que están expuestos los ejemplares en papel, y tiene que coger uno para verlo con toda la claridad posible. Sigue sin creérselo, pero podría ser. Ese pelo oscuro, el rostro, la sonrisa. Los reconoce a la perfección, pero al mismo tiempo es… imposible. Tiene que serlo, tiene que ser una mala pasada. Su mente no sabe muy bien cómo procesar esto. Su cuerpo comienza a titiritar ligeramente. Manson sigue gritando por sus auriculares.

La ciudad sigue en silencio.

"… ¿G-Gabe?"

Un trueno retumba sobre las azoteas, una fina llovizna emborrona la tinta del papel. Otra tormenta va a comenzar.